Please
handle this volume
with care.

The University of Connecticut
Libraries, Storrs

hbl, stx F 1408.U255

Mi campana hispanoamericana.

3 9153 00439536 6

F/1408/U255

LUIS A. FLORES
LIMA

MI CAMPAÑA HISPANOAMERICANA

OBRAS

DE

MANUEL UGARTE

Paisajes Parisienses
Crónicas del Bulevar
Una tarde de otoño
Visiones de España
El arte y la democracia
Las nuevas tendencias literarias
Burbujas de la vida
La novela de las horas y de los días
Vendimias juveniles
Cuentos argentinos
Enfermedades sociales
Cuentos de la Pampa
La joven literatura hispanoamericana
El porvenir de la América Española
Poesías completas

MANUEL UGARTE

F
190
U35

Mi campaña hispanoamericana

EDITORIAL CERVANTES
Rambla de Cataluña, 72
BARCELONA

ES PROPIEDAD

APODERADO GENERAL
EN SUD-AMÉRICA
JOSÉ BLAYA
CALLE FORMOSA, 463
BUENOS AIRES

PREFACIO

En cuestiones de política internacional, como en la guerra, la táctica defensiva es contraproducente y la inmovilidad equivale a la derrota. De aquí el empuje que me ha llevado a pensar que en nuestra América, sitiada por problemas improrrogables, todo es preferible al indiferentismo de hoy ; de aquí el razonamiento que me ha conducido a creer que una acción popular y juvenil puede contrarrestar, en parte, el ensimismamiento de la vida diplomática, prisionera aun de concepciones decrépitas, desorientada ante las vastas perspectivas, ciega en el campo de batalla de un Nuevo Mundo abierto a las ambiciones.

Ha llegado la hora de que los hispanoamericanos se ocupen realmente de los asuntos de América, por encima de las querellas de primacía y los apetitos de la política interior. La realidad de nuestra vida depende de una amplia intervención en las controversias del Continente, porque así como Inglaterra, desde 1806 vió en el Río de la Plata el único contrapeso a la rivalidad avasalladora de los Estados Unidos, en el Río de la Plata puede estar en estos momentos, para todos los hispanoamericanos, el punto

de mira de una política «nuestra», desvinculada del Panamericanismo y opuesta a él cuando sea menester. El asunto es urgente y cada día acrecen las dificultades que tendremos que resolver. En aras de esta certidumbre me he levantado contra el acatamiento de los que creen suprimir los conflictos ignorándolos, de los que no parecen perseguir más ideal en las cosas exteriores que aplazar la crisis, para liquidarla cada vez con mayor desventaja.

Claro está que en un Continente que acaba de salir de la violencia y que la prolonga en algunas zonas en forma de endémicas revoluciones suicidas, la indicación de este rumbo tenía que aparecer como una imprudencia peligrosa, habituados como están los espíritus a concebirlo todo en forma rotunda y agresiva, sin escalonamientos, ni matices, dentro de empujes invariablemente unilaterales. No inclinarse ante el imperialismo, equivale—dicen—a entrar en conflicto con él. Esta apreciación primaria basta para dar una idea de la zona en que se mueven todavía algunos inspiradores de nuestra acción internacional. Si oponerse en el órden diplomático a las pretensiones de otro país fuera causa inevitable de ruptura, todos los pueblos del mundo estarían en guerra constante desde el principio de la humanidad y la diplomacia misma habría dejado de existir, suplantada por una floración imperiosa de generales y procónsules. Lo que precisamente caracteriza la acción diplomática es la posibilidad de disentir sin chocar y de obtener ventajas o disminuir las del adversario sin

utilizar un solo grano de pólvora, manejando exclusivamente la sutileza, el razonamiento, el interés, o movilizando las fuerzas extrañas que gravitan sobre cada asunto y pueden contribuir a esclarecerlo. El conflicto armado no es más que la faz resolutiva, a que solo se llega de tarde en tarde, después de un largo proceso de deliberaciones, evasivas, fintas, presiones, aplazamientos y complicaciones de todo género, en el curso de las cuales siempre queda al que se considere más débil la facultad de ceder honrosamente, teniendo en cuenta que tanto menos perderá cuanto mayor sea la confianza, el tesón y la habilidad con que discuta. El encogimiento y la sumisión equivalen a renunciar y a entregarse. Un pueblo puede ser inferior a otro en superficie, población y eficacia militar ; pero esto no constituye un juicio de Dios que le obligue a inclinarse en todo momento, porque fuera de las fuerzas morales,—que pesan también en la solución de los conflictos,—hay fuerzas materiales concurrentes que pueden dosificar o anular las agresiones, dentro de los equilibrios y las equidistancias de la política universal. Es en este ir y volver de marchas y contramarchas, exigencias y concesiones, previendo siempre lejos y aprovechando todos los accidentes del terreno, que estriba casualmente la misión de los embajadores y basta echar una ojeada sobre la política del mundo para advertir la eficacia de estos procedimientos, que son los que verdaderamente rigen la evolución de las naciones.

Las repúblicas hispanoamericanas, que han sido presionadas o desmembradas de una manera implacable, no han tenido iniciativa suficiente para intentar una acción de autodefensa, ni aún en los órdenes que están más a su alcance, que son el diplomático y el comercial ; y esa situación deriva principalmente de una concepción errónea de su historia, de una interpretación inadecuada de su acción en América y de una falta dolorosa de idealismo para coordinar acciones superiores.

Nos hemos alejado del punto de vista que defendieron los héroes de nuestra emancipación, los cuales entendieron que las antiguas colonias españolas se separaban de España para desarrollar su propio espíritu y no para caer, con matices de forma y de procedimiento, en la zona de atracción de un neocolonialismo paradojal, bajo la influencia de pueblos de carácter antagónico.

La conmoción de 1810, ha sido interpretada en forma contraria a la realidad de los hechos, primero por el carácter desmigajado que se ha querido dar a lo que fué un solo movimiento ; y segundo, por las consecuencias que se han pretendido sacar de él. No hubo una revolución en la Gran Colombia, una revolución en México, una revolución en la Argentina, etc., sino un levantamiento general de las colonias de América, simultáneo, con ligeras variantes, en todos los virreinatos ; y no hubo sepa-

ración fundamental de España, sino disyunción de jurisdicciones y creación de nuevas soberanías.

La efervescencia de la lucha separatista, las pasiones nacidas de la batalla y las naturales limitaciones localistas que debían surgir en un campo tan vasto, no pueden cuajar en historia superior sobreponiéndose a comprobaciones experimentales que nacen del examen sereno de los acontecimientos. Parece inútil recurrir a las citas para establecer que los diversos estallidos revolucionarios se enlazaron entre si, obedeciendo a una concepción general, que los héroes fueron en muchos casos comunes a varios pueblos y que hubo una fervorosa comunicación y correspondencia entre las más apartadas regiones, estrechamente solidarias dentro y fuera de la lucha.

Por otra parte, América renunció a la dominación política de España, pero no a la composición étnica de sus clases directoras, a las inspiraciones morales, a las costumbres, a cuanto caracteriza y situa a los pueblos. Decir que a una hora determinada y al golpe de una varilla mágica, por la simple virtud de un pergamino firmado en un Cabildo por varias docenas de patriotas se cortaron los hilos que unían a la Metrópoli con las tierras descubiertas y civilizadas por ella durante tres siglos, es una paradoja que seguiría siendo paradoja hasta en el caso de que los autores, directores y usufructuarios de la revolución hubieran sido exclusivamente los indígenas, primitivos dueños de aquellos territorios, porque hasta ellos se hallaban influenciados y retenidos moralmente por

los hábitos y las ideas de los últimos dominadores. Como los revolucionarios fueron en su casi totalidad hombres de raza blanca o mestizos en los cuales predominaba la sangre ibera, el error es tan evidente que se hace innecesario subrayarlo.

La de 1810 no fué una revolución de aztecas o de patagones que reivindicaban el derecho de gobernarse con exclusión del invasor, sino un movimiento encabezado por los invasores mismos que concretaban acaso inconscientemente, en un hecho final, todas las rebeldías, las codicias y las insubordinaciones de los guerreros conquistadores y los mandatarios arrogantes, que después de afirmar la dominación con su esfuerzo y el peligro de sus vidas, soportaban de mal grado la autoridad y las decisiones del poder central. A este instinto levantisco e indisciplinado del español de la conquista se unieron poderosos intereses económicos, factores culturales y acaso apoyos indirectos,—ignorados por los ejecutores y los teóricos de la insurrección,—de naciones interesadas en extender su comercio y su influencia por encima de las vallas que oponía España.

Enfocado en esta forma el movimiento de 1810, comprendemos que el pensamiento superior de sus autores tendía a la misma unidad suprema y a la misma autonomía absoluta dentro de la fidelidad a los antecedentes y al idioma, que el movimiento de emancipación que algunos años antes había segregado de Inglaterra a las colonias de origen anglosajon.

Al margen de la lógica surgieron después veinte repúblicas, fruto de la épica anarquía que empezó desterrando a los iniciadores del separatismo y acabó sacrificando los ideales que lo determinaron; y de acuerdo con la natural evolución humana se creó un tipo nuevo que es hoy con respecto al español lo que el norteamericano es con respecto al inglés.

Ni Bolivar ni San Martín concibieron el imposible de dar a la América Española un gobierno único. Sin tener en cuenta la diversidad de las zonas, bastaban las distancias y la dificultad de comunicaciones para imponer la necesidad de organismos locales, según el desarrollo y las características de cada región; pero todo esto dentro de una confederación superior que diera alma, personería y poder a aquella masa que de otra suerte, en medio de las inevitables avideces de la vida internacional, tenía que volver a quedar,—como si no hubiera aprendido nada en tres siglos,—en la misma dispersión en que se hallaron los mejicanos cuando llegó Hernán Cortés.

Que la América derivada de España tuviera una sola fisonomía y una sola voz en las cosas internacionales y en los asuntos de interés vital, fué el sueño de los grandes caudillos de los primeros tiempos de la insurrección; y este sentido que podríamos llamar global de la revolución americana no obedecía al instinto de defender la revolución misma contra la resistencia o la posible vuelta ofensiva de

España, sino a una visión que salvaba lo inmediato y se extendía hasta el mas lejano porvenir.

Pero la nueva entidad que surgía a la luz del mundo traía dentro de si el gérmen de dos atavismos de anarquía, el que fluye de su ascendencia española agigantada en el carácter de los rudos conquistadores ambiciosos y el que prolonga la eterna pugna entre las tribus indias de América, cuyos odios y divisiones hicieron posible la conquista. Eran dos herencias de emulación mal entendida y de individualismo disolvente que se enlazaban al rededor de la cuna de un pueblo nuevo, cuya inexperiencia y falta de preparación debía llevar al paroxismo esos defectos, corregidos hoy, solo en algunas zonas, con ayuda de inmigraciones posteriores.

Asi surgió, por encima de las mismas jurisdicciones coloniales trazadas por España, y al azar, a veces, de las rencillas de lugartenientes y caudillos, un profuso mosaico de repúblicas autónomas, cuya creación no obedecía en muchos casos ni a razones políticas, ni a causas geográficas. Fué lo que podríamos llamar la época feudal de nuestra América, porque tales entidades se crearon al conjuro de la fiereza y del espíritu dominador de algunos hombres. No se consultó en muchos casos ni la posibilidad de vivir que llegarían a tener esos núcleos desde el punto de vista de la producción o la riqueza, como no se tuvo en cuenta las probabilidades que podían

tener de durar, dada su pequeñez y su desamparo en medio de los mares.

Y estos no hubieran sido los peores yerros. Lo que en realidad comprometía la suerte de esos pueblos, que han seguido viviendo como los pedazos cortados de un cuerpo, con una vida espasmódica, era la imposibilidad de darles un ideal.

En lo que se refiere a la historia, podemos hacer en América una crónica especial de los diversos focos donde se inició el separatismo, desarticulando un poco los movimientos, como si en una batalla nos limitásemos a referir lo que realizó un cuerpo de ejército; y así cabe hablar del separatismo de la Gran Colombia, del Río de la Plata, del Alto Perú, de México o de la América Central. Pero tendremos que forzar mucho los hechos, si dentro de esas divisiones queremos crear otras y atribuir a cada una su historia particular. Los episodios locales que se pueden evocar solo alcanzan a tener antecedentes y finalidad, enlazándolos con los de la nación vecina y coordinándolos con los movimientos generales de una zona, zona que a su vez ha vibrado con el ritmo de una conmoción continental. Y si es ardua tarea improvisar una historia especial para cada una de estas demarcaciones artificiosas, cuanto mas difícil aún es hacer surgir de esa historia y de esa vida un ideal particular y un derrotero propio para el futuro. La América Española unida, pudo tener el fin de prolongar y superiorizar en el Nuevo Mundo la civilización ibérica y la influencia de la latinidad,

como la América anglosajona hacía triunfar en el norte la tradición ensanchada de la civilización inglesa ; pero la America Española fraccionada en naciones de trescientos mil habitantes, solo podía ser presa de las ambiciones de grupos expeditivos, fascinados por el poder.

Sin una raíz en el pasado, sin un punto de mira en el porvenir, sin mas ejemplo, tradición o esperanza que la conquista del mando, esos núcleos perdieron de vista cuanto constituyó la virtud inicial de un movimiento para hacerse profesionalmente revoltosos.

Claro está que al hablar así del conjunto, pongo de relieve, en las zonas aquietadas o renovadas por fuertes corrientes inmigratorias, la excepción y el triunfo de algunas repúblicas que parecen desmentir estos asertos con su maravilloso desarrollo. Pero ellas mismas se resienten de la desmembración inicial y de la forma en que han tenido que desenvolverse, atendiendo a la vez a las presiones exteriores y a la asechanza de los hermanos vecinos, dentro del desconcierto que caracteriza la política continental. Y la impresión se acentúa cuando advertimos que esos mismos países, lejos de sanear sus fianzas, siguen solicitando préstamos, lejos de explotar sus riquezas, las ceden a las compañías extranjeras, lejos de extender su irradiación por América, se recluyen en localismos infecundos, como si la rápida elevación les impidiera pensar en el porvenir.

En la fácil tarea de adularnos a nosotros mismos, fomentando errores peligrosos, hemos empleado muchas de las cualidades que debimos poner al servicio de la observación y el mejoramiento de la vida americana. La sana divergencia patriótica que revela debilidades y deficiencias, no para exhibirlas, sino precisamente para hacerlas desaparecer, puede levantar en los comienzos un revuelo hostil en el seno de países poco acostumbrados a la autocrítica y estragados por la lisonja, pero quien recapacite serenamente, verá en la inquieta vigilancia y en el examen severo de los factores que nos debilitan una forma de patriotismo mas útil que en la ciega aceptación y el obstinado cultivo de todo lo malo que nos rodea.

Los errores de América están desgraciadamente subrayados por hechos dolorosos cuya autenticidad nadie puede discutir. Las provincias perdidas por México en 1848, la desmembración de Colombia, el protectorado en Cuba, la ocupación de Puerto Rico y Santo Domingo, las ingerencias que perturban la vida de la América Central,—para hablar solo de lo mas conocido,—no son fracasos imputables exclusivamente al imperialismo. Para que todo ello haya podido producirse, ha sido necesaria una continuidad de imprudencias fatales, de olvidos sistemáticos, de impericias lamentables y de torpezas endémicas que prepararon el ambiente de descrédito,

dentro del cual los atentados pudieron consumarse, sin riesgo ni protesta, en medio del sometimiento de los lastimados y el silencio de la opinión universal.

No hay que buscar en la debilidad una explicación. Las debilidades solo empiezan cuando el espíritu desmaya o se resigna. La existencia de Suiza y de Bélgica prueba que los pueblos pequeños pueden perdurar si los vivifica y los sostiene la previsión y la inquietud constante de su destino. Nuestra América no ha sufrido esos golpes porque es débil; los ha sufrido porque no supo intervenir a tiempo para evitar las causas que los determinaron y porque no atinó a corregir dentro de su propio seno los vicios que debían hacerlos fatales. La falta de preparación en los hombres de gobierno, las revoluciones interminables, el desbarajuste de la hacienda, el descuido para explotar las riquezas naturales, la ingénua facilidad con que se otorgan concesiones al extranjero, las infecundas rivalidades con las repúblicas limítrofes y el desconocimiento de lo que puede ser la política internacional fueron factores más eficaces en el desastre que la avidez del conquistador.

Modificando una fórmula consagrada, podríamos decir que para los pueblos «prever es vivir». Y los nuestros no han previsto nunca, deslumbrados por las luchas internas o las rivalidades minúsculas con los hermanos establecidos del otro lado de una frontera en la mayor parte de los casos artificial.

Las mismas repúblicas del extremo sur, aparentemente ilesas en medio del auge de sus negocios y su vida europea, se dejan marear por la facilidad de su propia vida, olvidando dosificar el cosmopolitismo, postergando las alianzas necesarias con sus vecinos inmediatos y absteniéndose de ejercer en el resto del Continente la acción moral a que las invita su destino. La tendencia de algunos argentinos, chilenos o brasileños a no considerar a sus países como parte de la América Española y a creer que su futuro es independiente de la suerte de ésta, acusa un error histórico y geográfico que conviene rectificar, porque aunque estemos ligados a Europa por las lecturas y los viajes, en el terreno de las realidades políticas nuestra acción tendrá que desarrollarse en el Continente, si, como es de esperar, intensificamos mañana las industrias y exportamos productos manufacturados a los pueblos vecinos, y si, como es de temer, nos vemos obligados a resistir a las influencias preponderantes que se anuncian.

Los errores no son los mismos en las diversas zonas de la América Española, pero sí lo es la desatención ante los fenómenos que pueden amenazar la vida de mañana, así como la falta de orientación superior en lo que se refiere al porvenir.

Todos comprenden la hora difícil en que nos hallamos y la mejor prueba de ello es que ningún político puede creer hoy posible la realización de un congreso hispanoamericano, no ya a causa del distanciamiento entre ciertas repúblicas, sino como

consecuencia del veto, inexpresado pero tácitamente impuesto, por los Estados Unidos contra todas las expansiones de cordialidad a las cuales no sean ellos asociados como factor dirigente. Esto reviste la importancia de una limitación de nuestra autonomía. A medida que el tiempo pasa, las dificultades se harán más tangibles, porque por grande que sea el desenvolvimiento de algunas de nuestras repúblicas, nunca alcanzará la progresión de la gran nación del norte y la distancia que nos separa de ella irá acentuándose por minutos.

Por eso es que si una América Latina unida es hoy por hoy un despropósito, una América Latina concertada en vista de acciones diplomáticas, es, no solo una necesidad, sino una posibilidad para el futuro.

Bajo la inspiración de estas ideas, emprendí la campaña que tantas represalias y amarguras debía procurarme, iniciándola con una conferencia en Barcelona, en 1910, y continuándola en la Sorbona, de París, en 1911, en la Universidad de Columbia de Nueva York en 1912, y en todas las capitales de la América Española, hasta completarla y cerrarla en la Universidad de México, en 1917, y en España en 1920.

Hago notar las fechas para dejar establecido que esa acción ha sido completamente extraña a toda preferencia durante la guerra reciente y que si la

continué en medio de la conmoción mundial fué porque siempre he creído que nuestra América no puede supeditar su vida a la de otros pueblos y debe estudiar con ojos propios sus problemas. La guerra significó para nosotros un acontecimiento trascendental, que tenía que interesarnos, mas que por si mismo, por sus repercusiones en nuestro medio. Y solo desde ese punto de vista fué encarado en una o dos conferencias. También quiero insistir sobre la circunstancia de que nunca he sido un enemigo de los Estados Unidos como nación, sino un adversario de la política que ha predominado en ese país, política combatida por buen número de los norteamericanos más preclaros.

La tesis sostenida no ha sido de odio contra un tercero, sino de unión entre los elementos que integran el Nuevo Mundo hispanoamericano. Las censuras se han dirigido, mas a la desidia nuestra para la defensa, que a la actividad del adversario para el ataque. Claro está que he roto con el tradicional silencio de nuestra América, en medio de las agresiones que la lastiman. Claro está que reclamar una política de unión equivale a aconsejar la resistencia. Claro está que he propiciado soluciones contrarias a los intereses de los Estados Unidos, favorecidos por la desunión. Pero, ¿debemos consultar lo que perjudica a los demás o lo que nos puede ser útil?

Entre un centenar de discursos escojo una docena de los que mejor reflejan una faz del problema o lo completan en alguna forma dentro del tono comu-

nicativo de las arengas populares. Algunos van al libro con rastros de la versión taquigráfica, al margen de toda preocupación literaria. No los publicaría si fueran ellos simples flores de retórica agrupadas al rededor de temas de juegos florales, porque no hay mayor fatiga que renovar en la lectura el artificio de las declamaciones. Pero lo que integra este tomo, que tiene la unidad absoluta del ideal que lo ha inspirado, es la dilucidación de un pensamiento, cuya exposición y examen gradual se desarrolla, no sólo dentro de la lógica mental, sino dentro de la lógica geográfica, puesto que el autor lo hace viajar por los centros de donde irradia o donde puede ejercer acción.

El porvenir dirá si la iniciativa de un hombre que realizó por su cuenta y en medio de la hostilidad de los gobiernos un viaje idealista para enlazar otra vez, en un campo superior, el ritmo de nuestras palpitaciones; y dar alas a una tentativa de coordinación de la América Española,—todo esto con sacrificio de su actuación y de su porvenir, puestos los ojos en un ideal supremo de duración y de gloria,—merece tantos odios y tantas difamaciones. Yo solo puedo declarar que al margen de lo que podía serme favorable, he obedecido a mi consciencia y he tratado de ser útil a mi patria.

MANUEL UGARTE.

Niza, Enero, 1922.

I

Causas y consecuencias de la Revolución Americana

EN EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA EL 25 DE MAYO DE 1910

Al llegar a esta ciudad, cuyos progresos rivalizan con las improvisaciones de mi América, al respirar un ambiente donde el espíritu hispano ha sabido reaccionar contra todos los desfallecimientos, al hallarme en contacto con el cuerpo y con el alma de la capital fabril donde los barrios parecen crecer espontáneamente como brotes de la tierra, donde se multiplica la producción bajo el humo espeso de las fábricas y donde, al conjuro de la confianza en las propias fuerzas, ha surgido maravillosamente todo un mundo, lejos de sentirme inclinado a evocar glorias antiguas, como se creen obligados a hacerlo cuantos hablan de España en este siglo, experimento el entusiasmo de las realidades modernas, la alegría de los triunfos actuales, y no puedo contener la

impaciencia de saludar con el corazón y con la palabra, no sólo a los hombres resueltos que al implantar una industria han abierto un horizonte a su país y a su raza, sino a la masa modesta y anónima, a las muchedumbres obreras, a las clases más numerosas de la población, que han hecho posible con su sangre, con su esfuerzo y con su sacrificio, la trepidación enorme que da a la ciudad el aspecto que nos asombra.

Cuando la Sociedad de Estudios Americanistas me pidió que viniese a Barcelona a dar una conferencia sobre la emancipación americana, confieso que dudé antes de aceptar. Claro está que nada podía ser más honroso y halagüeño, claro está que la perspectiva de volver a encontrarme con el público que aprendí a conocer hace cinco años en el Ateneo, tenía que serme particularmente simpática. Pero ante mí se abría el dilema más premioso. Había que elegir entre dos actitudes. O hacer un discurso imperioso y grandilocuente, fomentando así la atmósfera falsa que nos marea, o descubrir toda la áspera y fecunda realidad, hiriendo, allá y aquí, algunas fibras vibrantes, pero poniendo a salvo los derechos superiores de la consciencia.

Me bastó recordar el carácter del pueblo catalán para elegir lo último. En este centro de trabajo y de lucha, donde cada hombre sabe el valor de los gestos y de las palabras, tiene que ser posible renunciar a los convencionalismos.

Nuestra raza—y al decir nuestra raza, me pare-

ce abarcar a España y a América en un calificativo común,—nuestra raza está cansada de que la adulen. En su instinto oscuro, en su consciencia profunda, comprende su estado actual, mide las consecuencias de sus fracasos, abarca las perspectivas del porvenir y, levantada por su orgullo, disminuída, pero humillada no, prefiere las duras advertencias que la lastiman a los elogios vanos que parecen agrandar la distancia entre lo que somos actualmente y lo que esperamos volver a ser.

El Centenario de la Independencia Argentina es una fecha que se presta a profundas reflexiones sobre el estado presente y sobre los destinos del conjunto. La chispa desprendida de España se ha transformado, del otro lado del mar, en una gran nación próspera y triunfante que avanza, a grandes pasos, hacia un porvenir grandioso. Pero, dado el número reducido de sus habitantes, dado su volumen de hoy, su acción mundial depende, en cierto modo, de la suerte de los países afines, y no es posible hablar de sus destinos sin hablar de todos los pueblos que en el Nuevo y en el Viejo Continente se expresan en Español.

Además, España y América no forman para mí dos entidades distintas. Forman un solo bloque agrietado. De aquí que entre resueltamente en materia, aceptando en común, con los de este lado y con los del otro lado del mar, todas las glorias y todos los pecados de la raza.

Si examinamos el fondo de los acontecimientos que se desarrollaron hace un siglo, comprenderemos que el movimiento de la Independencia sólo fué un gesto regional, como el que pudiera hacer aquí mañana una provincia. Los españoles de la Nueva España se sintieron sacrificados a los de la España Madre. Una parte de la nación juzgó excesivos los privilegios de la otra. Estalló un conflicto de intereses y de esperanzas. Pero no hubo choque entre dos organismos. Ninguna fuerza puede ir contra si misma, ningún hombre logra insurreccionarse completamente contra su mentalidad y sus atavismos, ningún grupo consigue renunciar de pronto a su personalidad para improvisarse otra nueva. Españoles fueron los habitantes de los primeros virreinatos y españoles siguieron siendo los que se lanzaron a la revuelta. Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en intimaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fué a causa de la inflexibilidad de la Metrópoli. Pero en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad.

El grito que partió en 1810 de Buenos Aires y de Caracas y que determinó el incendio formidable de un continente, es una prueba del empuje de nuestro conjunto, que, en los momentos difíciles, cuando siente que el aire le falta, sabe sacar de su fondo más secreto una rebelión de vida. Yo no soy

un patriota profesional; pero Gerona y Zaragoza aquí y, en 1807, durante las invasiones inglesas, Buenos Aires y Montevideo allá, han mostrado las reservas de energía que llevamos dentro. La insurrección americana nació de un ímpetu como este. Las colonias que se ahogaban bajo el peso de las prohibiciones tenían la noción de su grandeza futura y para no morir se sublevaron. Pero repito que el movimiento no fué un ataque a España. ¿Cómo iban a atacar a España los mismos que en beneficio de España habían defendido algunos años antes las colonias contra la arremetida de Inglaterra? ¿Cómo iban a atacar a España los que, al arrojar del Río de la Plata a los doce mil hombres del general Whiteloke, habían firmado con su sangre el compromiso de mantener la lengua, las costumbres y la civilización de sus antepasados?

Recordemos la confusión que provocó en el Nuevo Mundo, en aquellas épocas en que las comunicaciones llegaban con largos meses de atraso, deformadas y aumentadas por la distancia, la noticia de los sucesos que se desarrollaban en la Península. Cuando se supo que Fernando VII había abdicado y que los ejércitos de Napoleón estrangulaban a la Metrópoli, hubo en las Indias un remolino de consciencias. Unos pensaban que las colonias debían seguir la suerte de España y que si ésta caía en poder de los franceses, ellas debían someterse también. Otros juzgaron que América había recibido el legado de la civilización hispana y que debía ponerlo a

cubierto, rompiendo con el intruso, salvando el alma de la raza y haciendo revivir en la tierra nueva lo que parecía estar a punto de perecer aquí.

Así nació la revolución. Hidalgo la encabeza en México al grito de: ¡Viva Fernando VII!; en Venezuela el pueblo maltrata a los comisionados que vienen a anunciarle el advenimiento del nuevo estado de cosas; la Junta Provisoria de Bogotá abre suscripciones en todo el país para ayudar al Gobierno español en su lucha contra el invasor; y de un extremo a otro de los virreinatos, sube una ola de cólera contra el César que quería subyugar al mundo.

Si se hubiera tratado de una lucha entre peninsulares y americanos, no hubiera habido tantos españoles que, como el marqués de Selva Alegre y el padre Castañeda, encabezaron la insurrección, ni tantos criollos que, como el general Goyeneche, la combatieran. Lo que estaba en lucha era el espíritu oficial y el instinto popular; de un lado el sometimiento a las jurisdicciones y del otro la imborrable fidelidad a las ideas.

La revolución se hizo en resumen, con los hombres y con la cultura de España.

¿Dónde, sino en la Península, cuya tradición continuaba, había descubierto Bolívar el secreto de sus frases llenas de verdades, que subían serenamente en la atmósfera y se abrían en abanico como una bandada de águilas? ¿Dónde había aprendido San Martín la ciencia militar y el ímpetu heroico que le

permitía vencer los imposibles, sino en las propias filas del ejército de España, en las cuales había combatido contra los ejércitos de Napoleón? ¿Y de dónde sacaba el pueblo las altiveces, las discordias y las rivalidades que arremolinaron la marcha de la revolución, sino de las raíces mismas de nuestra común historia, de las luchas que desgarraron a los conquistadores, de la tradición violenta y levantisca del conjunto? La revolución sudamericana era un resultado de los orígenes. Era nuestra raza entera con todas sus llagas, con todas sus grandezas, con su espíritu complejo y atormentado, que daba en la tierra nueva, ante horizontes salvajes, bajo otro clima, en territorios más amplios, la medida de su valor, de su indisciplina, de su lirismo y de su demencia.

¡Ah! mi noble y contradictoria España, en las luchas de la independencia y en las guerras civiles que siguieron después, en el medio siglo de desorden que fué como la expiación de la herida necesaria que te habíamos inferido, aparecías toda entera, con tu espíritu apasionado y desigual, con tus ímpetus y con tus caídas, con tu obscurantismo y con tus rebeliones, con tu cara negra y con tu cara roja, como si por un inconcebible sortilegio, se reflejara un Continente en otro y hubiera dos Españas, desgarradas al mismo tiempo por la lucha de un pueblo reformador y democrático contra una oligarquía pretenciosa y tiránica.

Esa era la única división que por entonces existía: la división entre dos concepciones diferentes. Unos vivían con las ideas modernas, otros con los prejuicios viejos. Y esa demarcación se hacía sentir igualmente en España, y en las colonias. En las alturas predominaba el autoritarismo. En la masa fermentaban las ideas democráticas. Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje, fué porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no sólo a las colonias, sino a la misma España.

Los que pedían allá un régimen colonial más ámplio, se alzaban contra la misma fuerza opresora que combatían aquí los que reclamaban una Constitución. La revuelta fué un paso dado hacia las ideas liberales y democráticas que defendían en España muchos patriotas ilustres. Y lo que se reflejó, agrandado por la distancia en el nuevo mundo, lo que se encarnó en dos símbolos: el Virrey y el comerciante, el pesado engranaje administrativo y las ágiles fuerzas productoras, fué la rajadura que dividía a la raza en dos porciones antagónicas. No nos levantamos contra España, sino en favor de ella y contra el grupo retardario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir.

Una España liberal y democrática a la manera de Inglaterra, hubiera retardado en algunos puntos y evitado quizá completamente en otros la separa-

ción. Pero, ¿qué podían hacer en favor de la concordia los capitanes y los funcionarios a la antigua, que cuando derrotaban a los insurrectos y recuperaban un territorio, restablecían como en Nueva Granada, en 1816, la Inquisición y mandaban quemar todos los libros que no estuvieran escritos en español o en latín? ¿Qué podían hacer en favor de la unión los que destruían, como en Chile, en 1812, todo lo que llevaba la marca de las ideas nuevas: bibliotecas, colegios, instituciones científicas, juzgando acaso que el terror y la sombra era lo único que podía mantener la obediencia de los pueblos?

Si examinamos bien los hechos, comprendemos que la insurrección no fué al principio un grito de libertad, sino un movimiento político como el que estalló en España casi simúltaneamente. El primer acto de la Junta de Buenos Aires es decretar la creación de una biblioteca; la de Chile proclama la libertad de imprenta y apunta la necesidad de abrir colegios en todo el territorio; la de Venezuela suprime los impuestos fiscales, crea una escuela de matemáticas, prohibe la introducción de esclavos, proclama la libertad de comercio y la América toda parece vibrar en un ímpetu hacia la igualdad y hacia la justicia.

Todo esto sin contar con que los hombres de ideas avanzadas de aquí y los de allá se tendían la mano en aquel tiempo, como ahora, por encima de las divisiones artificiales, como lo prueba el hecho de que fueran españoles recien llegados de la Metró-

poli, españoles procesados en España y expulsados de ella a causa de sus ideas republicanas, los que intentaron en Venezuela, en 1796, el primer levantamiento revolucionario y como lo prueba el hecho de que los insurrectos americanos que estaban en las cárceles de Cádiz fueron puestos en libertad, en un gesto grandioso de solidaridad fraterna, por los españoles que, como Riego, reclamaban la Constitución de 1812.

Los que combatían el movimiento regional americano, eran también enemigos de la reforma interior de España, como el Virrey Sámano, que se negó a jurar en Caracas la nueva Constitución ; y los que se alzaban contra el Gobierno de España, simpatizaban con los insurrectos americanos, como las tropas que en vez de partir a someterlos se sublevaron, a su vez, pidiendo reformas nacionales. Eran dos concepciones en lucha. A la revolución americana correspondía la revolución española y con las naturales modificaciones que implica un movimiento tan vasto, la larga y sangrienta guerra que marca una de las páginas más tristes de nuestra historia, la guerra odiosa siempre, y más odiosa aun en aquel caso, solo puso frente a frente las dos fuerzas seculares que aun continúan en lucha : el Minotauro del absolutismo y el Hércules de la libertad.

Claro está que no olvido las divergencias y las incompatibilidades que asombran entre los dos grandes grupos separados por la distancia y por el mar. Desconocerlas sería negar las certidumbres históricas y las verdades más visibles. El español de las colonias miraba con enojo la arrogancia del español de la Metrópoli. El español de la Metrópoli veía con desdén las mezclas y las promiscuidades del español de las colonias. El elemento indígena representaba un factor nuevo con el cual había de contar también. Algunos virreinatos, cuya prosperidad aumentaba a pesar de todas las restricciones, empezaban a descubrirse músculos de nación. Pero, aunque en todas partes apuntaba, más o menos franco, más o menos visible, el empuje, extraño a la voluntad de los hombres, que nos llevó a la independencia, en ninguna había cesado de latir la emoción y el pensamiento de España.

Tampoco olvido la influencia poderosa que ejerció la Revolución Francesa. El estallido de 1879 había difundido una inusitada efervescencia en el mundo y tenía que determinar en América también una ebullición cerebral. Pero, privadas como estaban, las colonias de todo intercambio material e intelectual con las naciones reformadoras, las doctrinas democráticas no pudieron ir siempre directamente hasta ellas. Los jirones que llegaron antes de la emancipación, llegaron por intermedio de los que simpatizaban en España con la renovación grandiosa que debía cambiar la faz del mundo. Y si después

de rotos los lazos, al abrir las puertas, entró a los virreinatos confusamente y en una sola vez toda la audacia de Europa, no se borró por ello la marca del origen, como lo prueban las pasiones y las debilidades que asoman a través de los progresos de hoy.

Al llegar a este punto, séame permitido recordar, especialmente a los argentinos, que no estamos aquí para asombrarnos de la altura a que hemos subido, sino para preguntarnos por qué no hemos subido más aún. Toda admiración incondicional es un peligro para una nación, y yo quiero suficientemente a América para comprender que al lado de los hechos que la enaltecen, al lado de los triunfos de que nos enorgullecemos todos, asoman los errores que han impedido la victoria total. La independencia no es un dogma; es un acontecimiento humano que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas y que debe estimular nuestra costumbre de examinarlo y discutirlo todo.

Nada me sería mas fácil que trazar un cuadro esplendoroso de la metamórfosis que se ha operado en las antiguas colonias. Las inclinaciones de nuestro carácter nos llevan generalmente a amplificar lo que nos halaga, a dejar en la sombra lo que nos disgusta y a modificar casi inconscientemente los hechos para apagar las inquietudes secretas y dar libre campo al orgullo nacional. Pero yo creo que el mejor homenaje que se le puede hacer a un país es el homenaje de la verdad. Y al lamentar el desorden de

nuestros mejores años, al condenar las rivalidades que nos dividieron, y nos dividen, no haré más que seguir en parte las huellas de hombres que tenían una extraña autoridad para escribir la historia, porque eran en cierto modo, historia ellos mismos.

Claro está que si consideramos aisladamente a la Argentina y a algunas otras repúblicas que se hallan en pleno milagro de prosperidad, la independencia es una victoria de la sangre hispana. Rara vez se ha visto una improvisación tan maravillosa como la que ha hecho surgir esa portentosa fuente de riqueza. Pero desde el punto de vista de la grandeza y la vitalidad de la raza, olvidando los detalles para abarcar el conjunto, ¿se puede decir que el movimiento separatista ha sido en todas partes un bien?

Yo contesto resueltamente que no.

No podemos regocijarnos completamente de una emancipación que ha puesto en peligro el predominio de nuestra lengua en las Antillas, que nos ha hecho perder en México cuatro millones de kilómetros cuadrados, que pone hoy en tela de juicio la suerte de toda la América Central y que multiplicando el desmigajamiento de los antiguos virreinatos en repúblicas a menudo minúsculas e indefensas, ha venido a sembrar el porvenir de imposibilidades históricas.

Contemplamos con la imaginación el mapa de América. Al norte bullen 100 millones de anglo-sajones febriles e imperialistas, reunidos dentro de la armonía más perfecta en una nación única: Al sur se agitan 80 millones de hispanoamericanos de cultura y actividad desigual, divididos en veinte repúblicas que en muchos casos se ignoran o se combaten. Cada día que pasa marca un triunfo de los del norte. Cada día que pasa registra una derrota de los del sur. Es una avalancha que se precipita. Las ciudades fundadas por nuestra raza, con sus nombres españoles y con sus recuerdos de la conquista, de la colonia o de la libertad, van quedando paulatinamente del otro lado de la frontera en marcha. San Francisco, Los Angeles, Sacramento, Santa Fe, están diciendo a gritos el origen. El canal de Panamá y los últimos sucesos de Nicaragua, anuncian nuevos atentados. Nadie puede prever ante que río o ante que montaña se detendrá el avance de la nación que aspira a unificar el nuevo mundo bajo su bandera. Y la emancipación soñada, la resplandeciente hipótesis de la libertad de todas las colonias, va resultando un instrumento de dominación que precipita la pérdida de muchos.

Lejos de mi la fantasía de lamentar la independencia. La historia no se llora, ni se modifica. Cuando depende de nosotros, se hace. Cuando nos viene de otras generaciones, se soporta y se corrige en la medida de nuestras fuerzas. El pesimismo es la enfermedad de los débiles; pero, ¿qué son nuestras

repúblicas de uno o de seis millones de habitantes ante la masa enorme de la nación más productora, más audaz y más progresiva que existe hoy en el mundo? ¿Qué valen las vanas y prematuras divisiones que queremos multiplicar dentro de la América Española, ante el peligro seguro que entraña para todos el avance de un pueblo que, aún en los países que se hallan momentáneamente al abrigo a causa de la distancia, aun en ese extremo sur del cual nos enorgullecemos con razón, nos perjudica en el porvenir y nos hiere en la marcha armónica de nuestro bloque moral?

Supongamos que la América de origen español es un hombre. Cada república es un miembro, una articulación, una parte de él. La Argentina es una mano. La América Central es un pie. Yo no digo que porque se corte un pie deje de funcionar la mano. Pero afirmo que después de la amputación el hombre se hallará menos ágil y que la mano misma, a pesar de no haber sido tocada, se sentirá desminuida con la ausencia de un miembro necesario para el equilibrio y la integridad del cuerpo. Una nación conquistadora nos puede ahogar sin contacto. Si le cortan al hombre el otro pie, si le apagan los ojos, si anulan sus recursos mas eficaces, si lo reducen a un pobre tronco que se arrastra, ¿para qué servirá la mano indemne, sino para tenderla al transeunte pidiendo la limosna de la libertad?

Entre las naciones existe también lo que podríamos llamar un proletariado. Para comprenderlo,

basta recordar el caso de Polonia, desmembrada por los apetitos de las grandes potencias; basta rememorar la guerra del Transwaal, durante la cual vimos caer al débil bajo la rodilla del poderoso; y basta contemplar actualmente la situación de la India, donde 300 millones de hombres sufren, se debaten y mueren sin lograr sacudir el yugo de Inglaterra. La existencia de los pueblos, como la existencia de los individuos, está sembrada de odiosas injusticias. Así como en la vida nacional hay clases que poseen los medios de producción, en la vida internacional hay naciones que esgrimen los medios de dominación, es decir, la fuerza económica y militar, que se sobrepone al derecho y nos convierte en vasallos.

Y como nosotros no podemos ser cómplices de los piratas de la humanidad, como por más urgentes que sean los problemas interiores no podemos olvidar las asechanzas que ponen en peligro la existencia de nuestro conjunto, como la libertad, que es el derecho de disponer de si mismo, tiene que ser reconocida igualmente a los hombres y a la colectividades, entiendo que en nuestras preocupaciones debe entrar la resistencia a los potentados de adentro y a los potentados de afuera, y que, si en el orden nacional combatimos a los que acumulan su fortuna con el sacrificio y con hambre de los pobres, en el orden internacional tenemos que ser enemigos de los imperios, que engordan con la esclavitud de las naciones indefensas.

Cuando el canal de Panamá entregue a la acti-

vidad norte americana todo el comercio del Pacífico, cuando el ferrocarril intercontinental que debe atravesar la América Española de norte a sur derrame sobre aquellos territorios la producción, las costumbres y la lengua de una nación extraña, cuando los Estados Unidos se inclinen a recoger lo que hemos sembrado en tantos años de esfuerzo, entonces, recién entonces, sentiremos en toda su intensidad viviente la atracción salvadora de la raza, entonces, recién entonces, comprenderemos la solemnidad del instante por que atravesamos hoy. Las divisiones y las guerras civiles nos han imposibilitado en muchos puntos para desarrollar una acción verdaderamente fecunda, y—ya he dicho que voy a formular verdades severas,—no somos ante el bloque anglo-sajon más que un hacimiento desigual, donde existen maravillosos centros prósperos y lamentables llanuras abandonadas, que obedecen a las leyes y gobiernos distintos, en una confusión favorable a todas las hecatombes.

Pero los pueblos tienen que estar siempre a la altura de los conflictos que los cercan. La dificultad debe centuplicar el empuje. Y el peligro que evocamos en este día para romper con los engreimientos prematuros, el peligro que compromete, no sólo el porvenir de la América Española sino el desarrollo de la raza entera, cuyos destinos son solidarios no

es un peligro irremediable. En nuestras manos está evitarlo. En el fondo de la democracia existen las energías necesarias para rehacer el porvenir.

Yo no he creído nunca que nuestra raza sea menos capaz que las otras. Así como no hay clases superiores y clases inferiores, sino hombres que por su situación pecuniaria han podido instruirse y depurarse y hombres que no han tenido tiempo de pensar en ello, ocupados como están en la ruda lucha por la existencia; no hay tampoco razas superiores ni inferiores, sino grupos que por las circunstancias particulares en que se desenvolvieron han alcanzado mayor volumen, y grupos que, ceñidos por una atmósfera hostil, no han podido sacar a la superficie toda la savia que tienen dentro.

El hecho de que los norteamericanos, cuya emancipación de Inglaterra coincide casi con la de las antiguas colonias españolas, hayan alcanzado en el mismo tiempo, en parecido territorio, y bajo idéntico régimen, el desarrollo inverosímil que contrasta con el desgano de buena parte de América, no se explica a mi juicio, ni por la mezcla indígena, ni por los atavismos de raza que se complacen en invocar algunos, arrojando sobre los muertos la responsabilidad de los propios fracasos. La desigualdad que advertimos entre la mitad del Continente donde se habla inglés y la mitad donde se habla español, deriva de dos causas evidentes.

Primero, las divisiones. Mientras las colonias que se separaron de Inglaterra se unieron en un

grupo estrecho y formaron una sola nación, los virreinatos o capitanías generales que se alejaron de España, no sólo se organizaron separadamente, no sólo convirtieron en fronteras nacionales lo que eran simples divisiones administrativas, sino que las multiplicaron después, al influjo de los hombres pequeños que necesitaban patrias chicas para poder dominar. El contraste entre los dos grupos no puede ser más completo. Los 100 millones de hombres, que viven en las 13 jurisdicciones coloniales que se independizaron de Inglaterra, tienen, desde el punto de vista nacional, una sola voluntad y un solo fin. Los 80 millones, que viven en las 8 jurisdicciones que se segregaron de España, forman veinte Repúblicas distintas y tienen, por lo tanto, veinte voluntades y veinte fines antagónicos.

La segunda causa de esta desigualdad es la orientación filosófica y las costumbres políticas que han predominado en el grupo. Mientras los Estados Unidos adoptaban los principios filosóficos y las formas de civilización mas recientes, las Repúblicas hispanoamericanas, desvanecido el empuje de los que determinaron la Independencia, volvieron a caer en lo que tanto habían reprochado a la Metrópoli. Aquí el autoritarismo, allá la teocracia, en todas partes hubo una ligadura que detuvo la libre circulación de la sangre. Una oligarquía temerosa y egoista se apoderó de las riendas del gobierno en la mayor parte de los Estados. Y como un pueblo solo puede desarrollarse integralmente dentro del

libre pensamiento y dentro de la democracia, como solo en las ideas modernas y en los actos emancipadores está el secreto de las grandes victorias colectivas, las Repúblicas hispanoamericanas, que no supieron vencer o moderar a tiempo su orientación errónea, se han dejado adelantar por la República anglo-sajona, que, aligerada de todas las supersticiones, avanza resueltamente hacia el porvenir.

Pero repito que el hombre puede modificarlo todo. La vida depende de nosotros. Son nuestros músculos intelectuales y morales los que forman la historia. No avanzamos al azar en un carro sin riendas cuyos caballos, desbocados, nos arrastran a su capricho. Somos los dueños de nuestra acción colectiva. Nuestra voluntad es el eje del mundo en que nos movemos. Y, si existe bien arraigada la idea de evolucionar, si vemos hervir dentro de nosotros una sinceridad, una convicción y una fe profundas en el progreso, si nos sentimos levantados por una de esas grandes olas históricas que, al subir, se hielan, a veces, y se convierten en pedestal de una generación, no cabe duda de que podemos hacer brotar de nuevo, de nuestras propias entrañas, el ímpetu esplendoroso que no tuvo rival en otros tiempos.

Pero ello solo florecerá, a condición de que sepamos claramente lo que nos falta y lo que nos sobra. Hay que modificar muchas ideas corrientes.

Recordemos que, el obrero, que el asalariado, que el hombre que alquila sus músculos o su inteligencia a los que poseen el dinero, no es una simple herramienta que se arroja después de conseguir lo que se apetece, no es un útil de carne cuyas funciones se limitan a favorecer el triunfo de los otros, sino un organismo completo y viviente, que, desde el punto de vista humano, tiene necesidades, pasiones, ensueños y esperanzas, y que, desde el punto de vista económico, es el elemento creador, el verdadero dueño de todas las riquezas que nos circundan.

Estrechemos cada vez más los lazos que nos unen, porque, así como los americanos no podríamos ver a España en peligro, sin sentir que peligraba con ella nuestro origen y el manantial de nuestra vida, los españoles no pueden ver comprometido el porvenir de América, sin asistir a la muerte de sus más íntimos deseos, de sus nuevas encarnaciones y de su prolongación histórica.

Reprobemos la violencia de los que recurren a la persecución y a la matanza para acallar las reclamaciones populares, cavando así un abismo en medio del país y comprometiendo el desarrollo del conjunto, al crear, dentro de las propias fronteras, dos naciones antagónicas.

Multipliquemos las iniciativas, pongamos en juego todos los resortes de nuestra actividad y nuestro ingenio, modifiquemos el andamiaje carcomido de nuestras costumbres, seamos ágiles y emprendedores

y llevemos al grado máximo el desarrollo y la riqueza nacional, convencidos de que el bienestar del pueblo deriva del adelanto general, y de que solo puede existir un proletariado capaz de hacer valer sus reivindicaciones en una nación próspera, respetada y triunfante.

Vigoricemos nuestro empuje, rivalicemos con los más altos en las luchas modernas de desarrollo y de vitalidad. Una nación no puede vivir de sus recuerdos heróicos, ni de sus aptitudes para el arte o para la elocuencia. Es necesario tener vida actual, industrias florecientes, riqueza desbordante, fuerza aplicable al siglo en que vivimos. Hay que competir en acción práctica con nuestros adversarios a los cuales no es posible vencer con personajes de leyenda, con pinceles o con liras. Claro está que una nación sin arte y sin ideal, es una nación sin alma. Pero en nuestras épocas rudas y especulativas, ¿qué logran conseguir el arte y el ideal, sin una base sólida de prosperidades materiales que sostengan y preserven lo que solo puede ser cúpula y complemento de una civilización?

Iluminemos los cerebros y las conciencias, difundamos la educación y el saber en todas sus formas para suscitar hombres nuevos y para acabar con las supersticiones, que son anacronismos, en una época en que, después de haber vencido la distancia, empieza a apoderarse el hombre del espacio y a forzar los límites de lo desconocido.

Seamos todos los días más dueños de nosotros

mismos, tengamos la confianza y la voluntad de vencer y trabajemos incansablemente en favor de la grandeza hispanoamericana, no sólo desde el punto de vista intelectual y moral, no sólo considerada como tema de discursos y amplificaciones, sino en lo que ella puede tener de tangible y práctico, dando tregua en el Nuevo Mundo y aquí a las pasiones minúsculas para edificar al fin, sobre el futuro, sentanto así las bases de la democracia ideal.

La vida nos demuestra que el triunfo o la derrota no dependen de las circunstancias extrañas, sino de nosotros mismos. En el tiempo y en la historia no existen las loterías. No hay guerras desgraciadas, ni banderas sin suerte ; lo que hay son pueblos preparados y pueblos analfabetos, gobiernos previsores y gobiernos incapaces, conjuntos bien organizados y multitudes dispersas.

No digo que para robustecernos volvamos a reconstruir el grupo que formábamos antes. La independencia de las antiguas colonias, aun de aquellas que se ha separado hace poco de España, es un hecho irrevocable sobre el cual no es posible volver. Tampoco insinúo una corriente insensata hacia los bélicos ardores. Las rivalidades y las luchas por la expansión industrial, intelectual y linguística son más terribles y más mortales que todos los choques sangrientos. Lo que creo indispensable es que nuestra raza se fortifique, cobre el volumen, se levante, y rivalice con las mejores en todos los órdenes de actividad, no para preparar la guerra, sino para ase-

gurar la paz, no para intentar preeminencias, sino para evitar humillaciones, no para imponer su voluntad a los otros pueblos, sino para impedir que los otros pueblos le impongan a ella la suya, en estas terribles colisiones silenciosas de la política de nuestro siglo.

Reunidos en dos grandes grupos, independientes entre sí, pero solidarios, refundidos allá en una sola coordinación, renovados aquí por la democracia y por el libre pensamiento, podemos ascender paralelamente hasta las cimas más altas, reconquistando así el vigor necesario para defender nuestras costumbres y para tener a raya la presión de los otros grupos, hasta que lleguen las épocas de la fraternidad definitiva y podamos entregar intacta nuestra contribución de pensamiento y de gloria, en el instante supremo de la fusión universal.

En este día que recuerda un hecho memorable de nuestra historia, un saludo a Cristóbal Colón es un saludo a España, y un estrecho abrazo de todos los pueblos que se expresan en su idioma. Por eso quiero terminar evocando esa gran sombra para que, domando otra vez las olas tumultuosas que mecieron las sublimes carabelas, zarpe esta noche del puerto de Palos el recuerdo del gran Almirante y para que, después de reconciliar a los pueblos de Sudamérica, después de restable-

cer allá la noble comunión de los orígenes, se vuelva resueltamente hacia España, y, con la autoridad del que figura entre los hombres más grandes de la historia, tendiendo un puente de concordia con los dos brazos extendidos, como si tocara a ambos continentes con los dedos, empuje la marcha armónica de las dos grandes fracciones de la raza, hacia la fecunda labor que nos espera.

Si sabemos ser modernos, el porvenir nos pertenece.

II

Las ideas francesas y la emancipación americana

EN LA SORBONA, DE PARIS, EL DIA 14 DE OCTUBRE DE 1911 (1)

En el instante de abordar tan alta tribuna en la capital enorme que ejerce sobre la vida americana tan decisiva influencia, experimento más bien el deseo de escuchar que el de tomar la palabra. Si no temiera parecer adulador, diría que cuando se habla desde esta casa, que es el punto culminante de la civilización latina, se habla en realidad desde la cima del mundo. Y al pronunciar estas palabras creo obedecer a un patriotismo superior, porque en realidad no me siento extranjero en este país. El mejor modo de acercarse a los grandes pueblos, es contemplarlos. Y yo he contemplado a Francia durante

(1) Esta Conferencia pronunciada en francés, fué presidida por el Decano de la Facultad de Ciencias, M. Paul Appell, patrocinada por los Ministros de la Argentina, Bolivia, Costa Rica. Perú, Uruguay y Brasil, y auspiciada por el *Comité France-Amerique* y por el *Groupement des Universités.*

quince años, desde mi mas lejana juventud, cuando llegué de la Argentina para absorber o desarrollar las ideas o los sueños que traté de expresar más tarde. He visto a Francia levantada por entusiasmos generosos y unánimes, preocupada por problemas enormes, agrietada por las cóleras, pero la he visto siempre grande, siempre ocupada en salvar los límites de la sombra, abolir la distancia, descifrar lo invisible y vencer al cielo mismo con sus pájaros fantásticos que parecen marcar la etapa suprema del genio del hombre.

Educado en este medio, he conservado el contacto con mi nacionalidad con ayuda de viajes a la ciudad natal, y he advertido todos los días que cuanto más amaba a Francia más cerca me encontraba de mi propio país, y que cuanto más amaba a mi país, más me sentía atraído por Francia. Hasta que llegó el momento en que me pregunté cuáles eran las bases o los orígenes de esa profunda simpatía, que no resultaba una inclinación personal, favorecida por una permanencia lárga, sino que era, que és, que será, he podido comprobarlo hablando con latinoamericanos de diversas repúblicas que nunca han salido de su país, la aspiración natural de ochenta millones de almas.

No es de un país en particular que voy a ocuparme, es del conjunto del vasto movimiento que sacudió al Nuevo Mundo, porque creo que el mejor medio de honrar a cada una de nuestras repúblicas es probar que ellas no son obra de la casualidad, mostran-

do en toda su amplitud el terremoto general que las hizo nacer. Esto me permitirá también poner de relieve, de una manera por decirlo así tangible, la acción del pensamiento francés sobre nuestra libertad y nuestra vida.

Empecemos por recordar las bases sobre las cuales vamos a evolucionar.

Los 180 millones de habitantes que se reparten allá un poco más de 30 millones de kilómetros cuadrados, están divididos por el orígen, el idioma y las costumbres en dos fracciones distintas. Al norte, los que sobre la base de las antiguas colonias inglesas han acumulado inmigraciones en gran mayoría concordantes, que han dado por resultado una admirable y fabulosa república de más de 100 millones de hombres. Al sud, desde los territorios mejicanos de Chihuahua y de Sonora, hasta el Cabo de Hornos, las veinte repúblicas que fueron colonizadas por España y Portugal, sobre las cuales se ha volcado desde hace tres cuartos de siglo la emigración y la cultura latina. La frontera norte de México es así como una cordillera que separa dos elementos, dos modalidades, dos formas de vida. Del otro lado de ella se habla inglés, se desprecia a las razas indígenas, se invoca a Inglaterra y se desarrolla la cultura anglosajona. De este lado, se habla en español, ha habido mezcla con los indios, se simpatiza con las naciones meridionales de Europa y se defienden las ideas y las direcciones de la Europa Latina.

No olvido que el movimiento filosófico del siglo XVIII y la metamorfosis que los Enciclopedistas acababan de imponer al mundo se sintieron igualmente en la América anglosajona que en la latina. Aunque los Estados Unidos experimentaron la influencia de la Revolución inglesa de 1649, es imposible negar que la agitación que devoraba a Francia en la aurora de su glorioso terremoto tuvo una influencia segura del otro lado del océano, como lo prueba, para no hablar más que de los hechos históricos más familiares, la intervención de Lafayette, el envío de tropas a Washington y el inolvidable viaje de Franklin, el domador del rayo celeste, que atravesó el mar para venir a pedir aquí el rayo humano: la Libertad.

Era aquella la época en que la Francia, que siempre ha servido de campo de experiencias a la inquietud y al espíritu renovador de la especie, irradiaba sus ideas y sus hombres sobre el mundo, poseída ya por el delirio grandioso que debía empujarla algunos años más tarde a dar constituciones, reyes y principios a la humanidad entera.

Sin embargo, en la América Latina la influencia francesa se hizo sentir de una manera incalculablemente más poderosa que en cualquier lugar. Desde el fin del siglo XVIII, nos llega, primero de rebote, después directamente.

Según las formas de colonización que predominaban entonces en España, de la cual estamos orgullosos de descender y por la cual conservamos el

más profundo respeto y la afección más filial, España nos había aislado del mundo. La Metrópoli velaba celosamente sobre el comercio y las lecturas. Solo se podía respirar el aire que venía de ella. Pero la revolución de 1789 había cambiado la faz de Europa, y España misma empezaba a sentirse contaminada. Sus patriotas reclamaban una Constitución, las doctrinas liberales ganaban terreno, la nación ardía en la hoguera y las chispas saltaban hasta las colonias, cuyos habitantes, molestados por el sistema centralista, por los impuestos y por los abusos de los delegados del poder, estaban naturalmente preparados para propagarlas.

Los primeros gérmenes vivificadores del pensamiento francés llegan así a nosotros por intermedio de los que desde el punto de vista político nos secuestraban. Son españoles ganados por la fiebre internacional de los tiempos los que lanzan en Venezuela, en 1796 el primer grito separatista; es la elocuencia de los patriotas de la Península la que empuja a la rebelión a los soldados que debían embarcarse para restablecer el orden en las colonias; es con ayuda de las tripulaciones del Rey mismo que penetran en forma de folletos los principios de la Revolución.

Las ideas francesas se infiltran pues en la América Latina durante el primer período por tres conductos: por el ejemplo de lo que ocurría en España, por la palabra de los inmigrantes españoles que traían consigo la inquietud que en todas partes tra-

bajaba los cerebros, y por los raros impresos que escapaban a la vigilancia de los virreyes.

Nada era más inseguro que este último medio. Las memorias de la época refieren que en 1798, habiendo descubierto las autoridades de Nueva Granada la existencia de una Historia de la Convención, el propietario fué condenado a diez años de presidio en los calabozos de Cádiz.

Pero la inquietud intelectual de los hombres no se deja vencer por los riesgos. Se repite que el oro es el dueño de todo, pero se olvida que las mas grandes acciones humanas, los esfuerzos mas poderosos, los sacrificios mas inauditos, los gestos mas admirables, los actos, en fin, que han cambiado la faz del mundo, han sido inspirados por el idealismo, por la necesidad de hacer triunfar una idea, superarse a los propios ojos y si es posible sobrevivirse en la gloria.

Es así, por lo menos, que, en su modesta esfera, procedían al otro extremo del mundo los patriotas sudamericanos de fines del siglo XVIII. ¿A dónde iban, por ejemplo, y esto es histórico, los hombres graves que envueltos en su capa y con el sombrero sobre los ojos, se escurrían temerosamente en una noche de octubre de 1794 por las calles tortuosas de la pequeña ciudad de Bogotá? Apenas se oía su respiración. Antes de desaparecer en una puerta se detenían para mirar a derecha e izquiertda, temerosos de ser seguidos. Un soplo airoso y trágico emanaba de ellos. Se comprendía que el peligro los

acechaba en todas las encrucijadas. ¿Qué propósito perseguían? ¿Se trataba de un complot? ¿De un crimen? ¿De un tesoro escondido? Nada de eso. Esos seres que resbalaban a lo largo de los muros y que representaban lo mejor de la población colonial, iban simplemente a casa de un amigo, para tratar de traducir, con sus precarios conocimientos del francés, un ejemplar de la Declaración de los Derechos del Hombre que un marinero audaz había traído desde Europa.

Pero no quisiera parecer sectario, insistiendo sobre uno de los aspectos de la enorme perspectiva. No es un siglo del pensamiento francés lo que yo evoco cuando hablo de la influencia que habéis ejercido del otro lado del océano. Es la continuidad de vuestra historia múltiple y deslumbrante, desde vuestros reyes magníficos, cuya gloria y cuya fama se reflejaban sobre el Continente Nuevo, hasta el hombre extraordinario y genial que solo podía ser vencido por la fatalidad, como esos árboles seculares que solo son volcados por el rayo. Es el conjunto de vuestra incomparable cabalgata a través del tiempo y de la vida lo que nosotros admiramos. Es Francia toda entera, con sus grandezas, sus desigualdades, sus inquietudes, sus fiebres, sus desfallecimientos y sus locuras lo que nosotros admiramos en bloque, porque todo ha sido acaso necesario en la elaboración misteriosa de la gran fuerza moral que no podría hoy desaparecer ni disminuir sin que hubie-

ra en el mundo algo así como el pánico que determinaría en el espacio la caída de un planeta.

En el segundo periodo, la influencia se vuelve como ya dijimos directa. Pero antes de comenzar a desarrollar esta parte, conviene definir cual fué el carácter de la Revolución Sudamericana.

Esta no podía ser de ninguna manera,—y lamento tener que pronunciarme contra ciertas interpretaciones patrioteras,—esta no podía ser un movimiento contra España. Sus jefes eran casi todos de pura descendencia castellana, los indios y los meztizos solo intervinieron como ayuda, la ausencia de emigraciones extranjeras había mantenido intacta la composición de los orígenes. Es imposible que los españoles de las colonias, cuya filiación era tan cercana, cuyo parecido era tan claro con los españoles de la Metrópoli, hayan tenido un solo momento la idea de atacar a la Madre Patria en lo que ella tiene de durable, de profundo, de intangible. En realidad, empujando hasta el fondo de las causas, no se puede decir que América se emancipó de España; se emancipó—y comprobamos un fenómeno análogo en los Estados Unidos,—se emancipó de la inmovilidad, de la terquedad, del conservatismo y de la desidia del partido que estaba en el poder en la Metrópoli. La América Española quería cambiar libremente sus productos, elegir sus lecturas, abolir la Inquisición que subsistía aún allá a principios del siglo XIX y sacudir la opresión de los delegados ávidos de enriquecerse a sus expensas.

La Revolución fué económica y política, pero no fué nacional. Nosotros no queríamos abandonar a España para ir en busca de otra nación. Las incertidumbres y las gestiones de los primeros patriotas prueban que ni se soñó en los comienzos en adoptar un gobierno fundamentalmente autónomo. Se podían condenar los métodos de colonización y hasta la orientación global de España, pero en la osamenta, en los resortes íntimos, seguíamos formando parte integrante de ella.

Hay que comenzar pués por decir lealmente que la influencia francesa del segundo período no viene a substituirse bruscamente a otra influencia, en una metamorfosis imposible, dada la marcha serena de la vida. Viene a ingertarse en el tronco español para matizar el carácter y modificar un estado de espíritu. Pero, ¡cuán poderosa y fecunda en resultados es la obra que Francia realiza en las comarcas nuevas, casi sin saberlo, en una de esas improvisaciones espontáneas, independientes de todo contralor, que asombran a los mismos que las han determinado!

Desde que se aflojan los lazos, desde que se abren las ventanas, las ideas francesas empiezan a penetrar en nuestros países tumultuosamente. Primero, desde el punto de vista político, el principio de independencia religiosa, que debe llevarnos después a separar la iglesia del Estado en México, a proclamar el divorcio en el Uruguay y a decretar en todas partes la libertad de cultos. Después son

las tendencias democráticas que nos inducen a suprimir los títulos de nobleza, a abandonar las fórmulas solemnes que aun perduran en España y a nivelar los detalles de la vida. Y es por fin la forma republicana de gobierno, un poco prematura acaso en algunas de nuestras democracias inexperimentadas, pero suceptible de dar mas tarde como ya empieza a dar, los resultados más felices.

Desde el punto de vista intelectual y moral, la influencia francesa se traduce por viva inclinación hacia las cosas del espíritu, por una merma de prejuicios, por una creciente necesidad de exactitud, de claridad, de método, por una tendencia hacia la simplificación y la armonía y por una flexibilidad que nos prepara a comprender todas las civilizaciones.

Todo esto se aclimata, naturalmente, por etapas. Las revoluciones no tienen, en los comienzos, al margen de las veleidades de organización, más que el deseo de vencer. Y la nuestra, comprometida en ciertas regiones por las vueltas ofensivas de la Metropóli, no pugnó al principio más que por no dejarse ahogar.

Pero, hasta en esta época de heròica locura, todo el pensamiento de la América Española afluyó hacia Francia. Es a Francia que el cubano José Caro pide socorro para continuar la insurrección de Nueva Granada. Es con el espíritu de Francia escondido entre los pliegues de su capa que llega a Caracas el General venezolano Miranda, que acaba de

combatir en las filas de la Revolución Francesa. Los patriotas de México eligen, imitando a Francia, un Triunvirato y proclaman Emperador a un hombre salido de las filas del pueblo. Y es a Francia, siempre a Francia, que Nariño se dirije para obtener elementos de guerra.

Su entrevista con Tallien pone de relieve a la vez, y esto entre paréntesis, la grandeza olímpica y el lirismo de la Epoca : «Vengo a pedirte armas para libertar la mitad del mundo, dice el solicitante.» «Aquí están»,—contesta el revolucionario entregándole el manuscrito de un discurso.

Pero no es solo el concurso de las ideas lo que la América Latina recibe de Francia, también es el concurso de los hombres.

El General Miguel Brayer, que había servido a las órdenes de Napoleón, va a ofrecer su espada a Chile ; Pedro Labatut, a la cabeza de la insurrección colombiana guía los primeros pasos de Bolívar ; y Liniers se levanta en el Río de la Plata para defender la costa Atlántica contra la invasión inglesa.

Es este acaso el momento más importante de nuestra historia, porque hubiera podido cambiar las perspectivas del porvenir.

Liniers simboliza, mejor que cualquier otra figura de su tiempo, la feliz superposición, la coincidencia a veces sorprendente del carácter francés y de las tendencias sudamericanas. En la lejana colonia española, en un momento en que las comunicaciones eran difíciles, Liniers hubiera debido sen-

tirse extranjero y ser considerado como tal. Sin embargo, en momentos en que las autoridades de Buenos Aires abandonaban la ciudad al ejército del General Witeloke, en el momento en que todo parecía perdido, un solo hombre intenta el esfuerzo supremo para defender el territorio, un solo hombre sabe hacerse aclamar por los sudamericanos, traduciendo su entusiasmo y sus facultades de improvisación : es el francés Liniers.

Las características que nos acercan a Francia estaban vivas ya ; y el jefe extranjero no había hecho más que interpretar y poner en movimiento la iniciativa, la movilidad y el individualismo que debía formar más tarde el matíz de nuestro carácter. La casualidad colocaba así en evidencia lo que se estaba elaborando en la sombra : la conquista de un Continente lejano por las cualidades y la cultura de una gran nación que ha podido olvidarnos y desdeñarnos a veces, tanto individualmente como colectivamente, pero que nos ha ayudado a ver y a comprender tantas cosas, que no podemos reprocharle lo que ella no quiere comprender y ver en nosotros.

Después de la Independencia, durante un siglo, Francia ha estado siempre presente en nuestra vida. Nuestros grandes hombres momentáneamente desconocidos, como San Martín, que murió en Boulogne, como Alberdi, y Sarmiento, que pasaron largas temporadas en París, vinieron a bañarse amenudo en esta fuente de ideal. Hemos enviado a estudiar

aquí a generaciones enteras que han llevado allá vuestro sello en el corazón. Vuestra literatura reina entre nosotros sin discusión, como la expresión que más estrechamente se acerca en la novela, en la poesía y en el teatro a nuestras palpitaciones íntimas. Vuestras inspiraciones ejercen sobre nuestra intelectualidad naciente una influencia indiscutible y definitiva. Algunos de vuestros mejores escritores han sido llamados por nuestros gobiernos o nuestras universidades para difundir directamente el oxígeno de vuestras cimas. Y hasta en lo que toca a la política interior, desde hace medio siglo vivimos por así decirlo vuestras propias inquietudes, porque apesar de la distancia enorme, cada una de vuestras sacudidas tiene una repercusión inmediata, como esos fenómenos terrestres que repercuten en los antípodas.

Si no me sintiera ceñido por el plan trazado al comenzar y si no temiera fatigaros más de lo admisible trataría de poner de relieve la influencia de Francia en todas las manifestaciones de la vida americana, desde 1752, cuando dueña de la Luisiana y de una buena parte del Nuevo Mundo, delimitaba su frontera sud-este desde la ciudad de Quebec hasta la embocadura del Mississipi, hasta nuestras épocas de expansión intelectual en que los conquistadores esgrimen la pluma y la elocuencia, poniendo en fuga la sombra y el error con el galope formidable de los escuadrones del pensamiento.

Sin embargo las dos formas de acción que acaban

de ser evocadas contienen una antitésis ante la cual nos detendremos si queréis un instante:

He aquí la Francia del siglo XVI en pugna con España: Francisco I contra Carlos V: el Rey cristiano contra el Rey aliado a los turcos y a los protestantes. América acaba de surgir milagrosamente de las tinieblas y las grandes naciones se aprestan a repartírsela. Una enorme colonia francesa aparece en el continente nuevo. Juan Rivoli recorre lo que es hoy la Florida, la Georgia y la Carolina; Jacobo Cartier se detiene en el lugar en que debía surgir después la ciudad de Montreal; Champlain funda Quebec; De Monts Nueva Orleans y la más fabulosa fortuna parece favorecer los planes del Rey Magnífico. Las colonias inglesas, que debían ser más tarde los Estados Unidos, no ocupaban entonces más que un millón de kilómetros cuadrados, es decir un territorio equivalente a la mitad del México actual. Vientos propicios empujaban la barca de las ambiciones francesas hacia el éxito más completo. Sin embargo, por una fatalidad inexplicable todo se derrumba. Se enciende la guerra entre católicos y protestantes. El Canadá pasa a poder de Inglaterra. El Imperio fundado por un gran hombre de estado se desmigaja entre las manos de sus sucesores. Y aquí aparece el fenómeno que es uno de los más admirables de la historia y que prueba la milagrosa vitalidad de este extraordinario país. Como si el genio de Francia no pudiese florecer realmente sino al margen de las formas directas de dominación,

así que el último guerrero abandona el Nuevo Mundo, así que la última circunscripción colonial ha sido vendida a los Estados Unidos, la verdadera conquista comienza. Con su siglo XVIII filosófico, con su siglo XIX romántico, con el conjunto grandioso de sus especulaciones intelectuales, de sus realizaciones científicas, de su arte, de su vida, pródiga mezcla de exactitud y de idealismo, Francia se apodera del Continente entero y vemos realizado el imposible de un conquistador desgraciado que después de haber abandonado sus territorios vuelve a instalarse en ellos como dueño por la sola virtud de la inteligencia.

Volvamos a seguir el hilo de nuestra exposición.

Solo hay una interrupción, o mejor dicho un paréntesis, en la estrecha unión de las repúblicas sudamericanas y la nación inspiradora. Una sola vez Francia ha trabajado contra los deseos de la América Latina, una sola vez ha cesado de ser el modelo admirado para transformarse en fuerza hostil. Fué en México en 1862.

Pero mirando por encima de los acontecimientos limitados, considerando los hechos en sus antecedentes y sus prolongaciones posibles, llegamos a preguntarnos si la tentativa del Emperador Maximiliano no fué en cierto modo el presentimiento de las necesidades supremas que empezamos a sentir en la hora presente, si no fué la adivinación de un peligro que hubiera sido mejor conjurar antes.

Que se me perdone si toco este punto ; pero cuan-

do se abordan cuestiones de esta índole con altura, cuando se habla como historiador y sociólogo, cuando se tiene el respeto de los demás y de sí mismo, es posible examinar todos los problemas, sin herir ningún sentimiento respetable. No es que seámos hostiles a los Estados Unidos, es que somos fieles a nosotros mismos. Nuestra voz no expresa un sentimiento de antipatía, traduce si lo pensamos bien, un voto de concordia, porque la amistad durable no puede estar basada en la sumisión del débil al fuerte, sino en el renunciamiento por ambas partes a la injusticia.

Orgullosas de su bandera nueva en el mundo, las repúblicas sudamericanas, tanto las más importantes como las más modestas, son radicalmente hostiles a toda intervención. Tenemos ya una personalidad y un carácter y aspiramos a desarrollarnos en toda la extensión de la América Latina según nuestros gustos y dentro de la libertad más ámplia.

Francia ha comprendido esto admirablemente. Sabe que lo que puede pretender va más allá de las fórmulas en voga sobre la expansión y sus derivados. Lo que se ofrece al gran pueblo, no es una nueva oportunidad material, no es una coyuntura para agrupar a lo lejos sus emigraciones en vista de hipotéticas aventuras. No es ni un territorio, ni una multitud que dominar. Es algo más grande, más durable, más alto: son inteligencias que alimentar, cerebros que cultivar, caracteres que sostener en el culto y en la tradición de la raza.

No pudiendo aspirar a una obra análoga, a causa de las diferencias fundamentales que existen entre ella y los latinos de América, otra nación tiende por el contrario a ejercer allá una influencia directa. No juzgo, no recrimino. Pero la suerte reservada en 1845 y 1848 a los estados mexicanos de Texas, California y Nuevo México; la situación de Cuba, los asuntos de Nicaragua, y la política seguida en el canal de Panamá que hubiera debido ser francés y que va a resultar en otras manos una fortaleza temible, muestran la fuerza y el empuje de un imperio que, levantado en la tromba de su progreso, no es dueño él mismo de limitar su campo de acción.

Es por eso que nos volvemos hacia Francia, hacia la fuente intelectual de nuestra nacionalidad, para robustecer los lazos indestructibles que nos unen a la tradición latina.

La enorme prolongación moral que Francia ha sabido crearse del otro lado del océano, esa mitad del nuevo mundo sobre la cual reina el pensamiento francés, para gloria de la nación inspiradora y de los pueblos que le piden el calor y la luz de su ideal, esos territorios que podríamos llamar la prolongación viva de la Europa latina, no deben ser considerados,—y aquí recuerdo la diferencia que establecí al comenzar entre las dos Américas,—no deben ser considerados como una demarcación vana que se borra con una esponja diplomática, sino como una división que tiene su razón de ser en la sangre, en las costumbres, en las creencias, en el idioma, en la

vida individual de cada minuto, en todo lo que respira en nosotros y en torno de nosotros, de tal manera que si otra influencia se hiciera algún día definitiva, si algún vecino poderoso quisiera separar este caudal de su destino, el continente se sentiría herido todo entero y cada individuo, aún al margen del entusiasmo nacional, se tornaría en cierto modo en una pequeña Polonia, porque nada podría someterlo sin destruirlo.

Hay antecedentes y corrientes de continuidad que no se desvían ; y si nuestras patrias inmediatas son en cierto modo caprichosas, nuestra patria superior, la que comprende todos los pueblos que hablan español y portugués en el Nuevo Mundo está particularmente viva y aclimatada. Nosotros no datamos de la independencia, datamos, con las mezclas y las inmigraciones que se han acumulado después, de la conquista del Nuevo Mundo por los iberos y por nuestro punto de partida, nuestra formación, nuestra historia y nuestros gustos, prolongamos en el sud del Nuevo Mundo una tradición opuesta a la que los Estados Unidos amplifican triunfalmente en el norte.

Es necesario que las dos civilizaciones y las dos razas que se han distribuído el Continente nuevo, puedan desarrollarse sin roces y sin conflictos, de acuerdo con sus orígenes, en la zona que les fué asignada.

Yo no tengo derecho a examinar aquí si en un momento en que todos los países tienden a ensanchar

su campo de acción, la Europa Latina puede estar interesada en impedir el debilitamiento gradual de los pueblos que son a la distancia satélites de su genio. Pero no me está vedado formular un voto : que nuestro profundo amor por Francia aliente la simpatía que Francia puede tener por nosotros y que hagamos lo posible de un lado para acercarnos más aún, del otro para comprendernos y sostenernos cada vez mejor.

No es exacto que las Repúblicas sudamericanas solo interesen por su producción y sus empréstitos. Hay algo que está por encima del intercambio comercial, que lo favorece o lo dificulta, que lo eleva a su supremo desarrollo o lo mantiene en una esfera inferior y ese algo es la simpatía intelectual, el parecido moral, la estrecha unión de los pueblos.

En realidad la Nueva Francia que el navegante Verrazani soñó ofrecer a Francisco I en 1523 existe en los dominios del espíritu. Y esa Francia enorme y lejana que se depura y se fortifica del otro lado del océano, ese maravilloso racimo de naciones jóvenes y vigorosas que maduran bajo el sol del otro hemisferio, es en cierto modo, apesar de los incidentes de nuestra vida tumultosa , una parte de vuestra propia historia, porque el hilo de luz que nos habéis dado nos lleva por Roma y por Grecia a las fuentes más puras de la civilización que cubre todavía la mitad del mundo con su prestigio y con su gloria.

Hace algunos años, durante un corto viaje a Mé-

xico, bajaba yo una tarde con un amigo hacia un pequeño puerto que se desvanecía en el crepúsculo. Recuerdo que sobre el cielo en delirio del trópico había a la derecha una gran nube azul, a la izquierda una gigantesca ala roja y en medio, como una presa disputada por dos grandes pájaros del espacio, el disco blanco de la luna.

Absortos ante el espectáculo, nos encontramos de pronto en medio de un grupo de colegiales que volvían a la aldea. Uno de ellos nos empujó al pasar y volviéndose cortesmente pronunció en inglés:

—«Excuse-me».

Era un morocho travieso que tenía en sus grandes ojos negros el ímpetu desmelenado del andaluz y la tristeza lejana del indio.

—¿Puesto que eres de aquí, repuso mi amigo en español, porque no hablas en tu lengua?

El rapáz se esquivó sin responder. Pero el que tenía más edad entre los del grupo se explicó:

—Ha creído que' eran norteamericanos.

—Muy bien, respondí, pero, ¿todos los niños de este lugar hablan inglés?

—Casi todos...

Había en la voz como una amargura inconsciente. La noche caía sobre los grandes árboles. El viento nos traía el vaho salado del golfo de México. Y continuamos andando hacia la ciudad, que erguía en las tinieblas las torres de su iglesia española, pensando en que efectivamente otra raza empezaba a

apoderarse del porvenir, puesto que hablaba por la boca de nuestros niños.

Para mantener en el Nuevo Mundo la preeminencia de la cultura latina, para que Francia, que preside a todas nuestras manifestaciones intelectuales, que guía nuestras preferencias y nuestros gustos, que está presente hasta en nuestras escuelas, donde los alumnos estudian amenudo en los mismos textos que aquí, mantenga sus posiciones, es indispensable intensificar cada vez más el contacto entre el gran campeón de la latinidad en Europa y las comarcas que con él palpitan al unísono.

Quiero a mi bandera apasionadamente. He nacido en un país particularmente próspero y flexible que es una prueba viviente de lo que nuestra América puede llegar a ser toda entera. Pero me siento muy lejos de las concepciones localistas que nos desmigajan. Los progresos de algunas regiones del Nuevo Mundo latino, no hacen más que probar la capacidad de las repúblicas de lengua española y portuguesa en conjunto. No es una comarca determinada, no es una entidad aislada de las demás lo que debemos coronar en la victoria. Es el bloque solidario de nuestras veinte naciones, hoy dispersas, pero reunidas acaso mañana por el sueño de Bolivar en el buen sentido y en la previsión.

Yo no se si se me acusará de ser un visionario, pero creo firmemente que la riqueza, la actividad, la cultura vigorosa que se desarrollan y crecen en el

Río de la Plata y en las costas del Atlántico, irradiarán cada vez más sobre los países vecinos, salvarán cada vez más fácilmente en la América Latina nuestras fronteras convencionales ; y no está lejano el día en que después de haber hecho surgir de un extremo a otro de nuestros territorios una civilización autónoma, después de haber hecho fructificar de México a la Patagonia una existencia nuestra, después de haber cubierto la mitad del continente con las cosechas mejores nos podamos volver, como en el apólogo bíblico, hacia la Francia inmortal para decirle, ante la prosperidad de un mundo :

—«He aquí lo que hemos hecho con tu semilla y con tu arado».

Será la mejor manera de expresar nuestro reconocimiento a este país admirable que en medio de los apetitos desencadenados no aspira entre nosotros mas que a las dominaciones superiores, pensando acaso que las vegetaciones pueden cubrir la llanura, pero que solo el perfume consigue llenar al espacio.

Una palabra para terminar. Esta conferencia habrá sido como lo dije al comenzar un adiós a Francia. Dentro de dos días salgo para recorrer en una gira de conferencias las Antillas, México, la América Central y todas las repúblicas de lengua española y portuguesa. Durante ese viaje estrecharé contra mi corazón cuatro banderas : la de España, nuestra madre, la de Francia que nos ha dado su cultura y

nos levanta con el soplo de su ideal, la de mi tierra argentina laboriosa y próspera y una bandera que todavía no tiene colores, que no existe más que en la imaginación de los poetas, pero que será quizá el imposible realizado de mañana : la bandera loca de la conferencia latinoamericana.

III

Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano

EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA, DE NUEVA YORK, EL 9 DE JULIO DE 1912

Mi más vivo deseo, mi aspiración más honda, hubiera sido poder hablar aquí en inglés, para ser comprendido por el mayor número posible de personas. Desgraciadamente me veo obligado a decir mis argumentos y a exponer mis ideas en nuestro buen español sonoro y quijotesco, que se presta, por otra parte, a maravilla para semejantes aventuras. Para los oyentes que solo entienden inglés se ha hecho traducir e imprimir la conferencia en los folletos que todos han tenido oportunidad de reclamar a la entrada (1) y cada cual puede seguir en ellos las gradaciones de la doctrina que vamos a desarro-

(1) Esta conferencia fué tradueida al inglés y publicada en folleto bajo el título de «The future of Latin America». Imprenta Las Novedades, 26, City Hall Place, New York. 1912.

llar. Además, es bueno también que los latinoamericanos confirmen su nacionalidad, defendiendo su lengua y rompiendo con la debilidad que les ha llevado hasta ahora a inclinarse y a someterse a los idiomas extranjeros, desdeñando injustamente uno de sus más valiosos patrimonios.

De más está decir que esto no significa que yo venga a hablar aquí como adversario de un pueblo. Vengo a hablar como adversario de una política. El sólo hecho de haberme presentado a gritar mis verdades desde tan enorme Metrópoli, indica que tengo ámplia confianza y completa fé en el buen sentido y en la honradez fundamental de este admirable país que, ocupado en su labor productora y benéfica, no sabe el uso que se está haciendo de su fuerza en las comarcas limítrofes, no sabe que está levantando las más ágrias antipatías en el resto del Nuevo Mundo, no sabe la injusticia que se está cometiendo en su nombre, no sabe, en fin, que sin que él lo sospeche, por obra de los políticos expeditivos y ambiciosos, se está abriendo en América una era de hostilidad, un antagonismo inextinguible, cuyas consecuencias tendrán que perjudicarnos a todos.

La paz y el buen acuerdo entre los pueblos solo pueden estar basados sobre la justicia y donde no hay equidad, no existe nunca el orden, ni la amistad durable. Si yo vengo a hablar aquí contra el mal del imperialismo, no es para desafiar vanamente a la opinión ; es porque acaricio el deseo de contribuir a desvanecer los antagonismos, es porque abrigo la

esperanza de ver a toda América fraternalmente unida en el futuro como lo estuvo en las épocas de la independencia, cuando sin distinciones de lengua ni de origen, las colonias que descendían de Inglaterra como las que se segragaban de España y de Portugal, las de procedencia anglo-sajona como las de filiación latina, se lanzaban en bloque a la conquista de su personalidad.

Tal es el sentido superior del viaje que vengo realizando a través de América. En el curso de él he tenido ocasión de decir muchas veces que no soy un adversario de los Estados Unidos. Quiero y admiro a esta gran nación, pero por encima de todas las simpatías está la legítima defensa de mi nacionalidad; y el norteamericano, tan patriota siempre, no puede asombrarse de que nosotros seámos patriotas también, y tengamos el culto inextinguible de nuestras banderas. Los hombres que defienden contra la innudación y contra el viento su hogar, sus creencias y la cuna de sus hijos, acaban por hacerse simpáticos hasta a la misma tempestad. Y lo que nosotros estamos haciendo, es lo que los norteamericanos harían en un caso análogo, si sintieran que peligraba su autonomía. Por eso han de ver nuestra cruzada con interés. Los pueblos, como los hombres fuertes, quieren hallar más bien un adversario que los mire cara a cara que viles traidores que tiemblan y se humillan.

Desde hace seis meses recorro las repúblicas latinas, sin mandato de ningún gobierno, sin sub-

venciones de ninguna firma social, por mi propia cuenta y riesgo ; y este viaje que empezó siendo viaje de estudio, va resultando como una emanación de la consciencia colectiva, porque traduce y concreta en un gesto de vigilancia y de protesta, la sorda inquietud que nos conmueve a todos, desde la frontera norte de México hasta el estrecho de Magallanes. Se trata de un fenómeno que tiene que hacer reflexionar a ciertos políticos. He pasado por Cuba, Santo Domingo, México, San Salvador, Honduras, y Costa Rica y sin ser orador, sin tener una representación dentro de la política internacional, careciendo de todas las condiciones para arrastrar a las multitudes, me he visto levantado en todas partes por grandes olas de pueblos que se arremolinaban espontáneamente en torno mío, porque encontraban en mi actitud un reflejo de sus preocupaciones más íntimas. El movimiento ha tomado proporciones especiales. En cada capital ha quedado uno o varios centros de defensa latinoamericana que están relacionados entre sí, y en muchos de ellos se han celebrado después de mi partida mitins de protesta contra los atropellos de que son víctimas ciertos grupos de América. Es un clamor colectivo que levanta de norte a sur de las tierras de origen hispano. Es el anuncio de un problema vital que habrá que resolver dentro de muy pocos años. Por eso es que he creído que debía venir al foco mismo de donde parte la amenaza, no en son de guerra, sino

serenamente, para decir : *aquí está la cuestión, examinémosla.*

Cuando, hace más de un siglo cundió la idea separatista, el Nuevo Mundo estaba dividido por la raza, por la religión, y por las costumbres en dos porciones muy fáciles de delimitar. Al norte, las colonias inglesas, al sur los países donde dominaban España y Portugal. Eran dos mundos que reflejaban dos direcciones diferentes de la civilización europea. Al norte los que prolongaban la cultura anglo-sajona, al sur los que eran producto del pensamiento latino. No vamos a hacer ahora un estudio de los caracteres que revistió la lucha en las dos regiones. Baste recordar que el imperio colonial inglés se conglomeró en una sola nacionalidad y que el imperio colonial español se subvidió en veinte nacionalidades distintas, creando así el desequilibrio que debía dar margen a la situación de hoy. Lo que importa establecer es que durante los primeros tiempos, en lo que podríamos llamar años principistas de las primeras decadas del siglo XIX, los dos grupos se mantuvieron dentro de la fraternidad y el respeto que convenía entre colectividades que aspiraban a desarrollarse al margen de los procedimientos de Europa, depurando las concepciones del mundo viejo, renunciando a la injusticia que dá a ciertos pueblos un derecho superior sobre otros y reaccionando, en suma, contra los errores que habían dado lugar precisamente a la ruptura y la emancipación. Fué en esas épocas de austeridad y de lógica, cuan-

do aprendimos los hispanoamericanos a admirar a Norteamérica. El hálito de equidad de que apareció animada la joven nación nos inspiró la simpatía más desbordante y más sincera. Cuando los Estados Unidos obtuvieron de España la venta de la Florida y de Francia la cesión de la Luisiana no vimos en este engrandecimiento formidable más que el justo deseo de borrar los vestigios de la dominación de Europa. Nos inclinábamos ante el hermano mayor y nos enorgullecíamos de sus triunfos. Pero las víctimas de ayer tienen amenudo una tendencia a transformarse en verdugos. Y los súbditos emancipados, los colonos libres, una vez fortalecidos, olvidaron las declaraciones severas de sus héroes y empezaron a abusar, a su vez, de la fuerza. La anexión de los territorios mexicanos en 1845 y 1848 fué la revelación de una política que debía extenderse después de una manera lamentable. Sin embargo, como una novia fiel que trata de excusar y de disimular con laboriosos silogismos las inconsecuencias y las faltas que su prometido comete contra ella misma, la América Latina hubiera seguido enamorada de los Estados Unidos si lo que juzgó excepción no se hubiera transformado en sistema. Pero las heridas y las injurias se multiplicaron. Un espectro de dominación y de despojo empezó a flotar sobre nuestros países indefensos. Varios pueblos sucumbieron. Y la injusticia se ha acentuado de tal suerte, en los últimos tiempos, que, rotos ya los vínculos de antes, nos volvemos hoy hacia los Estados

Unidos para gritarles: «Las mismas injusticias que la Metrópoli cometió con vosotros, las estáis cometiendo ahora con nosotros, que no tenemos más defecto que el que vosotros teníais ayer: el ser débiles.»

No quiero preguntar lo que dirían Washington, Jefferson o Lincoln si se levantaran hoy de sus tumbas ante las dos hazañas más recientes del imperialismo.

El empréstito de Nicaragua es quizá la más monstruosa de las negociaciones que se han intentado jamás en el mundo. Ese país está a punto de entregar sus aduanas sin recibir nada en cambio, porque el dinero que le prestan queda en manos de los mismos prestamistas. ¿Qué diríamos de un particular que, pidiendo mercancías a un comisionista europeo, celebrara un contrato de empréstito con el mismo comisionista y dejara el producto en poder de este y le pagara crecidos intereses, al mismo tiempo que le enviara grandes cantidades de café, cuyo producto en venta fuera bastante para pagar las mercancías pedidas? Ni uno solo de los presentes se atrevería a proponer en el orden personal un contrato semejante, porque hay principios superiores de pudor que limitan hasta la usura y el despojo. Sin embargo lo que ningún ciudadano osaría intentar aisladamente, se está haciendo en Nicaragua en nombre de todo un pueblo y al amparo de los pliegues de una bandera tradicional de libertad.

Se me dirá que la culpa la tiene el gobierno que acepta, pero así como según las leyes ningún hombre puede venderse y la moral civil considera como nulo cualquier contrato en ese sentido, tampoco es admisible que una nación—mal representada por un gobierno que no quiero calificar,—comprometa vergonzosamente su soberanía. Para que el derecho superior de control que los Estados Unidos se atribuyen se justifique en cierto modo, es necesario que esté basado sobre un sentimiento de responsabilidad, de honradez, y de cultura superior, es necesario que contenga lecciones constantes de equidad y de alta justicia. Si sólo se trata de abusar de las inexperiencias, si lo único que se persigue es explotar los desfallecimientos de algunos hombres y la debilidad de ciertos pueblos, dígase claramente y no se disfrace con colores de redención y de evangelismo lo que no es más que un nuevo desborde de apetitos dentro del imperialismo internacional.

Bien se que un gran pueblo como los Estados Unidos no puede ser responsable de estos actos. Esa política interpretará la manera de ver ciertas potencias financieras, traducirá el orgullo de determinados «parvenus» de la nacionalidad que quieren mostrar su fuerza como los enriquecidos muestran sus brillantes, pero no puede expresar, repito, porque sería una catástrofe nacional, el verdadero sentir colectivo de los nobles puritanos que, huyendo hace varios siglos de la barbarie civilizada de Europa,

vinieron a estas tierras vírgenes, creyendo en la equidad y en la justicia de Dios.

Por eso es bueno que sepan estas cosas aquí. Nosotros admitimos que la civilización de los Estados Unidos se refleja sobre el resto de América, aceptamos la natural y benéfica influencia que deben ejercer, pero no toleramos que nuestros territorios sean un mundo sin control y sin ley, donde ciertos ciudadanos americanos se pueden permitir todo lo que la decencia y la moral reprueban dentro de su país natal.

El segundo hecho a que me he referido, es más significativo aún.

Dentro de poco tiempo el canal de Panamá habrá puesto en comunicación a los dos océanos y bajo la bandera de Norte América se habrá realizado una de las obras más colosales que ha intentado el hombre. Pero ese monumento de grandeza está edificado sobre una atrocidad, esa gloria nacional tiene una base de deslealtad.

No creo que haya memoria en la historia de las naciones de una injusticia tan ruda como la que se cometió en Colombia. Ante el atentado contra los derechos de un Estado nos hemos preguntado todos, de norte a sur de la América Latina: ¿son éstas las lecciones de civilización, de moralidad y de rectitud que dan los Estados Unidos a los pueblos sobre los cuales se atribuyen un derecho de vigilancia paternal? Al violar descaradamente un tratado, nos enseñaron que los fuertes pueden fal-

tar impunemente a su palabra ; al pretender que el gobierno colombiano obligara a las cámaras a aprobar un compromiso, aconsejaron al Poder Ejecutivo que se levantara contra la constitución ; al servirse de elementos infidentes para determinar la separación de la provincia, establecieron una prima en favor de las ambiciones, y al tratar tan duramente a Colombia después del despojo, parecen probar, en fin, que la doctrina de Monroe, que en las primeras épocas pareció salvaguardia para toda América, se ha convertido en instrumento de tiranía y que ya no significa como antes : «ningún país puede tener colonias en América», sino que significa : «La América Latina es nuestro feudo colonial».

¿ Cómo asombrarse después de que volvamos los ojos hacia Europa o hacia el Japón, pidiendo el contrapeso y el equilibrio que la equidad de los Estados Unidos no nos quiere dar ? ¿ Cómo asombrarse de que toda la América Latina que, a pesar de sus divisiones es moralmente solidaria, se conmueva de norte a sur, aun en aquellas repúblicas que no han sido rozadas todavía ? Ya he tenido ocasión de decir que cuando tenemos una enfermedad en una mano, no está enferma la mano, está enferma la persona, está enfermo todo el cuerpo. Y es contra ese mal de imperialismo que amenaza extenderse a todo el Continente, que traigo hoy la protesta de la opinión general de nuestras repúblicas, convencido de que el norteamericano, que es justo y es perspicaz, comprende-

rá que solo la equidad puede acercarnos de nuevo, porque el imperialismo podrá aterrorizar a nuestras autoridades, apoderarse de los resortes de nuestras administraciones y sobornar a los políticos venales, pero a los pueblos que reviven sus epopeyas heróicas, a los pueblos que sienten las diferencias que los separan del extranjero dominador, a los pueblos que no tienen acciones en las compañías financieras, ni intereses en el soborno y en la tradición, a esos pueblos no los puede desarraigar ni corromper nunca nadie.

Habéis podido despreciar y desde ese punto de vista tenéis plena razón, a los políticos ambiciosos que abundan en algunas de nuestras tierras, a los conspiradores que vienen a pedir el oro extranjero para arruinar a su patria con una nueva revolución, a los presidentes que solo quieren ser mantenidos en sus puestos, a toda la espuma que no debe pasar a vuestros ojos como nuestra representación nacional. Desde ese punto de vista, repito, que tenéis mil veces razón; ¡despreciadlos profundamente, que nunca los despreciaréis tanto como nosotros! Pero a los pueblos que supieron conquistar su libertad después de luchas admirables, a los pueblos que no son responsables de sus malos gobiernos, a esos no los podéis despreciar. No somos una raza vencida y dispersa; sentimos, a pesar de todo, la cohesión que dá un pasado común, glorias paralelas y destinos idénticos. Tenemos un punto de partida y un fin en la historia; y nadie puede permitirse tratar

a colectividades cultas que han producido patriotas como Bolívar y San Martín, del mismo modo como trataríais a las hordas del Cambodge o del Congo.

¿Qué es lo que se nos reprocha en suma? ¿Cuales son los pretextos de que se sirve el imperialismo para justificar su acción opresora? Los que más amenudo se invocan son nuestra incapacidad aparente para hacer valer la riqueza y nuestras revoluciones. Según ciertos apasionados es inadmisible que permanezcan inexplotados ciertos tesoros, y hay que poner coto en nombre de la civilización, a la inquietud bélica de nuestra raza. Pero, ¿a qué se reducen estos dos argumentos si los examinamos serenamente?

Basta dirigir una ojeada sobre la América Latina para comprender que no está probada la incapacidad de que se nos acusa. La prosperidad inverosímil de la Argentina, del Brasil y de Chile indican que también somos capaces de crear enormes conjuntos prósperos, y prueban que para el libre crecimiento de ellos los Estados Unidos resultan un inconveniente; puesto que son las tierras donde no tienen ellos ninguna influencia, las que más vigorosamente han progresado y son las comarcas donde más estrecha vigilancia ejercen las que van quedando rezagadas en el movimiento general. Pero, aun admitiendo que la Argentina no fuera el Eldorado moderno, que el Brasil no tuviera sus fabulosas exportaciones y que Chile no resultara uno de los pueblos más laboriosos del mundo, aceptando que nuestra

América no produjera ni una planta de café, ni un grano de trigo ¿sería esta una razón para venir a despojarnos? ¿Qué dirían muchos de los que están aquí si teniendo depositada en el banco desde hace algún tiempo una suma de dinero, pretendiera un extraño, un vecino, un transeunte, apoderarse de ese dinero, argumentando que como la suma está improductiva, el poseedor no tiene derecho a conservarla? Todos sabemos que ese procedimiento tiene un nombre y una penalidad en todos los códigos. Cada pueblo, como cada individuo, conserva el derecho de dirigir su vida y nadie puede invocar razones para obligarle a obrar en contradicción con sus gustos.

En cuanto al reproche de las revoluciones, es el más artero que se nos puede hacer. Se necesita audacia para formularlo, cuando es precisamente el imperialismo el que ha abierto en Nueva York y en Nueva Orleans una especie de bolsa de revoluciones, donde se especula con el desorden, con el hambre y con la ruina de muchos países hispanoamericanos. Porque ¡qué son sino una especulación vergonzosa esos bonos de quinientos pesos que se negocian por cincuenta y dan a un partido en interés usurario los medios de subvertir el orden en una república, obligando a esta no sólo a sufrir los perjuicios de la agitación, sino a pagar después multiplicados por diez, los gastos de la misma tempestad que la arrasa? Si queréis evitar las revoluciones, en vuestra mano está. Lejos de dar

dinero y armas a los aventureros que vienen a solicitar vuestro apoyo, entregando a cambio del poder girones de sus banderas, dadles lecciones de moralidad y de rectitud, declarando que cada pueblo debe arreglar sus asuntos dentro de sus propias fronteras. Pero bien sabemos todos que las revoluciones han sido el mejor instrumento de la política imperialista. Con ayuda de ellas se ha extendido la influencia norteamericana por todo el Golfo de México. Cuando la revolución puede serles favorable, los imperialistas la provocan ; cuando puede serles nociva la hacen imposible. Tres hombres han querido oponerse en estos últimos tiempos al imperialismo : Porfirio Díaz en México, Cipriano Castro en Venezuela, y Santos Zelaya en Nicaragua. Los tres han sido derrotados por levantamientos alentados por los imperialistas de este país. No me digáis que eran tiranos que cayeron al peso de sus crímenes. Ningún político está tan desprestigiado como el que rige los destinos de Guatemala y sin embargo el imperialismo lo sostiene, porque es su mejor apoyo en Centroamérica. Algunas veces se ha llegado hasta a contribuir con soldados y armas para apoyar la revolución. Y yo me pregunto, yo pregunto a la opinión norteamericana si es justo que un gran pueblo, que ha contraído responsabilidades históricas, en vez de corregir el convulsionismo de los países vecinos permita que algunos de sus ciudadanos lo estén fomentando con todas sus fuerzas para poder decir al mundo : ¿ no véis ? ¡ Solo habrá aquí

paz si dominamos nosotros! ¿Es moral que un país que podía ser el educador de esas jóvenes democracias consienta en que se las esté corrompiendo y anarquizando como un mal curador que fomenta en su pupilo la embriaguez y los vicios para minar su naturaleza, empujarlo al cementerio y apoderarse de su fortuna?

No sólo es un crimen que está cometiendo el imperialismo contra todo idea de justicia, sino un atentado que está realizando contra el mismo país que quiere engrandecer. De seguir asi acabará por provocar en toda la América Latina un movimiento formidable de reprobación. Es una política que tiene que llevarnos a organizar la resistencia; y todos saben que los pueblos débiles tienen un arma formidable para combatir a las pueblos fuertes: la abstención. ¿Queréis ponernos en la obligación de renovar en toda la América Latina lo que hizo hace poco el pueblo de Bogotá con la Empresa Norteamericana de Tranvías, que tuvo que vender y retirarse porque nadie subía en ellos? ¿Queréis que vuestras mercaderías sean boycoteadas en todas nuestras ciudades y que el inmenso mercado que vuestra vecindad os asegura se os escape de las manos por seguir las inspiraciones de los imperialistas? Es indispensable que el pueblo americano sepa el alcance y las consecuencias de la política voraz que consiste en tragarlo todo y en enfermarse de indigestión.

Ya sabemos reflexionar y las razones que se invocan para justificar las intervenciones no engañan

a nadie, porque con la misma lógica hubiera podido intervenir Europa en los Estados Unidos durante la guerra de Sucesión que ensangrentó durante cuatro años la mitad del Continente, con la misma lógica podríamos intervenir hoy todos en los Estados Unidos por corrupción de la vida pública cuando las grandes compañías financieras alteran el sufragio, por falta de seguridad individual cuando los malhechores detienen un tren y despojan a los viajeros, y por atentado contra la civilización y la cultura, cuando las hordas de blancos asaltan las prisiones para quemar en la plaza pública a los negros que no han comparecido ente la justicia. Lo que se proyectó hace poco contra México y contra Cuba hubiera hecho correr, en caso de realizarse, un estremecimiento de inquietud por toda la América nuestra. Si los soldados de Norteamérica hubieran invadido aunque fuera temporalmente cualquiera de esos dos países hermanos, se hubiera levantado en todas partes una unánime protesta popular. Y es para evitar los fatales antagonismos que he querido venir a decir aquí la verdad. No puedo creer que la gloria de este pueblo, sus nobles instituciones, sus altos ideales, la atmósfera superior que aquí se respira, se refleje en los países tutelados por él en forma de opresión, de injusticia y de corrupción sistemática; no puedo creer que se realice la paradoja de un gran conjunto puro y lleno de inspiraciones nobles, que crea con su solo contacto la desolación y la anarquía. Si el hecho se produce, es porque

este pueblo ignora lo que se está haciendo en su nombre. Para que la política imperialista sea reprobada por él, bastará que la conozca.

Estamos en un momento difícil para la concordia y la fraternidad de América. La protesta está en todos los labios; de todas partes surge la indignación y la cólera contra la política que pretende anular nuestras nacionalidades. Se está creando entre la América Latina y la América Anglo-sajona un ambiente de antagonismo y de repulsión. Nuestro mútuo buen sentido debe evitar la ruptura. Nadie pretende oponerse a lo que los Estados Unidos pueden esperar legítimamente. Contra lo que nos sublevamos es contra la tendencia a tratarnos como raza subalterna y conquistable. Tenemos quizá en las venas unas gotas de sangre exótica; pero no nos consideramos disminuidos por ello y nos sentimos tan grandes como ustedes, o más grandes que ustedes, por el cerebro y por el corazón. La mejor prueba de que merecemos justicia, es que tenemos la concepción de lo que ella debe ser y venimos a reclamarla aquí, creyendo que los altos sentimientos tienen que acompañar siempre la acción de los pueblos grandes. Pero entiéndase que no venimos a implorar indulgencia.

Ustedes son un gran pueblo, ustedes son la nación más próspera del mundo, ustedes son un milagro de la historia, pero ustedes no lograrán nunca, ni con la diplomacia ni con los cañones, doblar la independencia, la rebeldía, el orgullo indomable,

de nuestro gran conjunto, que está dispuesto a todos los sacrificios para preservar su autonomía en beneficio propio y en beneficio de la humanidad.

No quiero conocer la lucha en que estáis empeñados ; debo y deseo ignorar las divisiones de vuestros partidos ; pero en un momento en que se resuelve la orientación general de este gran país, hago votos porque Dios ilumine vuestra conciencia y os aleje del imperialismo y de todas las catástrofes que representa. El sentimiento de la opinión Latinoamericana se puede condensar en una frase : Amigos, siempre : súbditos, jamás.

IV

Renovemos nuestra vida

EN MEXICO, EL 11 DE FEBRERO DE 1912

Desde que llegué a este país, que ha sido y debe seguir siendo el baluarte de nuestra raza en América, experimento el deseo vivísimo de venir a depositar unas flores al pie del monumento de los cadetes que se sacrificaron defendiendo a su patria en 1848. El temor de parecer ir en busca de vanos exhibicionismos, que serían criminales en las circunstancias porque atravesamos, me obligó a aplazar el cumplimiento de este deber. Pero si desde el primer día no vine a postrarme aquí, mi recuerdo visitó a diario este lugar y en medio de las agitaciones de las últimas semanas mis ojos no se apartaron del sitio donde se levanta esta columna a manera de protesta inextinguible de todo un Continente.

Lo que saludamos hoy, no es solamente un instante glorioso de nuestra historia, no es un episodio inolvidable de la vida continental ;—es un gesto sintomático del cual podemos enorgullecernos todos,

porque traduce de una manera vigorosa el estado de espíritu de los 80 millones de hombres que defienden en el Nuevo Mundo, subdivididos aparentemente, pero en realidad inseparables, sus costumbres, sus tradiciones, sus derechos, su razón superior de vida.

En este mausoleo hay una advertencia, un programa y un símbolo. Aquí está el admirable valor, tan mal aprovechado y dirigido por los gobiernos, de nuestra raza ; aquí está la bandera nacional, desgarrada en los combates, pero insustituible mientras vivamos nosotros ; aquí está un llamado a la unión de nuestras débiles repúblicas, amenazadas por la expansión de los fuertes ; y de aquí surge, en síntesis, un programa para nuestra vida futura.

Sin vanas provocaciones, al margen de las jactancias inútiles, respetando el orgullo de los demás como queremos que los demás respeten el nuestro, inclinémosnos ante esta tumba porque el legado más noble de los pueblos es el patriotismo y a nadie puede sorprender que proclamemos en voz alta nuestra admiración hacia nuestros héroes y el propósito inquebrantable de defender la patria contra todas las agresiones.

Me siento tan emocionado como vosotros porque la América Latina tiene que ser una en los momentos de prueba ; y hago votos para que si un nuevo atentado se desencadena mañana sobre cualquiera de nuestras repúblicas la opinión se levante unáni-

me, imponiendo a los gobiernos la solidaridad salvadora.

Por sobre los egoísmos de los que mandan están las necesidades supremas de los pueblos ; y los latinoamericanos empezamos a sentir desde el golfo de México hasta las Pampas argentinas la palpitación innegable de un organismo superior que al atenuar nuestras debilidades, atenuará también los apetitos y será la mejor garantía de paz dentro del Continente.

Nada de reconvenciones, ni de lamentos. Los pueblos fuertes se expanden por la propia virtud de su vitalidad y serían vanas las palabras. Los débiles, por su parte, cuando se ven obligados a replegarse, no deben perder el tiempo en verter lágrimas ; deben tratar de rehacerse, aprovechando cuanta circunstancia les sea favorable para defender su personalidad.

Necesitamos llevar la vida por sus verdaderos rumbos y orientar la acción de las repúblicas nuevas hacia la obra de solidificación que debe imponernos al porvenir. No es vida verdadera la que llevamos ahora, entregados a revueltas infecundas ; no es vida verdadera la que llevamos ahora, sometidos a primacías que inmovilizan nuestra acción en el mundo y nos atan a la órbita de pueblos extraños. Si no sabemos reaccionar a tiempo, nuestros muertos gloriosos de hace un siglo se levantarán de sus tumbas para arrancarnos de las manos las banderas que no hemos sabido defender.

¿Qué importa que estas ideas superiores de patria hispanoamericana nos pongan momentáneamente al márgen de la popularidad oficial y los cargos públicos, combatidos y sitiados como estamos por las fuerzas que ansian el predominio en nuestra América, si tenemos por lo pronto la satisfacción de gritar la verdad que todos callan y si contamos en el porvenir con la aprobación y las consagraciones inevitables?

Se nos hace el argumento de la civilización. La civilización, como la libertad, ha servido en todas las épocas para justificar todos los atentados. En nombre de la libertad impuso Napoleón su dominación a toda Europa; en nombre de la civilización Europa se repartió el Asia y el Africa, sometiendo a pueblos enteros a su poderío. Los que invocan la civilización para ir a sofocar revoluciones, las fomentan secretamente; y es tan eficaz la civilización de que se han hecho defensores, que si contemplamos en conjunto el estado de los pueblos de América vemos que son precisamente los que por la distancia u otras causas han escapado hasta ahora a la influencia del norte, Argentina, Brasil, Chile, o los que por su altivez la han resistido, como México, los que han prosperado más y que son las regiones sometidas a la influencia directa las que, como la América Central, se encuentran más retrasadas en su evolución. Defender la civilización equivale siempre para los pueblos fuertes a extender su influencia; pero aunque por imposible fueran sinceros en el empeño,

si la civilización solo puede ser alcanzada al precio de nuestras autonomías, nosotros renunciamos al peligroso presente de las cadenas de oro.

Y no nos dejemos burlar por la paradoja de que los vencidos pueden ser los Gobiernos. Decir cuando hay una derrota en las luchas internacionales que el vencido es el régimen imperante en el país, es jugar lamentablemente con las palabras. El vencido será siempre el país, sean cuales sean las sanciones que se tomen contra los hombres que lo dirigieron en el momento desgraciado. Los Presidentes y los Ministros no fueron gerentes de su propia vida, fueron gerentes de la vida y del porvenir de la nación y es esta la que debe soportar las consecuencias de sus errores, no sólo en sus generaciones actuales, sino hasta en sus generaciones por venir, en las que ninguna intervención ni responsabilidad pudieron tener, no ya en la gestión del asunto, ni siquiera en la elección de los que lo tramitaron.

Por eso es que el recuerdo de los mártires de Chapultepec es el mejor acicate en la labor que comenzamos. Tenemos que renovar la concepción de la nacionalidad, del gobierno, y de la vida, tenemos que fortificarnos diariamente, no para sacrificarnos de nuevo, sino para mantenernos sin reveses, no para hacernos matar, sino para obtener el respeto, no para continuar la era de las abnegaciones, sino para abrir al fin el ciclo de nuestra estabilidad.

V

Primero la Patria, después las ideas generales

EN LA FEDERACION OBRERA, DE SAN SALVADOR, EL 4 DE ABRIL DE 1912

La mejor manera de expresar la emoción con que contesto al saludo de los artesanos de esta ciudad, consiste acaso en apretar las ideas y en condensarlo todo en una palabra: ¡mis amigos! Los obreros, como la juventud estudiantil, conservan el culto admirable de la sinceridad y nada puede ser más agradable para quién no tiene más mérito que la franqueza y la honradez, que encontrarse rodeado por los que han sabido seguir cultivando en el corazón un fresco arroyo de aguas limpias.

Me he enorgullecido siempre de ser un amigo de los obreros.—Los he defendido con la pluma en mis libros, los he apoyado con mi palabra en las luchas tumultosas de Buenos Aires, y los he representado en Europa, donde he sido durante diez años, dele-

gado del Partido Socialista de mi país. De manera que al hallarme ante esta Asamblea, donde palpita el trabajo y la fuerza creadora de la Nación, experimento una vez más el íntimo goce de no haber aceptado nunca delegaciones de los Gobiernos y de poder hablar en voz muy alta, en comunión completa con los que no están contaminados.

Los errores de estas democracias—hablo en bloque de toda nuestra América ;—la agitación tan febril como estéril de los núcleos personalistas donde los partidos y los jefes se derrocan y se destruyen, arrebatados en un vértigo de apetitos y de impaciencias ; el monótono horror de las revoluciones interminables que nada traen, que nada cambian, que nada mejoran, que sólo sirven casi siempre para substituir un hombre a otro hombre y para limitar la evolución y el desarrollo de los elementos verdaderamente libres del país ; la desesperante inacción de los mandatarios que se limitan a defenderse del bando enemigo, sin intentar una reforma, un progreso, algo que redunde en bien de la colectividad ; los vicios, en fin de nuestra política criolla, sobrada de literatura, pero avara de realizaciones tangibles, han difundido en la clase obrera una desilusión profunda, un hondo descorazonamiento que se traduce a veces en internacionalismo, en irritación, y en desinterés por las cosas del patrio suelo.

No apruebo el triste resultado, pero comprendo muy bien el proceso de estas catástrofes interiores. El trabajador, que se inclina diariamente bajo el pe-

so de su labor, sin oir una voz de aliento ni vislumbrar un cambio; el artesano, a quien solo alcanzan los perjuicios de la agitación, sin que los beneficios lleguen nunca, el humilde creador de riqueza, que sigue produciendo mientras otros desbaratan el patrimonio común, acaba por preguntarse si la patria, invocada a cada instante por los de arriba, no es también una simple y vana palabra como la *Constitución*, la *Ley*, el *Derecho*, y todos los fantasmas de que se sirven los políticos. Pero la reflexión tiene que sobreponerse siempre a estas rebeliones excesivas.

A pesar de todas las delincuencias, la patria existe, porque en el hombre hay una personalidad material y una personalidad moral. Si el ser humano no tuviera más que estómago, su patria estaría donde mejor pudiera alimentarse. Pero la historia prueba que en todos los órdenes los humanos han sentido siempre necesidades más altas. Más que un aumento de salario el obrero pide a menudo buen trato, higiene y consideración. Lo impalpable, lo que se dirige al espíritu, al amor propio, a la dignidad cobra, así, a sus ojos tanta importancia como lo que toca a su bolsillo. Y esto que comprobamos en la vida individual, existe en la vida nacional también. Para que un pueblo sea feliz, no basta que lo veámos próspero. Los grandes conjuntos, como los individuos, tienen necesidades morales que son tan premiosas como las necesidades materiales. Decir «venga el cambio y el progreso, aunque se hunda la ban-

dera», es concebir el imposible de una vida fragmentaria y parcial, donde sólo subsisten las funciones físicas. Porque la bandera no es un símbolo caprichoso, no es una simple combinación de colores, no es un trozo de tela recortada, es la representación concisa y visible de las costumbres, de las aspiraciones y de las esperanzas de un grupo, la materialización, por así decirlo, del alma colectiva, de lo que nos distingue, de lo que nos situa, de nuestras cualidades, de nuestros defectos, de nuestra atmósfera local, del conjunto de circunstancias y de detalles que hacen posible nuestra vida, de tal manera que entre sus pliegues que flotan al viento, parece que hubiera siempre un pedazo de nuestro corazón. La Libertad nacional que la bandera representa, no es una expresión romántica, sino una realidad tangible, que garantiza el funcionamiento autónomo de cada uno de nosotros en lo que respecta al idioma, a las tradiciones, a la concepción de la existencia, a la familia, a la indiosincrasia de todo lo que constituye la personalidad moral, hasta el punto de que la disminución o el fracaso del grupo de que formamos parte, determina una disminución y un fracaso personal de cada uno de los individuos que lo componen, porque, al tener que inclinarse ante los extraños, al someterse a otra lengua, a otras costumbres y a métodos distintos, al admitir en la propia casa a un intruso que viene a dirigirnos, cada hombre sufre en sus propios intereses y en su propio

ser una derrota equivalente a la que sufrió la Nación y la bandera.

Es en este sentido que debemos ser altiva y profundamente patriotas, apesar de los errores de los jefes, los vicios de las costumbres políticas y el desorden lamentable de nuestra vida nacional. Nuestras democracias activas y bien intencionadas tratarán de remediar en el porvenir estos errores, la voluntad general se sobrepondrá finalmente al interés de algunos. Lo que importa ante todo, es mantener la posibilidad de vivir de acuerdo con nuestro carácter y con nuestros orígenes, defender nuestras características e impedir la catástrofe nacional y personal que significaría para todos la dominación de un pueblo extraño que al superponer su orgullo al nuestro, nos colocaría, desde el punto de vista social y político, en la situación miserable de los esclavos.

En momentos en que el imperialismo se desencadena sobre nuestras repúblicas como una tempestad, en estos instantes en que está en juego, con el porvenir de la América Latina, la vida intelectual y moral de todos nosotros, debemos acentuar más que nunca la tendencia nacional, no en lo que ella puede tener de localista, sino en lo que exhibe de concordante y de salvador para las naciones que prolongan en el Nuevo Mundo, la tradición latina.

Si no queremos ser mañana la raza sojuzgada que se inclina medrosamente bajo la voz de mando de un conquistador audaz, tenemos que preservar

colectivamente, nacionalmente, continentalmente, el gran conjunto común de ideas, de tradiciones y de vida propia, fortificando cada vez más el sentimiento que nos une, para poder realizar en el porvenir, entre nosotros y de acuerdo con nuestro espíritu, la democracia total que será la patria grande de mañana.

Tengamos el valor y la conciencia de la situación, y desarrollemos, dentro de nuestro ambiente, dispuestos a defendernos, el orgullo de lo que somos y la esperanza de lo que podemos ser.

Yo creo que en los momentos por que atravesamos el socialismo tiene que ser nacional. El internacionalismo es un ideal tan hermoso como distante que está en su verdadero plano en el fondo de los horizontes. Hacer de el un fin inmediato, sería tan irreal, tan caprichoso y tan imposible como si un artista al pintar una marina quisiera colocar en último término la embarcación y en primer término la línea en que el cielo y la tierra parecen tocarse. Debemos concurrir a los Congresos internacionales, debemos cultivar estrechas relaciones con los que en otras tierras persiguen las mismas finalidades, debemos solidarizarnos con todos los que en el mundo luchan contra la injusticia y el error, pero si somos sensatos no subvertiremos nunca las épocas para evolucionar con la fantasía en siglos que todavía no nos pertenecen.

Vosotros habéis sido la fuerza determinante de la transformación que se ha operado en América. Si

existe en algunas regiones el sufragio libre, si hay república, si gozamos de ciertas prerrogativas, a vosotros los obreros lo debemos principalmente. Tenemos que seguir saneando lo que existe, pero sin dejar de hacer al mismo tiempo que nuestra obra de transformación económica, una gran obra política de honradez, de limpieza y de justicia en el Continente. Así como la tarea interior de simple democracia no os ha alejado de vuestras reivindicaciones sino que por el contrario os ha acercado a ellas, el esfuerzo de equidad a que yo os invito ahora tampoco os alejará, antes bien, porque es en las naciones más prósperas y más firmes donde mejor se acentúa la igualdad social.

Los grandes ideales están subordinados a la hora y al ambiente. Ustedes afirman, me decía uno de los hombres más importantes de Cuba, que no hemos defendido bien el legado de la civilización latina, pero ¿qué han hecho ustedes para alentarnos, para apoyarnos, para indicarnos que no estábamos solos? Este reproche tiene que llegar al alma del pueblo, que es el que mejor siente la solidaridad. Seámos avanzados, pero seámos hijos de nuestro Continente. Cuentan los historiadores que cuando Bolívar realizaba la proeza magnífica de atravesar los Andes, el ejército era detenido frecuentemente por torrentes hinchados por las lluvias y que los infantes solo podían cruzarlos entrelazando los brazos y formando apretadas filas para resistir a la fuerza de las aguas. Seámos hoy nacio-

nalmente como los hombres de los tiempos de la independencia y en medio de las dificultades de la hora actual hagamos una cadena con nuestras repúblicas y entrelacemos nuestras banderas y nuestros corazones para vencer las dificultades del siglo.

Repito que pocas manifestaciones podían ser tan halagüeñas como la que trae hasta mi tienda de peregrino las nobles palpitaciones y el fervor sano del trabajo redentor.

He sido siempre un amigo de los obreros. Desde mi más lejana juventud, desde las épocas en que niño casi sentía el deseo de renovar y enaltecer la vida, he ido hacia el pueblo sin ideas preconcebidas, arrojándolo todo a la hoguera de la sinceridad, quemando los intereses y los ídolos y la mejor recompensa es poder decir al fin de la jornada, simple ciudadano como he querido mantenerme siempre: he entregado a la democracia mi nombre de escritor, cuanto era y podía ser, y no le he pedido, en cambio, más que su apoyo para defender la integridad de la patria.

VI

La hostilidad de ciertos gobiernos

EN EL ATENEO DE TEGUCIGALPA, EL 13 DE MARZO DE 1912

No quiero averiguar si el saludo que hoy me dirije la juventud y la intelectualidad de Honduras por medio de sus más autorizados representantes, va al escritor o al hombre de acción. Siempre he creído que el culto de la belleza es un espejismo engañoso si no se enlaza con el amor a la verdad y a la patria. Pero lejos de discutir concepciones solo quiero ahora a afirmar mi modo de ver personal, que puede ser acaso rebatido, en cuanto respecta a la oportunidad y a la tésis, pero que no admite salvedades en lo que toca a la sinceridad y al desinterés.

Ante el espectáculo de nuestra América comprometida más que por la malevolencia de los extraños por nuestros propios errores, ante la triste visión de un Continente librado a las manipulaciones sutiles del imperialismo, ante la perspectiva de

una hecatombe racial que barrería de América a los que representan la tradición latina, el escritor ha creído que su deber era hacer un peréntesis a las labores literarias para emprender una gira en favor del acercamiento y la cohesión de nuestras repúblicas. Y al detenerse a auscultar la vida continental, al inclinarse sobre el pecho de cada región para percibir sus latidos más íntimos, ha comprobado que por lo menos en el pueblo y en la juventud,—otro día hablaremos de los dirigentes—la América Latina está viva aún y que a pesar de todos los abandonos y todos los compromisos, apesar de todas las habilidades y todas las complacencias, existe de norte a sur una nacionalidad tan indómita y tan indestructible que si mañana intentara otro pueblo la conquista, si se hiciera visible la irrupción, si una raza extraña pretendiera doblarnos bajo su yugo, la resistencia sería heroica y la masa entera se retorcería en una crispación suprema para burlar los planes del invasor, que aunque la suerte nos fuera adversa, aunque nos abandonaran nuestros dioses y se consumara con el desastre la injusticia más gigantesca de la historia, siempre quedaría un último grupo que agigantado por la desesperación encontraría modo de subvertir las leyes de la materia y de volcar las murallas del imposible para hundir en el mar los territorios y sumergirse en el Océano con las banderas, dejando que las muchedumbres vencedoras reinaran sobre un recuerdo en la suprema desolación del vacío.

El deseo de encumbrarse y de alcanzar situaciones lleva a menudo a los escritores a substituir a su convicción personal la convicción oficial y a halagar a los que mandan fingiendo opinar exactamente como ellos. Esa falta de sinceridad, perjudicial para todos, es muy común entre los viajeros que creen retribuir la hospitalidad recibida con elogios vanos. Yo creo que hay que reaccionar contra el sentimiento pueril que nos lleva a disimular nuestra situación, como si bastara cerrar los ojos para suprimir lo que nos asusta y haré a nuestra América un homenaje más alto y más valioso que todas las hipérboles; el homenaje de la verdad. Ni los halagos ni las indiferencias deben guiar la palabra de quien está resuelto a ver por encima de los pequeños egoísmos.

Si para ciertos gobiernos soy un enemigo por el solo hecho de defender ideas patrióticas, si muchos hombres altamente colocados se alejan de mí, temiendo comprometer sus posiciones, si la prensa oficiosa organiza la mentira en torno, si en suma los que confunden la patria y los ideales con sus apetitos se arremolinan contra el viajero indefenso que viene a remover las conciencias, la juventud y el pueblo, las dos fuerzas más sanas de la sociedad, las que no viven de las prebendas, las que no contemporizan con los gobiernos extranjeros, las que cultivan la honradez y el orgullo que debe salvarnos, han estado lealmente de parte de la justicia, probando

así que existen los gérmenes de la regeneración y que solo falta un huracán poderoso de sinceridades para que los campos vuelvan a cubrirse de flores y de espigas.

Es a esa juventud, es a ese pueblo que me dirijo ahora, antes de proseguir mi viaje para decirles, para rogarles, para suplicarles que no dejen que se convierta en humo la agitación que hemos creado, que le den una forma tangible, que organicen centros que provoquen reuniones, que lleven la propaganda hasta los confines de la República, que se relacionen con los centros análogos que existen en otros países hermanos, que influyan sin descanso con su adhesión o con su protesta en la marcha de la política continental, y que defiendan las nobles tradiciones de este pueblo que ha sido siempre un baluarte de la autonomía de Centro América.

Humilde obrero de una labor gigantesca que solo podemos llevar a cabo colectivamente, yo continuaré mañana mi viaje sin pedir nada a los gobiernos y sin concederles nada, sin detenerme ante el insulto ni ante la amenaza, llevando de ciudad en ciudad la misma prédica; y es necesario que muy pronto, cuando todas nuestras repúblicas ardan en idénticos entusiasmos, no sea esta tierra la última en responder al llamado de sus hermanas.

La paz solo puede estar basada sobre la justicia; y lo que yo he venido pidiendo de norte a sur en medio de una polvareda de polémicas que ha llegado a veces a obscurecer el sol de la verdad, lo

que yo he venido reclamando sin tregua ha sido justicia para las repúblicas hermanas que se ahogan bajo la avalancha del imperialismo, lo que he venido pidiendo es justicia para Nicaragua que se retuerce bajo la ocupación militar extranjera, justicia para Cuba que lucha valientemente para cincunscribir los males de la enmienda Plat, justicia para Colombia que sufre estoicamente pero no se inclina, y justicia en fin para toda la América de origen hispano, que no puede aceptar la situación subalterna dentro de la cual parece querer recluirla la ambición inmoderada de ciertos hombres.

Nosotros queremos ser amigos de todas las naciones del mundo, pero a condición de que esas naciones nos respeten. Si hace un siglo, cuando nuestra América estaba todavía en la niñez, logramos realizar la obra de la emancipación y determinamos la independencia de un continente, ¿como no hemos de lograr tener a raya, ahora que nuestras repúblicas son grandes y ricas, ahora que multiplicadas por los años empiezan a florecer todas las esperanzas del movimiento, como no hemos de lograr tener a raya, digo, el avance inadmisible de una política tan injusta y tan brutal que es rechazada con indignación por los mejores hijos del mismo país que la esgrime?...

Cuando nos separamos de España, que aun vive y palpita en nuestro espíritu, no fué para facilitar la expansión de otro pueblo que por su lengua y sus costumbres es la antitésis de lo que somos, no

fué para que el imperialismo extendiera su bandera como un sudario sobre el cadáver de efímeras naciones, sino para ensanchar el legado de nuestros abuelos y crear entidades vigorosas, altivas y fundamentalmente independientes. No es verosímil que un joven rompa orgullosamente con su padre para ir a arrastrarse a los pies de un extraño. Si buscó la libertad fué para crear con ella nueva vida, para desarrollar sin trabas la savia que llevaba en su pecho, pero nunca para entregarse maniatado a la autoridad de un desconocido, porque si de dependencia se trababa, valía más admitir con todos sus abusos la de aquel que por ser el que le dió la vida tenía que estar más cerca de su corazón.

Tal es la idea que me ha empujado a emprender este viaje. La América Española, que surgió al mundo llena de triunfales esperanzas, no puede proclamar su fracaso doblando la cerviz al cabo de un siglo; las repúblicas vigorosas del sur no deben abandonar a sus hermanas más débiles olvidando el contrapeso que hay que hacer caer en la balanza de la política continental. Las dos Américas tienen que desarrollarse dentro de la equidad, sin que una de ellas se vea obligada a inclinarse bajo la hegemonía de la otra. Y las veinte naciones jóvenes no son, aunque lo quieran, dueñas de renunciar a la influencia segura que están destinadas a ejercer sobre los destinos del mundo.

El hecho de perseguir estos supremos ideales me ha enagenado las simpatías de ciertos políti-

cos. Lejos de referirme a Honduras, entiendo que los políticos de este país pueden figurar acaso entre los que menos han merecido estas admoniciones. Pero ¡cuánta imprudencia culpable tenemos que lamentar en la América Central! Como viajeros desequilibrados que para calentarse en el mar quemaran la barca que los sostiene, algunos gobernantes han ido cediendo pedazos de la autonomía, sin advertir que en el naufragio de la nacionalidad tenían que perecer ellos también.

Sin embargo, debemos ser optimistas y afirmo mi convicción profunda de que las ilusiones de hoy son las realidades de mañana, de que la existencia de los pueblos debe ser una cabalgata a través de los imposibles, de que los hombres y las colectividades tienen siempre la fuerza necesaria para dominar los acontecimientos, de que formamos un conjunto altivo que no sucumbirá jamás, y de que sabremos mantener en fin, en América, a pesar de los desvíos de algunos gobernantes y de los apetitos de tantos hombres, la clara demarcación de los orígenes, probando así que somos como esos árboles añosos, verdaderas espadas de Toledo de la naturaleza, que el viento puede encorvar momentáneamente, pero que en realidad cortan el viento y lo castigan.

Humildes y pequeños como somos, debemos tratar de acercarnos a los fundadores de la nacionalidad por el patriotismo, ya que no por las capacidades. Y esta manifestación tan halagüeña para

mí, es prueba de que aquí siguen palpitando los fervores de las primeras épocas, las altiveces patrióticas que harán que la América Latina se levante cada vez más alto y que nuestras banderas sigan flotando gloriosamente en las cúspides, a lo largo de la cordillera de los Andes, como grandes pájaros libres bajo la gloria del sol.

VII

Bolívar y la juventud

EN LA ASOCIACION DE ESTUDIANTES, DE CARACAS, EL 13 DE OCTUBRE DE 1912

Solo los pueblos que son fieles a su pasado se imponen al porvenir. Por eso es que mi primer acto al llegar a Caracas fué un homenaje ante una tumba. No necesito pronunciar el nombre porque está en todos los labios. Al conjuro de su gesto ha florecido la independencia y la libertad desde el Orinoco hasta el istmo y desde Colombia hasta el Perú...

Y confieso que cuando mi mano temblorosa depositaba unas flores sobre la tumba del padre de nuestras nacionalidades, sentí como una iluminación interior. Porque para un americano de habla española que siente la atracción de los orígenes, que alimenta el orgullo de los laureles continentales y que, atraído por los múltiples lazos que nos unen, ve en la América Latina su patria grande, su nacionalidad total, nada puede ser más emocionante que evocar en esta república la enorme cabalgata

de victorias que surgió al conjuro del héroe del cual nos enorgullecemos todos.

Al salir a regar por América la libertad y la luz, al romper, en un movimiento genial, los límites de la patria chica para sentar las bases de la empresa más alta que recuerdan los anales del continente, Bolívar fué algo así como la adivinación y la encarnación del sentimiento colectivo que viene a traducirse ahora, un siglo más tarde, ante la amenaza invasora, en acercamiento entusiasta y en noble fraternidad.

El ímpetu que nos anima, el fuego que enciende las manifestaciones enormes que he visto en torno mío en México, en el Salvador y en todas las repúblicas que he visitado, la emoción que nos ha embargado aquí durante las últimas luchas, derivan fundamentalmente de las concepciones del ciclópeo defensor de la América libre, del hombre sobrenatural que sabía leer en el futuro y hacer que las montañas se abrieran ante sus ejércitos como las aguas del mar ante Jesucristo. Por eso es que si se realiza el proyecto de fundar en Caracas una agrupación destinada a defender el acercamiento latinoamericano, yo creo que ella podría ahorrarse el trabajo de formular un programa y de hacer una declaración de principios con solo levantar, como suprema bandera, el nombre simbólico de «Sociedad Bolívar».

La juventud de Venezuela, que ha realizado una proeza más, probando que por sobre todas las con-

sideraciones está la dignidad nacional y el patriotismo de los pueblos, es la heredera legítima de las tradiciones de los héroes de la independencia. En medio de tantas contrariedades me llevo la visión posible de una patria renovada, de un continente rehecho por los que empiezan a vivir. Y al encontrarme ahora aquí fraternizando con los que sobrenadan triunfalmente en medio del naufragio de las generaciones, respirando el oxígeno de las cimas incontaminadas que se tiñen de reflejos rosados bajo la sonrisa de una aurora nacional, olvido todas las tristezas y todas las desiluciones del camino, porque veo que aquí hay elementos sobrados para realizar la obra de sacrificio y de austeridad que se impone a nuestros pueblos, obligados por una fatalidad de la historia a defender al propio tiempo la libertad y los límites, impelidos por la fuerza de las circunstancias a sanear con el mismo gesto la patria chica y a solidificar la grande.

Gracias por esta manifestación que me emociona intensamente en estos momentos en que me preparo a abandonar el país. Nada sería más triste que un adiós después de largas semanas de lucha, si no existiera entre nosotros y por encima de nosotros, la obra realizada y la decisión de continuarla hasta el fin. Pero de cerca como de lejos seguiremos en comunión constante confundiendo la propaganda con la acción en la gran batalla campal en favor de nuestros intereses paralelos, convencidos de que de norte a sur de la América Latina debemos tener dos idea-

les : la prosperidad interior y la independencia nacional y debemos tener dos odios : las ambiciones personales y las intervenciones extranjeras, como tenemos dos puntos de contacto : el origen y el idioma, y dos puntos de apoyo : el recuerdo de nuestro pasado intangible y la esperanza de un porvenir triunfal.

Yo no soy el agitador, ni el demagogo que dicen algunos. Soy por el contrario un hombre sereno y amigo de la paz. Quisiera que todos los conflictos entre los pueblos se resolvieran en el orden y por la razón. Pero ante la agresión sistemática, ante la intriga perenne, ante la amenaza manifiesta, todos los atavismos se sublevan en mi corazón y digo que si un día llegara a pesar sobre nosotros una dominación directa, si naufragaran nuestras esperanzas, si nuestra bandera estuviera a punto de ser substituída por otra, me lanzaría a las calles a predicar la guerra santa, la guerra brutal y sin cuartel, como la hicieron nuestros antepasados en las primeras épocas de América, porque en ninguna forma ni bajo ningún pretexto podemos aceptar la hipótesis de quedar en nuestros propios lares en calidad de raza sometida. Somos indios, somos españoles, somos latinos, somos negros, si queréis, pero somos lo que somos y no queremos ser otra cosa. Hay una incompatibilidad fundamental entre los dos grupos que conviven en América, hay una demarcación entre las dos civilizaciones. Amigos, siempre ; súbditos, jamás.

Mi viaje obedece al deseo de contribuir a evitar

esas tristes y supremas resoluciones. No debemos ir al sacrificio inútil, debemos prepararnos serenamente para oponer dentro de la paz el bloque de la solidaridad latina. Que el nombre de Bolívar sea nuestra bandera superior y que, en los conflictos que se anuncian, sepamos reanudar la tradición de los que nos dieron la patria y el orgullo de lo que somos.

El progreso lento que algunos nos reprochan, es preferible a la abdicación de la nacionalidad, como la pobreza es preferible a la deshonra. Que sí, por imposible, el desamparo fuera tan grande que un día nos quedáramos desnudos, nos envolveríamos en nuestras banderas y seguiríamos atravesando la historia como los ejércitos de hace un siglo, privados de todo, pero iluminados por el sol de la libertad.

Los nuevos núcleos juveniles de América han soñado una campaña heroica; la reconstrucción de las autonomías nacionales, el reverdecimiento de la plenitud viril de nuestro continente, la afirmación definitiva en los siglos de la tradición hispana aliada al empuje inmortal de Bolívar y San Martín. Por haber encabezado ese empuje me he encontrado rodeado de una ola de calumnias y de intrigas, nacidas de la zona de sombra donde se mueven los que lo sacrifican todo al éxito inmediato. En realidad no se han ensañado contra mi, sino contra la idea de libertad sin compromisos, contra el empuje hacia la independencia sin humillaciones, contra la aspiración hacia la autonomía sin cortapisas, contra

el total afianzamiento de la personalidad de las naciones hispanas del nuevo mundo, libradas hoy por la ambición y los apetitos a todos los azares y todas las desventuras.

Por eso solo han conseguido provocar la reacción que denuncia esta enorme asamblea. Mientras existan juventudes como la que hoy saludo en este recinto, la América Latina será inmortal.

LUIS A. FLORES
LIMA

VIII

Los dos viajeros [1]

EN CARTAGENA DE COLOMBIA, EL 10 DE SEPTIEMBRE DE 1912

Este año han atravesado la América Latina dos viajeros muy diferentes. El uno era ministro y delegado de uno de los gobiernos más poderosos del mundo. El otro no tenía representación ninguna y era el más humilde de los escritores. El primero viajaba en imponentes acorazados y traía numeroso séquito. El segundo llegaba modestamente. El uno era un extranjero que armado de sutiles diplomacias se adelantaba a difundir influencias inadmisibles. El otro era un hermano de tradición y de origen que venía a decir en familia, lo que juzgaba necesario. Aquel era un hombre de estado que podía desencadenar la guerra. Este era un hombre de pluma que solo formulaba sus propias impresiones. No había comparación posible entre ambos.

(1) Cuando llegué a Colombia, viajaba todavía por América el señor Knox, Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, a quien hacían los gobiernos recepciones obsequiosas.

Eran dos antípodas. El uno hablaba en nombre de una nación de cien millones de habitantes y el otro hablaba apenas en su nombre personal. Pero la justicia de una causa está por encima de la pequeñez de quien la representa; y de norte a sur de la América Latina los pueblos han visto pasar con un silencio hostil al fuerte y se han arremolinado en torno del débil, porque a través del oropel y la púrpura veían que aquel representaba la abdicación de la nacionalidad y éste la defensa de la tradición de nuestros padres.

Repito que estoy muy lejos de interpretar con orgullo personal lo que no es más que adhesión a una doctrina, pero no puedo dejar de comprobar hoy aquí, en medio de esta manifestación tan significativa, que Colombia, que supo cerrar sus puertas al primer , las abre de par en par para el segundo.

Sin embargo, al decir que hablo en mi nombre solamente, no he traducido de lleno la verdad. Vengo de Cuba, donde he sentido las palpitaciones de una juventud patriota que tiende los brazos hacia las otras repúblicas pidiendo apoyo para no sucumbir; vengo de Santo Domingo, donde en momentos de conmoción interna, a raíz de la muerte de un presidente, cuando todo parecía revuelto en la nación, supo hacer el pueblo un paréntesis a sus discordias para oponer un grito de patriotismo a la amenaza de los acorazados anclados en la bahía; vengo de México, donde la agi-

tación, llevada al paroxismo, empujó a los estudiantes hasta las puertas del palacio presidencial para exigir un poco de altivez patriótica; vengo de Guatemala, donde he hallado la sorda rebelión de una nacionalidad indignada; vengo de Honduras, donde todos me abrieron los brazos a pesar de la presencia de Mr. Knox; vengo de San Salvador, donde el entusiasmo popular paseó por las calles todas las banderas latinoamericanas; vengo de Nicaragua, donde, si el gobierno me impidió desembarcar, la nación entera protestó contra la humillación lamentable; vengo de Costa Rica, donde el recuerdo del pirata Walker levanta aún espumarajos de cólera; vengo de Venezuela, donde, en medio de una situación política difícil, la mayoría se expuso a todas las represalias para cumplir con su deber, y como en todas partes he visto flamear, vivo y fervoroso, el sentimiento continental, creo poder decir que conmigo viene para la Colombia heroica de los tiempos de la independencia y de los tiempos presentes, un saludo cariñoso de todos los pueblos que he recorrido y un abrazo fraternal de toda la América Latina.

Nuestro continente es como una naranja, dividida en su interior en compartimentos, en células, en cascos separados por membranas transparentes. Cada fragmento puede tener una vida autónoma, pero si le quitamos a la naranja el tejido solidario que la envuelve y la preserva, la exponemos a la inmediata descomposición.

Las agrupaciones que reposan sobre un matiz racial son intrinsicamente imborrables, pero esa es precisamente la situación más trágica, porque como por su propia composición no pueden confundirse con la fuerza que las dobla, como hay un obstáculo infranqueable a la refundición, como no se transforman los resortes íntimos, se ven obligadas, llegado el caso, a rebotar entre dos imposibles y a seguir siendo diferentes bajo la dominación que les impide ser autónomos, como un pie, que conserva su forma y dimensiones a pesar del zapato que lo tortura.

Esta imposibilidad final tiene que llevar al paroxismo nuestra ansia de mantener en todos los campos la integridad de nuestro grupo. Es necesario manufacturar los productos del suelo, hacer valer la riqueza, libertarnos gradualmente y de una manera insensible de la tiranía del capital, de las importaciones y de los técnicos extraños. Es indispensable que aprendamos a ser los directores y los dueños de nuestra propia vida, haciendo surgir del conjunto las energías necesarias para despertar y poner en movimiento las riquezas que nos circundan. Y urge, en fin, que modifiquemos las costumbres políticas, que nos hacen pasar ante los extraños como multitudes amorfas, incapaces de dirigirse.

Las ventajas aleatorias que retiramos del trato con nuestros adversarios nos debilitan y nos maniatan definitivamente. Prosperará quizá la ciudad

en lo que tiene de material y de tangible, florecerán acaso los negocios, se levantará una espuma pasajera de riqueza, pero las verdaderas realidades, lo que nos distingue y nos sitúa, la lengua, el origen, las costumbres, la fidelidad al grupo de que formamos parte, todo lo que compone nuestro patrimonio superior perecerá en el vértigo y seremos como esas mujeres tan ambiciosas como ilusas que creyeron alcanzar la felicidad casándose con un rico y que palidecen y se agostan en medio de su esplendor, porque enagenaron lo que vale más que todos los tesoros, el corazón y la libertad.

Por los entusiasmos que he podido comprobar aquí me llevo la convicción de que Colombia, fiel a sus nobles tradiciones, traerá una contribución valiosísima a la obra común de defensa y de coordinación continental. Sin odio contra ningún país, pero con la altivez y el patriotismo que fué siempre la distintiva de los latinos americanos, queremos respetar a los demás a condición de que los demás nos respeten.

Y el soplo inusitado que está removiendo las conciencias desde la frontera norte de México hasta el estrecho de Magallanes, es la promesa de una nueva era, durante la cual América Latina proclamará ante la historia su absoluta libertad de acción, afirmando así la paz y el equilibrio del mundo.

Yo no soy orador, yo no tengo la elocuencia necesaria para transmitir a los demás los entusiasmos y las convicciones que me arrebatan y me han

hecho abandonar el arte, la familia y mi propio bienestar para salir a correr el continente en estas quijotadas que tantas penas me cuestan. Yo no soy orador, pero supla la sinceridad los dones que me faltan y llegue franca y ruda mi palabra hasta el corazón del pueblo que siempre supo comprender los entusiasmos y los lirismos superiores.

¿Pero es necesaria la palabra en ciertos casos? En la antitésis de los dos viajeros que están actualmente visitando las capitales de América se halla el dilema de nuestro porvenir; o con ellos o con nosotros mismos. Y el pueblo de Colombia ha dado la respuesta: ¡Viva la América Latina!

Ha llegado el momento de que con ayuda de la solidaridad seamos los directores de nuestra propia vida. Hasta ahora hemos sido por nuestra cristalina ingenuidad moralmente prisioneros de los que nos lanzaban sistemáticamente a la ingratitud hacia los individuos, a la discordia interior o a la guerra internacional para proseguir la obra de dispersión que debe de favorecerles. Ahora comprendemos que hemos dilapidado gran parte de nuestro patrimonio obedeciendo a la mano invisible que nos empujaba y después de un siglo de locura empezamos a descubrir los hilos que nos mueven. Ojalá podamos mañana volvernos hacia el fantasma para decirle: no habrá más ingratitud, no habrá más guerra, podéis sembrar el camino de guijarros, ya sabemos el color de los ardides!

IX

El ideal de los hombres de la Independencia

AL LLEGAR A BOGOTA, EL 20 DE SEPTIEMBRE DE 1912

Hace un siglo, en época en que las comunicaciones eran incalculablemente más difíciles que hoy, los hombres de la independencia pasaban de una república a otra, determinando grandes empujes colectivos y soberbios ímpetus continentales en nombre del ideal común que les empujaba a la independencia. ¿Cómo no hemos de ponernos en contacto en estos tiempos en que estamos tan cerca los unos de los otros, para defender en bloque, ante el peligro posible, la integridad nacional y la dignidad de nuestras banderas? El movimiento que ha nacido simultáneamente, anónimamente, en todos los corazones, de norte a sur de la América Latina, no es más que un corolario obligado de nuestra historia, no es más que una manifestación de

respeto ante nuestros padres, que si nos vieran resignados a inermes ante el peligro saldrían airados de sus tumbas a preguntarnos que habíamos hecho del legado que nos entregaron intacto, después de haber regado con su sangre las tres cuartas partes del continente.

El viaje que he emprendido no es en su esencia un acto personal, es la interpretación visible de la inquietud que nos devora, de la ansiedad que nos oprime a todos.

Empujado por la situación, he abandonado mi modesto retiro para correr de ciudad en ciudad, difundiendo la alarma. Siempre he creído que el escritor no puede dejar de ser un ciudadano, y es como ciudadano que voy golpeando a todas las puertas para recordar la catástrofe que nos amenaza. No basta que cada cual esté dispuesto a defender su vivienda. Es necesario que conjuremos colectivamente el flagelo, que defendamos en conjunto nuestras tradiciones, que preservemos nuestro porvenir común, manteniendo nuestra lengua, afianzando nuestra autonomía, haciendo imposible la infiltración y trazando con nuestras voluntades un límite a la invasión de las aguas.

Mientras existan pueblos ardientemente patriotas como este, la América Latina será inmortal. Colombia ha sido siempre entre nosotros un maestro de altivez y veo que no desmiente las nobles tradiciones de esta tierra, donde, si tendemos el oído,

todavía resuena en las montañas el paso imperioso del caballo de Bolívar.

Hace cuatro meses, cuando el ímpetu de la propaganda me llevó hasta el mismo campamento enemigo, hasta la tribuna de la Universidad de Columbia, en la propia ciudad de Nueva York, para gritar al pueblo yanqui los atentados de que somos víctimas, había una imagen que se alzaba constantemente en mi espíritu: la imagen de Colombia herida por la injusticia, inmovilizada por la fuerza, pero siempre orgullosa y valiente, confiada en las revanchas del porvenir y en la suprema justicia de Dios. Desde que he pisado esta tierra he visto que no me había equivocado: lejos de inclinarse ante el fuerte y de temblar bajo la amenaza, el espíritu público ha reaccionado virilmente y la visión que me daba ayer confianza ante el adversario, resurge en este instante agigantada y ennoblecida. Ahora veo a Colombia erguida de nuevo sobre sus montañas como en tiempos de la epopeya, agitando su brazo mutilado como un supremo estandarte y llamando a la América toda a realizar la segunda independencia.

Secretamente, insensiblemente, las naciones que se formaron en los territorios que antes dominara España han ido pasando a una situación indecisa, y esta es la hora,—hay que tener el valor de decirlo, en esta encrucijada de la historia que saca a la superficie todos los instintos y los rencores viejos,—esta es la hora, digo, en que los sueños de indepen-

dencia de nuestros países están en peligro y hay que levantar la voz antes de que de todo ello solo quede un recuerdo esfumado ante las hoscas realidades, que nos atan económicamente a los grandes núcleos dueños del mercado mundial o políticamente a las naciones caudillos que dominan el escenario del mundo.

Los problemas de América no son las rencillas artificiales para saber cual será la línea divisoria en el Río de la Plata; como se resolverá la situación de Tacna y Arica, en que forma acabará el pleito entre Costa Rica y Nicaragua. Si ahondamos bien en esos conflictos vemos las manos que los manipulan y advertimos los grandes intereses en juego. En el pleito de Costa Rica y Nicaragua solo está en tela de juicio la posesión total del golfo de Fonseca por los Estados Unidos; en la diferencia entre Chile y el Perú solo asoma el deseo de tener en jaque la fuerza militar de Chile, único país sólido que rechaza en el Pacífico la ingerencia y la tutela; en la cuestión de las aguas del Río de la Plata, surge claramente el deseo de que el inmenso estuario se convierta en mar libre que sirva a las escuadras de Inglaterra y de Estados Unidos para dictar la ley en el sur del Continente.

La unión es para nosotros tan necesaria como la luz.

Bolívar quería el establecimiento de una Cámara o tribunal superior que nos sirviese dentro de la América Latina de consejo en los grandes conflic-

tos, de fiel intérpete en los tratados públicos, de conciliador en nuestras diferencias y de punto de contacto en los peligros comúnes. Los hombres diminutos de nuestros días, atenaceados por el miedo, no han sabido llevar a la práctica las concepciones gigantescas de nuestro gran padre común. Pero en el terreno moral, en el orden superior en que se mueven los espíritus, ese organismo existe, mantenido por la fuerza incontrarrestable que se llama juventud.

Por eso somos invulnerables, porque tratamos de continuar la tradición de un pasado glorioso; y todas las medidas que se puedan tomar contra nosotros no impedirán que florezca en nuestros corazones el espíritu inmortal de nuestra raza, no impedirá que sigamos sintiendo en nuestras venas la palpitación tumultuosa de la sangre de los héroes que constituyeron nuestras nacionalidades.

Los estudiantes son los depositarios del porvenir. La misma injusticia con que algunos os atacan, prueba la gran fuerza moral que reside en vosotros. Hecha flor en vuestras almas está la visión sublime del futuro. Y la historia de un pueblo será tanto más gloriosa cuanto mayor sea la influencia de que vosotros dispongáis dentro de él. Pero el esfuerzo no debe ser la obra de un pasajero entusiasmo, sino el resultado de un convicción durable.

Recordemos que en nuestras tierras hay hombres para los cuales las ideas de solidaridad latina resultan peligrosas e inusitadas, recordemos que la patria solo puede vivir por nuestra vigilancia y por

nuestra inquietud heróica, porque tenemos que sostenerla como una cúpula, con nuestro esfuerzo infatigable y recordemos, en fin, que las verdaderas banderas son las que llevamos dentro y que por encima de las fronteras de nuestra patria directa está hoy, como hace un siglo, la América Latina dentro de la cual comulgamos todos, la patria grande del porvenir.

X

Norte contra Sur

EN EL TEATRO MUNICIPAL, DE LIMA, EL 3 DE MAYO DE 1913

No os traigo brillantes períodos ni frases de efecto artificial, pero os traigo algo que vale más, y que es más útil en las épocas por que atravesamos; os traigo algo de lo que tenéis vosotros, la juventud y el pueblo peruano; os traigo una sinceridad, una honradez, una altivez indomable que no se ha doblegado nunca, ni ante las amenazas, ni ante las dádivas posibles.

Por eso creo que mis frases sencillas y serenas, que traducen nuestras inquietudes colectivas tienen que hallar un eco simpático en vuestros corazones. No vamos a lanzar burbujas de colores, no vamos a hacer por hoy literatura, vamos a intentar un estudio razonado y a tratar un asunto difícil, que exige serenidad y energía: serenidad, porque es inútil recurrir a las provocaciones contraproducentes y energía porque hay que reivindicar el derecho que

tienen nuestras naciones para discutir libremente los asuntos que les interesan.

Cuando hace más de cien años, después de tres siglos de vida colonial, trató el Nuevo Mundo de romper los lazos de sometimiento que lo ataban a las naciones de Europa, cuando empezaron a encenderse aquí y allá, al azar de los entusiasmos, las primeras hogueras de libertad que debían comunicarse al continente entero, cuando los hijos de América, ébrios de sol, de esperanza y de fuerza virgen, iluminados por la certidumbre de un porvenir fabuloso, mordidos por el ánsia de dirigirse y empujados a la acción por el cataclismo social que removía las bases de la vetusta Europa, cuando los hijos de América—decía—empezaron a vivir su epopeya, en el momento más puro y más emocionante de nuestra historia, un sentimiento de unión, un hálito de solidaridad profunda, pareció atar, desde el extremo norte anglo-sajón hasta el extremo sur latino, sin diferencias de razas ni de origen, a todos los hombres, a todos los grupos, a todas las ciudades, a todas las colonias que se lanzaban simultáneamente a la conquista de su personalidad.

Fué un minuto—la historia es un gigante que cuenta sus minutos por décadas—fué un minuto de ensueño y de delirio. Parecía que la tierra se agrietaba para dar a luz un universo incontaminado donde, al márgen de lo existente, haciendo abstracción de las pasiones que roían como parásitos la cáscara del mundo viejo, íbamos a hacer florecer nosotros

una existencia superior, que sería como la síntesis de todas las excelsitudes de la especie.

Pero no resultaba posible sacar un sistema planetario de la nada. La inmensa masa informe que nuestros padres removieron, no era una improvisación local, que surgía al conjuro de un milagro en una atmósfera pura, sino la herencia, rejuvenecida, ensanchada, agigantada si queréis, pero la herencia, la resultante y la prolongación de los antecedentes étnicos, de las divergencias filosóficas y la fermentación social que desde el comienzo de los siglos había trabajado a las diversas regiones del mundo. Al proclamar la libertad, no habíamos cortado la cadena que nos ata a los orígenes, no habíamos arrojado al mar a los antepasados que gesticulan dentro de nosotros. Cada grupo era prisionero de su filiación, cada ciudad conservaba las características de sus héroes, cada fracción de América sentía con el corazón de su Metrópoli y era innegable que en las inmensas extensiones que palpitaban al beso de la libertad, subsistía la marca de dos razas y de dos métodos de colonización, que no podían confundirse, porque eran obra de cerebros diferentes.

La locura más funesta sería obstinarse en vivir el ensueño en medio de la realidad de la vida y en prolongar las ilusiones románticas que están en pugna con el fatalismo científico de los hechos. Hoy como ayer, es imposible hablar del Nuevo Mundo como de una comarca concordante y sujeta al mismo ritmo; hoy como ayer, sería paradoja decir que

desde Boston hasta Buenos Aires palpita el mismo empuje ; hoy como ayer, sería locura afirmar que una simple coincidencia histórica como la simultaneidad en la emancipación ha bastado para nivelar el carácter de dos grupos fundamentalmente diferentes, que de acuerdo con su composición y sus cerebraciones se han desarrollado, desde la primera ocupación, en órbitas distintas. Entre el individualismo febril y desbordante de los anglo-sajones y la blanda vida ancestral de nuestras repúblicas, entre el carácter frío y razonador de los hombres del norte y nuestras ruidosas turbulencias, entre los gustos y las cualidades que ellos defienden y las cualidades y los gustos que nosotros cultivamos, hay una diferencia esencial, una demarcación profunda que ninguna doctrina, ninguna habilidad, ninguna concesión puede borrar de nuestras almas. Por encima de las fronteras convencionales que dividen el Nuevo Mundo en veinte y tantos países diferentes subsiste la frontera real que lo separa en dos porciones únicas. Al norte las colonias que se segregaron de Inglaterra, al sur las que se emanciparon de España y de Portugal, al norte los europeos que mantuvieron su sangre pura, al sur los que se mezclaron con las razas aborígenes. Al norte los que después de la Independencia atrajeron las inmigraciones de Inglaterra, Holanda y los países escandinavos, al sur los que recibieron los aluviones de España, Francia e Italia. Al norte los que hablan

inglés, al sur los que se expresan en español, allá los anglo-sajones y aquí los latinos.

Mr. Root, subrayó esta definición en su respuesta a los delegados de Puerto Rico, que colocados en una situación dolorosa, sin nombre, sin patria y sin bandera, fueron a solicitar humildemente la ciudadanía americana: «Entre los latinoamericanos y nosotros, no existe ni podemos tener nada en común; por grandes que sean nuestros deseos, no bastan para llenar el abismo que nos separa».

Bien se que el lenguaje es otro cuando los políticos americanos visitan nuestras repúblicas; pero esos son clásicos ardides de la diplomacia.

Si lo dicho por el señor Root no basta, recordaré el artículo escrito por el Presidente Taft y titulado «Respuestas a los críticos científicos y políticos del Canal». Este artículo publicado en una revista americana y reproducido por la «Estrella de Panamá», tiene una importancia especialísima. Basta citar, para no fatigar la atención del auditorio cuatro frases:

«No está lejano el día en que tres banderas de estrellas y barras señalen en tres sitios equidistantes la extensión de nuestro territorio una en el Polo Norte, otra en el Canal de Panamá y la tercera en el Polo Sur. Todo el hemisferio será nuestro, de hecho, como en virtud de nuestra superioridad de raza ya es nuestro moralmente».

Estas palabras rememoran las tantas veces citadas del senador Preston en 1838: «La bandera es-

trellada flameará sobre toda la América Latina hasta la Tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza.»

Y estas palabras dan también un extraño valor a la reciente resolución presentada por el senador Lodge, y apoyada por el senador Wash, según la cual ninguna nación latinoamericana puede ceder o arrendar la más ínfima de sus costas sin la anuencia de los Estados Unidos.

Todo esto es inadmisible y a semejantes provocaciones debemos contestar airadamente. ¡La América Española se pertenece! ¡La América Española no necesita tutores! ¡La América Española hará de sus tierras lo que le plazca!

Al llegar a este punto, séame permitido repetir que no soy un enemigo de los Estados Unidos, sino un enemigo de la política que predomina actualmente. La opinión que tengo de esa nación es tan alta que abrigo la certidumbre de que hasta verá con simpatía nuestras inquietudes patrióticas, porque—ya he tenido ocásión de decirlo,—los pueblos que interrogan su destino, sin desplantes y sin gritos inútiles, las razas que tratan de poner en salvo sus intereses y sus prolongaciones, los hombres que defienden contra la inundación su hogar, sus creencias y la cuna de sus hijos acaban por hacerse simpáticos hasta a la misma tempestad.

Pero ante todo y por encima de todo soy hijo de mi tierra y de mi raza, ante todo y por encima de todo soy, por mi sangre, por mis costumbres, por

mi cultura y por mis gustos, un hispanoamericano, un indo-latino y entiendo que debemos ver la vida y el porvenir desde el punto de vista de las conveniencias de nuestro grupo,—al margen de las generalizaciones que tanto nos han perjudicado siempre.

Elevemos nuestro espíritu y consideremos, como desde una altura sin desconfianzas excesivas y sin ingenuidades infantiles, los dos fenómenos que caracterizan la política interamericana de hoy; primero la inestabilidad, de la frontera que separa a los dos grupos; segundo, la tendencia del grupo del norte, en lo que se refiere a sus relaciones con el grupo del sur.

Para tener una idea de lo que era el territorio que ocupaban los anglo-sajones antes de la Independencia, basta recordar que las fortificaciones que proyectaron los franceses en 1752 debían ir desde Quebac hasta el Mississipí. En el momento de la separación, las colonias inglesas eran trece; la población llegaba apenas a cuatro millones de hombres y el área total del país era, en conjunto, de un millón de kilómetros cuadrados, es decir la mitad de lo que tiene México actualmente. Trazando una línea casi recta desde Buffalo hasta Atlanta, tendremos una imagen de la frontera oeste de los Estados Unidos en 1775, cuando se reunió el segundo congreso de Filadelfia. En este reducido espacio, limitado al sur por la Florida que pertenecía a España, al norte por el Canadá que había pasado a manos de Inglaterra, se desarrolló la acción de los anglo-sajones indepen-

dientes durante un cuarto de siglo. Pero en 1808 cuando llegaron a sumar diez millones de habitantes, empezó la peregrinación de la frontera que ha seguido dando saltos con una agilidad inverosímil. Primero fué la campaña contra los indios que, obligados a abandonar sus territorios, entregaron un campo enorme. Después fué la adquisición de la Luisiania, comprada a Francia en 1809. Más tarde, la ocupación de la Florida, cedida por España en 1820. Bajo la administración de Monroe las trece provincias iniciales se convirtieron en veinte y tres y los Estados Unidos quintuplicaron la extensión de su territorio. San Francisco, a pesar de su nombre, fué ciudad norteamericana. Todas las colonias que los europeos conservaban al sur del Canadá pasaron a poder de la gran república. Se hubiera dicho que aquel pueblo había alcanzado sus límites definitivos. No se descubría un palmo de tierra susceptible de ser anexionado. Al este y al oeste las olas, al norte un pacto de raza con Inglaterra que prohibe tocar al Canadá. Sin embargo, la frontera no se detuvo allí... Quedaba libre el sur.

Mi corazón de latinoamericano se oprime al recordar estas cosas. Pero en los momentos actuales no tenemos derecho a detenernos a derramar una lágrima.

Texas pasó en 1845 a formar parte de la enorme república. En 1848 California y Nuevo México sucumbieron también. La frontera fué avanzando gradualmente. Hasta que con la ocupación de Puerto

Rico y Filipinas el territorio pasó de un millón de kilómetros cuadrados a diez millones.

Pero los 45 estados que hoy reúnen más de cien millones de habitantes, no marcan seguramente un límite. El señor Carnegie anuncia para dentro de 80 años mil millones de habitantes, argumentando que si de 1812 a 1910 la población ha pasado de 10 a 100 millones, nada se opone a que en igual lapso de tiempo, pase, en la misma proporción, de 100 a 1,000. La producción nacional aumenta de una manera inverosímil. El orgullo se exalta ante la ascención maravillosa; y como ya hemos visto que el Canadá está defendido al norte por una tácita convención con Inglaterra, como al este y al oeste borbolla el límite infranqueable del océano, como el Canal de Panamá facilitará la inundación y el desborde, no es aventurado prever que el excedente de población, de producción, de fuerza, de hálito creador de la gran mole que se agranda por minutos tiene que seguirse derramando, al conjuro de una desigualdad de presión y de vitalidad, sobre los territorios de la América Latina, determinando nuevos saltos de la frontera caprichosa, y reduciendo cada vez más abiertamente el campo de evolución de nuestra raza.

He aquí el problema rudo; he aquí el problema nacional y personal que nos toca a cada uno de nosotros en nuestra propia carne, ¿Lograremos mantenernos y desarrollarnos en los territorios colonizados por España y Portugal? ¿Conservaremos nuestro es-

píritu y nuestras tradiciones, o seremos arrollados y vencidos por el grupo del norte?

¿A que propósito obedece— y aquí entramos a considerar el segundo fenómeno que caracteriza la política continental—a que propósito obedece la tendencia visible de los Estados Unidos a intervenir en los asuntos interiores y exteriores de nuestras repúblicas y la protección que nos dispensan desde los orígenes de nuestra nacionalidades?

Así como hay que reaccionar contra la leyenda lírica de la república hermana del norte, con la cual no tenemos en realidad el más lejano parecido, hay que reaccionar contra la paradoja de los beneficios que nos ha proporcionado la doctrina de Monroe. No niego que en ciertas épocas de nuestra historia y en determinadas regiones de nuestro territorio, ha podido ser, momentáneamente, una coraza contra los apetitos de otros pueblos. Nada se ha repetido más que las dos o tres citas que se pueden hacer en favor de esta tésis; pero los actos tienen el valor de los móviles que los determinan y es necesario ser poco perspicaz para no comprender que una nación práctica y utilitaria no ha obedecido al obrar así a romanticismos de Quijote, sino a dos razones esenciales; primero: a la prudencia, al cuidado de sí misma que la ha hecho comprender que la ocupación de Cuba por una potencia marítima europea, como Alemania o Inglaterra, habría sido para ella una cuestión vital; y segundo: a la prolongación de una política previsora y hábil que mantiene

como una reserva para el porvenir la debilidad de los países limítrofes.

Todo esto deriva de una continuidad de política que nosotros no sabemos advertir. Cuando los Estados Unidos se opusieron a que Bolívar fuera a libertar las Antillas, ya estaban preparando su ocupación futura. Por esto podemos decir: lo doctrina de Monroe nos han defendido de Europa, pero, ¿quién nos defiende de la doctrina de Monroe? ¿Quién nos salvará de la gran nación que se infiltra en nuestros territorios y en nuestras almas como una inundación silenciosa que todo lo devora? ¿Cómo explicar que los anglo-sajones intervengan en la política de algunos estados americanos imponiendo condiciones, marcando preferencias, tomando partido en luchas locales y llegando a fomentar levantamientos como el de Panamá? Quizá resulte antidiplomático hablar de estas cosas: pero yo no soy en estos momentos un diplomático sino un simple patriota que habla por su cuenta, sin más misión ni mandato que sus convicciones. Estas verdades las he dicho ya en la misma ciudad de Nueva York en mi conferencia en la Universidad de Columbia, por que algún día hemos de hablar al fin de los presidentes derrocados, de las intervenciones antojadizas y de todo el cúmulo de injusticias que convierten a nuestra América en un feudo librado a los caprichos del imperialismo.

Los pretextos que se invocan, no engañan a nadie: nuestra vida tumultuosa, nuestra inestabilidad,

nuestras luchas civiles no bastan para explicar la tutela y así lo he dicho en Nueva York porque con este criterio hubiera podido intervenir Europa en los Estados Unidos en 1861, durante la guerra de sucesión que ensangrentó durante cuatro años la mitad del continente:—con este criterio podríamos intervenir hoy todos a cada instante en la América del Norte por subversión de las formas republicanas de gobierno cuando las compañías financieras falsean el sufragio y corrompen la vida política de ese país; por falta de seguridad individual, cuando como ha ocurrido hace poco los bandidos detienen a los trenes y desbalijan a los viajeros; y por atentado contra la civilización y la cultura cuando las hordas de blancos asaltan las prisiones para quemar en la plaza pública a los negros que no han comparecido ante la justicia.

La política imperialista de los hombres que predominan en los Estados Unidos, ha llegado a resultados incalificables; y también he dicho en Nueva York que tengo la certidumbre de que si hoy se llama en el norte a un plesbicito, el mismo pueblo yanqui condenaría los atentados de que somos victimas. Está en la conciencia de todos que la política imperialista ha corrompido en muchas regiones nuestra vida pública comprando bajas complicidades que han permitido a algunos escalar los más altos puestos, fomentando nuestros desórdenes, amparando las revoluciones que les eran favorables y derrocando los gobiernos que no se inclinan ante su influencia,

a tal punto que podemos decir que el imperialismo ha merecido en la América Española la reprobación de la historia y la maldición de Dios.

Los sucesos de Panamá marcan una de las más grandes injusticias de los siglos y abren las puertas a nuevos atentados lamentables. El archipiélago de Gálapagos está amenazado y la amenaza alcanza a todas nuestras repúblicas. La avalancha empieza a azotar las costas de la América del Sur hasta el Ecuador, y yo pregunto a los hombres de gobierno de la América Latina, a los que están actualmente junto al timón de nuestras repúblicas, con que derecho están regalando lo que no les pertenece, con que derecho enajenan el porvenir de las generaciones futuras!

Entramos ahora en una parte que acaso será menos agradable para el público: pero que quizá es más necesaria. Ya nos hemos ocupado de los errores de los demás; vamos a hablar ahora de los nuestros.

En la historia no existen los pueblos buenos y los pueblos malos, los ogros implacables y las princesas incautas; lo que en realidad existe son las colectividades pletóricas que por el solo hecho de respirar van ensanchando sus límites; y las agrupaciones dispersas, que por su propia desunión abren las puertas al atentado. La culpa de lo que ocurre la tenemos nosotros mismos. Por temor a herir las susceptibilidades locales, estamos cultivando la en-

fermedad que nos roe, y el mal no está en decir las cosas : el mal está en que las cosas sean.

La más visible de nuestras enfermedades es la inferioridad comercial ; mientras los yanquis han desarrollado su vitalidad de tal suerte que su producción rebasa los límites del consumo nacional, derramándose sobre el universo, sin más valla que las tarifas aduaneras, los sudamericanos, con excepción de ciertas comarcas que han extendido los dominios de su ganadería y agricultura, viven, en lo que toca a las necesidades múltiples de la vida, a expensas del capital, del trabajo y de la ciencia de otros países, hasta el punto de que no suelen pertenecernos ni los telégrafos, ni los ferrocarriles, ni nuestras propias escuadras cuando las tenemos.

La segunda desventaja es la ausencia de un ideal que dirija y encauce nuestro esfuerzo en vista de fines más o menos altos y remotos ; vivimos al día, en una atmósfera de ágrias pasiones subalternas, de inextinguibles discordias locales, sin que asome el ímpetu superior que mantiene la esperanza y el esfuerzo de los pueblos. Hemos hecho demasiada política interior y muy poca política internacional.

En cuanto a la tercera desventaja, la más honda, la más peligrosa consiste en la desunión que nos consume. Mientras los anglo-sajones se hallan coordinados en un solo organismo, bajo una dirección única, nosotros estamos subdivididos en veinte naciones que a veces se combaten entre si. Mientras los primeros amalgamaron en un solo bloque to-

das las circunscripciones coloniales que se separaron de Inglaterra, nosotros seguimos fraccionando las que se segregaron de España y Portugal. Mientras allá se conglomeran las moléculas, nosotros subdividimos los átomos, mientras ellos tienen ciudades de cinco millones de habitantes, nosotros tenemos repúblicas de 200,000.

Este es el origen de la inferioridad que comprobamos. Si Pensylvania fuera un país independiente; si existiera una república de la Florida; si los diferentes Estados de Norteamérica se hubieran erigido en naciones independientes, empeñadas en medrar las unas con detrimento de las otras, no habrían llegado a la altura en que se hallan y no formarían el conglomerado poderoso que hoy contemplamos. La verdad es que tenemos el enemigo en casa, en nuestra propia indisciplina, en nuestras disidencias de barrio, en nuestras guerras civiles, en nuestra vida desordenada y estéril. Y el mal nos devora de tal suerte que se diría que el invasor nos está estrangulando con nuestras propias manos.

Cada vez que una agrupación se apoya en los Estados Unidos para superar a otra, cada vez que uno de los partidos locales se pone en contacto con el gigante para poder triunfar, cada vez que damos ocasión para que intervenga en nuestros asuntos interiores o exteriores, cada vez que alzamos bandera de dispersión y de egoísmo, traicionamos a nuestra raza y nos lastimamos nosotros mismos, porque hay tan estrecha correlación entre las conveniencias de

un partido y las de toda la nación, entre las de cada nación y las de toda la América hispana que se diría que el puñal que hiere a nuestros hermanos rebota siempre y nos hiere a nosotros mismos.

En estos tiempos de paneslavismo y de pangermanismo, basta echar una ojeada sobre la política internacional para comprender que a los choques entre los estados, empiezan a suceder los conflictos entre los grandes conjuntos que representan una tradición y una doctrina. Cada núcleo pequeño se siente atraído por los que hablan y piensan como él para defender en conjunto su derecho a la vida. Cada nación forma parte de un sistema planetario cuyos destinos son su propia ley; y los latinos de América, empujados por una nación pletórica, tendrán que coordinarse cada vez más entre si, porque para detener el empuje económico, moral y linguistico del enorme grupo avasallador, para salvaguardar nuestros derechos, fuerza será recurrir a la solaridad de los orígenés y movilizar en toda su extensión la fuerza palpitante de nuestro común origen.

Que las veinte repúblicas latinoamericanas se ayuden y completen como el ciego y el paralítico del apólogo. Nuestro deber es tender la mano a los más débiles y acaso nuestra conveniencia también, porque si en los hermanos más sólidos se han multiplicado los músculos, en los más débiles se han desarrollado quizá las vivacidades del espíritu. Que logremos dar tregua a las alucinaciones que nos han llevado a dar más importancia a la política menuda

que a los intereses nacionales. Que acabemos con las rencillas y las desconfianzas que nos desmoralizan y nos recluyen en el egoísmo regional. Y que después de difundir de norte a sur de los territorios donde domina nuestra lengua la certidumbre de que la victoria es posible si sabemos coordinarnos, después de reunir los corazones en un solo foco de luz, después de restablecer como en un cuerpo mutilado que vuelve a la vida total la libre circulación de nuestra sangre hispana, sepamos hacer de nuestras veinte Metrópolis—desde México la histórica, hasta la hirviente Buenos Aires, pasando por la Habana florida, por la solemne Bogotá y por Lima la célebre—sepamos hacer de nuestras veinte capitales veinte soldados vigilantes que erguidos ante todas las asechanzas, se transmitan, en la noche de nuestro aislamiento, por encima de las fronteras ilusorias, las palabras que sintetizan la necesaria unión : ¡ Centinela ! ¿ quién vive ? ¡ La América Latina !

No sé si me dejo llevar por la ilusión, pero los estados que hoy componen la Alemania, los reinos y los principados que Cavour supo reunir bajo el nombre de Italia, se hallaban hace treinta años mucho más distanciados que nuestras repúblicas, distanciados por la lengua, por las costumbres y por las guerras constantes, y sin embargo, al unirse sin perder su autonomía, probaron que una raza puede ser como un hombre, que mueve y acciona independientemente todos sus músculos, pero que a través

de sus posiciones sucesivas, conserva el lazo interior y la unidad suprema de los movimientos.

Alguno me dirá: usted es argentino, su emoción no se explica, Buenos Aires está muy lejos, la furia de las olas no ha llegado hasta allá. ¿Por qué se agita usted tanto por un peligro remoto? Pero, mi patria ¿es acaso el barrio en que vivo, la casa en que me alojo, la habitación en que duermo? ¿No tenemos más bandera que la sombra del campanario? Yo conservo fervorosamente el culto del país en que he nacido; pero mi patria superior es el conjunto de ideas, de recuerdos, de costumbres, de orientaciones y de esperanzas que los hombres del mismo origen, nacidos de la misma revolución, articulan en el mismo continente con ayuda de la misma lengua. Mi patria superior no está basada sobre convenciones, está basada sobre el parecido, sobre la simpatía, sobre la realidad viviente de las cosas; y cuando veo que mis hermanos peligran, cuando comprendo que el territorio en que desarrollamos nuestra acción se amengua, cuando siento que otra raza nos arrolla y nos empuja hacia el sur, lejos de limitarme a comprobar que mis fronteras inmediatas están indemnes, levanto el espíritu hacia más altas concepciones, abarco la plenitud del conflicto y me solidarizo con los de mi grupo, convencido de que al defender la integridad de otras repúblicas, defiendo, no sólo el alma y la razón de ser de la mía, sino también la fuerza y el porvenir de los 80 millones de hombres que aquí se expresan en español.

Formamos un conjunto armónico cuyos focos de atracción no deben estar en el extranjero, sino en los puntos de apoyo de la raza, en nuestras grandes ciudades, en México, en la Habana, en Río de Janeiro, en Santiago de Chile, y en esa portentosa Buenos Aires que hoy es la segunda ciudad latina del mundo. En vez de permitir la infiltración de espíritus diferentes que contradicen nuestras inclinaciones más íntimas, tomemos posesión de nosotros mismos, tengamos la noción de nuestra propia grandeza y busquemos los elementos de vida, de esperanza y de orgullo en la exaltación del sentimiento continental.

Hace menos de cien años, en diciembre de 1819, se presentaba ante el congreso reunido en una pequeña ciudad hispano americana, un hombre indomable, que llevado por su temperamento de luchador, buscaba los paisajes grandiosos y las rocas batidas por la tempestad. Para las multitudes, ese hombre era un gigante omnipotente que podía desencadenar el rayo; para sus compañeros de lucha, era el Dios de la batalla, para la historia, es una cúspide coronada de sol. No necesito pronunciar el nombre, porque está en todos los labios. Si no supiéramos adivinarlo en las tinieblas, si no lo viéramos erguirse en medio del párrafo cada vez que hacemos la más lejana alusión, no seríamos dignos de nuestra herencia de gloria. Hace menos de cien años—decía—un general victorioso se presentaba ante una gran asamblea y sentando las bases

de la obra más alta que registran los anales del continente proponía la unión de Venezuela y de Nueva Granada, que debía completarse dos años más tarde con la adhesión del Ecuador. Una enorme entidad de cerca cuatro millones de kilómetros cuadrados surgía así desde los orígenes del cerebro de un patricio, como un llamado supremo a la armonía de nuestra raza en América. Sigamos el surco de los fundadores de la nacionalidad, olvidemos las discordias que nos dispersan, miremos por encima de los límites y en los conflictos presentes y futuros busquemos inspiraciones a la sombra del recuerdo de nuestros héroes.

El siglo nos impone un dilema : coordinarnos o sucumbir.

Y ahora voy a permitirme tratar, rozándolos apenas, tres puntos que salen del espíritu general de esta conferencia y tocan en cierto modo al país en que me encuentro. Si en lo que digo hay algo que llegue a herir en lo más mínimo la conciencia o el sentir de algunos de mis oyentes les ruego que me lo hagan notar ; enmendaré inmediatamente la falta ; porque no he venido a disgregar voluntades, sino a reunir corazones.

La venta de Galápagos es un asunto que toca no sólo al Ecuador sino a toda la América Española, y es por eso que en nombre de la seguridad de todas nuestras repúblicas me creo autorizado para rogar a la juventud y al pueblo del Continente que proteste, llegado el caso, contra esa combinación

inadmisible; que no tolere que se cometa ese crimen contra la seguridad común.

Pero no basta evitar los errores de los demás, es necesario prevenir los propios. Tratemos de solucionar dentro del derecho y el respeto mútuo nuestras interminables cuestiones de límites. Yo no tengo título ninguno para examinar soluciones; pero permitid a un extranjero que quiere a este país sinceramente que os diga que de un justo arreglo entre el Perú y Chile, depende acaso la salvación de América.

Nuestro Continente necesita la paz para encararse con sus verdaderos problemas e imponerse al respeto del mundo. La campaña contra el Perú que la prensa inglesa y norteamericana emprendió hace poco a propósito del Putumayo es de una injusticia abominable. Yo no se lo que hizo la compañía acusada; yo no tengo nada de común con ella; pero sea lo que fuere, el procedimiento resulta inadmisible.

¡Qué Inglaterra que ha agotado en la India todas las formas de la crueldad, venga a hablarnos aquí de virtudes!...

Pero no es solo Inglaterra; resulta también inadmisible que los EE. UU. que han exterminado a los indios en la América del Norte, pretendan defenderlos en la América del Sur, cuando el sólo hecho de que existen en gran número en nuestro territorio prueba que nosotros los hemos protegido mucho mejor que ellos.

Tengamos los ojos fijos en esas zonas, por-

que cuando las grandes naciones hablan de civilización y de justicia, siempre debemos preguntarnos cuál es el nuevo zarpazo que nos van a dar!

Y concluyamos ahora: los norteamericanos tienen una divisa: América para los americanos; nosotros tenemos que levantar al fin la cabeza para ostentar ante los Estados Unidos, ante la Europa y ante el mundo entero, otra suprema afirmación. ¡La América Latina para los latinoamericanos!

Somos los herederos de una tradición gloriosa. No nos aprestemos contra una nación determinada, sino para defenderse de todos y contra todos la integridad suprema de la patria, la vitalidad final de nuestra América.

XI

La resistencia del Sur

CONFERENCIA EN BUENOS AIRES, EL 2 DE JULIO DE 1913

Después de las vicisitudes del viaje más impresionante que se pueda imaginar, después de haber sentido tantas veces que se humedecían los ojos al fraternizar con el espíritu de nuestras repúblicas hermanas, después de haber recorrido de norte a sur el Continente en medio de un remolino de aclamaciones, que no iban dirigidas al humildísimo escritor sino al país, y a las ideas que él representa, confieso ingénuamente que creí haber agotado al fondo de todas las emociones. Pero me estaba reservada una suprema que entorpece mi palabra en estos instantes, al hallarme de nuevo, después de tantos años, en la patria en que nací, en la ciudad donde pasé mi primera juventud, en la atmósfera que es más fundamentalmente mía.

Así como en el orden sentimental la ausencia pone a prueba el amor, en el orden nacional un largo alejamiento fortifica el apego y la fidelidad al

terruño. Mis ojos no se han apartado de América un solo momento. Durante dos o tres lustros mi única preocupación ha sido honrar el nombre argentino. He llegado hasta sacrificar mis conveniencias de escritor para favorecer los intereses colectivos, mientras tantos otros sacrificaban los intereses colectivos para seguir medrando a favor de lo existente. Lo he jugado todo, mi pluma, mi palabra, mi cerebro, mi tiempo, mi energía, mi juventud, cuanto tenía y podía tener y sin embargo reconozco que estoy en deuda todavía. Ya he tenido ocasión de decir que un hombre sólo puede vivir fuera de la patria en forma de paréntesis. Por ínfimo que sea nuestro valor, por menguados que sean nuestros méritos, tenemos el deber de ofrendar nuestra vitalidad y nuestro empuje a la agrupación de que formamos parte.

Pero esto no quiere decir que vuelva a pedir puestos y honores. Yo no quiero ser nada. Yo no traigo a mi patria el triste presente de una ambición más. Vuelvo con el alma henchida de sentimientos grandes, con el más vivo deseo de ser útil a mi continente, y a mi grupo, con el corazón desbordante de fraternidad para todos a pesar de las maldades que han llegado hasta mi puerta, pero vuelvo simple ciudadano modesto como de aquí salí, sin un título, sin una condecoración, sin una jerarquía, sin pretensiones, sin jactancias, sin engreimientos, sin habilidades, con un solo orgullo legítimo, con el orgullo de que si en Europa y en América he habla-

do a menudo en nombre de mí patria, no he hablado nunca en nombre de ninguna autoridad constituída y he podido decir siempre todas mis verdades en la suprema felicidad de las grandes independencias.

Mis palabras tardan tanto en llegar porque son dichas desde abajo; y no sé hoy mismo hasta que punto interesarán las opiniones de un hombre que no ha ejercido nunca mando alguno, que no puede tener la más lejana influencia en los asuntos colectivos y que en la vida nacional no es más que una voz anónima, como la de cualquiera de los que están allá arriba, en las últimas galerías del teatro y de la sociedad. Pero creo que cuando un ciudadano vuelve al país en que nació, no sólo recupera sus derechos, sino también sus responsabilidades. Y entiendo que me incumbe hoy el deber de decir todo mi pensamiento. No pretendo dirigir, no aspiro a pontificar, sino a aprender con los míos. Pero traigo una sinceridad combativa y no me avengo a repetir la aventura de los extranjeros más o menos ilustres que para dejar un surco azul en el recuerdo halagan nuestras vanidades y se encogen después de hombros al volver al trasatlántico.

Quiero declarar ante todo que no soy un adversario de los Estados Unidos como nación. Lejos de abrigar la más lejana antipatía contra ese pueblo, me declaro por el contrario un admirador de su progreso enorme. Pero ante todo y por encima de todo soy hijo de mi tierra, ante todo y por encima de todo

soy por mis costumbres, por mi cultura y por mis gustos un hispanoamericano, un indiolatino; y cuando veo que una ola, análoga a las olas que en distintas épocas de la historia han hecho desaparecer grandes conjuntos como el nuestro, cuando veo que una ola, digo, arrolla hoy en el norte a las repúblicas hermanas, cuando contemplo la situación de naciones que se debaten entre las rocas como niños desamparados, cuando siento la crispación de pueblos en cuyas entrañas está fomentando la táctica invasora nuevas disgregaciones crueles, cuando me descubro al pasar ante el cadáver de grupos que subsisten solo de una manera aparente, cuando mido la dolorosa situación en que han caído muchas de las entidades que nacieron de la misma revolución, muchos de los países cuyo origen y destinos están ligados a los nuestros, no puedo contener el tumulto de mis indignaciones ante la injusticia consumada, ni acallar el hervor de mis inquietudes en lo que respecta al porvenir común. ¿Cuál será dentro de pocos años la suerte de la mayor parte de la América Española?

Algunos me dicen: son procedimientos comunes a todos los grupos vigorosos; la prosperidad comercial busca pretexto para apoderarse de las zonas desorganizadas. Y al decir esto dicen bien y subrayan una verdad histórica. Pero ¿quiere ello decir que debemos someternos blandamente, que debemos admitir como fatal para todos, lo que solo es resultado de la desidia de algunos? ¿Quiere esto

decir que debemos olvidar los deberes de la solidaridad abandonando a los países afines ; y, lo que es más grave, que debemos olvidar nuestros propios intereses, dejando que la ola se aproxime y se ensanche, obstinados en no combatirla hasta que derribe nuestras puertas? Yo creo que una raza que ha hecho fructificar la civilización en la mitad del mundo, que ha dado los más altos ejemplos de heroísmo, que conserva intacta su dignidad, que dá hoy en algunas regiones la asombrosa medida de su genio, no puede resignarse a vivir fragmentariamente, agazapada detrás del dique que forman los cadáveres hermanos, confiando su única defensa en la distancia y en la fatiga del mar.

Tratemos de alcanzar, fríamente, sin apasionamientos engañosos, una visión exacta de la situación.

Llegando al fondo de las cosas, el Nuevo Mundo no está dividido, desde el punto de vista territorial, en América del Norte, América Central y América del Sur ; ni está recortado, desde el punto de vista político, en veinte países diferentes. En el Nuevo Mundo hay dos porciones únicas, no me cansaré de decirlo.

En la parte superior del Continente, como en una enorme marmita que desborda, bullen cien millones de anglo-sajones. En la parte sur, cuya forma torturada e irregular parece imagen de nuestra vida, gesticulan desde la frontera norte de México hasta el cabo de Hornos, ochenta millones de neolatinos,

Cada grupo, prisionero de sus antecedentes, es producto de las fundaciones coloniales de hace varios siglos. Arriba triunfa el carácter anglo-sajón, abajo persiste la concepción latina. Los pobladores del norte no se mezclaron con los grupos aborígenes, los del sur lo hicieron abundantemente. La educación, la lengua, la religión, las costumbres han sido siempre opuestas. Cada zona tiene características especiales. Cada una de las fracciones revela un alma propia, y aunque cerremos los ojos, se impone a la conciencia la marca de dos razas y el borbollar de dos corrientes, que no podrán confundirse nunca, porque son obra de cerebros distintos y porque representan realidades e intereses antagónicos.

Si el grupo del norte hubiera respetado al grupo del sur, no hubiera existido entre ambos, sirviéndonos de una expresión vulgar, más que la natural incompatibilidad entre el aceite y el agua. Pero las repetidas anexiones que han arrancado a México la mitad de su territorio, la situación de Cuba, y de Nicaragua, la disgregación de Panamá, subrayada por las declaraciones recias del señor Roosevelt, la acción inadmisible que con pretextos de sanidad empieza a ejercer el gobierno norteamericano sobre los puertos del Pacífico, las palabras del mismo presidente Roosevelt al inaugurar la Exposición de San Luis: «Hemos empezado a tomar posesión del Continente» y la política toda de los últimos tiempos, con las sorpresas y los atentados que están en la memoria universal, prueban de una manera con-

cluyente que los Estados Unidos aspiran a ejercer una hegemonía sobre la mayor parte de la América Latina, sino sobre el Continente entero, como lo declaró el senador Preston en 1783.

Nosotros, en el sur, estamos, hoy por hoy, fuera de la zona del peligro actual. Entiéndase que no digo del peligro absoluto. Estamos fuera de la zona del peligro inmediato. El volúmen de nuestras nacionalidades, unido a la situación geográfica, nos pone momentáneamente a cubierto de semejantes atentados. Pero esta relativa seguridad tiene dos espinas, una moral y otra material :

Desde el punto de vista moral, podemos preguntarnos si tenemos el derecho de ser egoistas hasta el punto de desligar nuestra suerte de la de otras repúblicas hermanas, abandonando a los pueblos que nos ayudaron a conquistar la independencia, a los que con su esfuerzo lejano y en algunos casos con su coloboración directa, con sus propios capitanes contribuyeron a fundar nuestra patria, en aquellas épocas heroicas en que la América Latina palpitaba como un solo hombre al beso de la libertad. Podemos preguntarnos, si en estos tiempos de comunicaciones rápidas estamos más lejos los unos de los otros que hace un siglo ; y si, después de haber aceptado para sellar la independencia general la poderosa ayuda que Venezuela y Colombia irradiaban por intermedio de Bolívar, tenemos derecho a encogernos ahora de hombros cuando esos y otros países necesitan nuestro apoyo para subsistir.

La segunda objeción es de órden material.

Las naciones no viven al día y los conjuntos depositarios de una bandera no pueden decir como el rey famoso: «despues de mí el diluvio». Aún circunscribiendo la visión a los límites de nuestra patria inmediata, y aún admitiendo que seamos invulnerables, cabe preguntarse si nos conviene la marcha hacia el sur de un vecino poderoso que, fortalecido por la sumisión de casi todo un continente, nos arrinconaría de tal modo que no podríamos respirar. Imaginemos un hombre que posee un palacio. Sin tocar el edificio, se le puede perjudicar. Si nuevas construcciones interceptan la luz, si desde afuera le cortan el agua, si los vecinos hacen excavaciones que agrietan los muros, podrá no haber sido violada la propiedad, pero resultará inhabitable. Cada pueblo necesita dos atmósferas, la que desplaza directamente y la que le rodea para darle oxígeno. Y nuestras naciones del sur, que son naciones productoras y que serán quizá mañana naciones manufactureras, no pueden permitir que las cerque una fuerza con la cual no pueden luchar.

Por generosidad, si nos declaramos altruístas, por prudencia si nos confesamos egoístas, sea cual sea la zona moral en que nos coloquemos, tiene que interesarnos a fondo la política norteamericana. Y yo entiendo que, si examinamos los procedimientos que ha seguido en la América Central y en algunas otras repúblicas, tiene que encolerizarnos profundamente también. Nosotros, que hemos hablado

siempre contra la agresividad de las grandes naciones, que hemos acompañado con simpatía a los débiles en su lucha contra los fuertes, que hemos protestado cuando los ingleses esclavizaban a los boers, ¿cómo no hemos de vibrar ante la injusticia que hiere a los que son en cierto modo pedazos de nuestra propia historia?

Hay antecedentes y corrientes de continuidad que nadie desvía y si nuestras patrias inmediatas son un poco caprichosas, nuestra patria superior, la que comprende a todos los pueblos que hablan español y portugués en el Nuevo Mundo, está particularmente viva y hecha raíz. Nosotros no datamos de la independencia, nosotros datamos, con las mezclas y las emigraciones que se han acumulado después, de la conquista de América por los Iberos y por nuestro punto de partida, nuestra formación, nuestra historia y nuestros gustos prolongamos en el sur del Nuevo Mundo una tradición apuesta a lo que los Estados Unidos defienden en el norte.

Formamos un conjunto armónico, cuyos focos de atracción no deben estar en el extranjero, sino en los puntos de apoyo de la raza, en nuestras grandes ciudades, en México, en Río Janeiro, en Santiago de Chile, en Buenos Aires. En vez de permitir la infiltración de espíritus diferentes, que contradicen las inclinaciones más íntimas, en vez de abandonar a los que resbalan, tomemos posesión de nosotros mismos, abramos los brazos al continente, tengamos la noción de nuestra propia grandeza y bus-

quemos los elementos de vida, de esperanza y de orgullo en la exaltación del sentimiento latinoamericano.

Acabo de recorrer casi toda la América Latina, y puedo decir que hasta llegar a estas repúblicas he venido caminando sobre la sombra que proyecta una mano crispada.

Lo primero que advertimos es la artera presión económica mediante capitales que no tienden a procurarse como los Europeos un dividendo honorable sino a desnacionalizar al país, colocando a sus habitantes en una situación subalterna que permita desembarcar soldados para proteger el ferrocarril como en Honduras, obtener del gobierno concesiones onerosas como en Costa Rica o desarrollar maniobras sutiles para apoderarse de las aduanas como en Santo Domingo. Esa acción abusiva, se ha ido trasformando en intervención política, que favorece al desorden y con pretexto de intereses materiales se opone en Cuba a la ammistía de los reos políticos; y contribuye, según las circunstancias, a derribar gobiernos como en Venezuela o a sostenerlos con ayuda de sus soldados como en Nicaragua. Si a esto añadimos la intervención en los asuntos internacionales que prohibe a México arrendar la bahía de la Magdalena al Japón, que se opone a que Cuba compre sus armamentos en Europa y que trata de impedir los canales del Atrato y de Tehuantepec, deteniendo así la riqueza de esas regiones y el adelanto del continente, tendremos una síntesis de

la situación creada por ese Minotauro, del siglo XX que se llama Imperialismo.

Más de uno se preguntará : ¿ Y qué han obtenido esos pueblos en cambio de tan rudo vasallaje ? ¿ Son ricos, son felices, son respetados ? Repito que lo he recorrido todo, desde el extremo norte hasta aquí, y el espectáculo no puede ser más doloroso. Esos pueblos son inteligentes y particularmente aptos para el progreso, pero las regiones fertilísimas yacen a veces en la miseria, los países que dieron héroes y libertadores se debaten en la anarquía, la dignidad nacional está a la merced de los atentados y podemos llegar a la conclusión de que, lejos de ser una fuerza civilizadora, el imperialismo, como la sombra de ciertos árboles, marchita todas las espigas, puesto, que, nacidas del mismo origen y de idéntica composición, son las repúblicas que están en más íntimo contacto con él las que menos han florecido y son nuestras naciones del sur, que han crecido por así decirlo escondidas, hasta las cuales no ha llegado esa influencia, las que hoy se elevan victoriosamente, cargadas de promesas hacia el porvenir triunfal.

Hasta desde el punto de vista superior de los resultados finales, hay que proclamar la superioridad que sobre el imperialismo tiene la acción europea. Los europeos traen una colaboración cordial que reconforta, los norteamericanos una denominación despectiva que corrompe ; los primeros tratan de des-

pertar el valor de subir, los segundos el miedo de caer ; aquellos se dirigen a la inteligencia, estos al instinto : los unos son el arado, los otros el terremoto ; y para decirlo todo en una frase, mientras el paso de los unos ha levantado en Centro América y otros países un monumento de injusticia, la presencia de los otros nos ha dado en el sur o en México tan alta riqueza y libertad, que Europa puede volverse hoy con orgullo hacia la historia para decir : Aquí está lo que hemos hecho en las regiones donde venimos derramando oro, pensamiento y emigración ; aquí está la prueba palpable de la ventaja que tiene sobre el orgullo egoísta, la santa fraternidad de los hombres.

Ha llegado el momento de abrir los ojos. Cuando salí de Europa creí que el peligro estaba circunscripto a las Antillas. Ahora puedo decir, aquí, en el extremo sur, que lo tenemos a las puertas. El saneamiento de Guayaqui por los Estados Unidos, la influencia creciente en el Perú, donde aspiran a fiscalizar la sanidad de los puertos, y las intrigas para suscitar intervenciones y separatismo en el Putumayo ponen a las naciones fuertes del sur ante un dilema : o emprender una acción vigorosa contra el falso Panamericanismo que solo ha servido para legalizar la esclavitud de ciertas repúblicas, o inclinarse también mañana, bajo el huracán que trae casi hasta nuestras fronteras el flamear orgulloso de otros estandartes.

Ha llegado el momento de ver claro, dando tregua a las impresiones inmediatas y a las querellas locales. Dentro de la amplitud de la política internacional, nuestra situación ante el mundo está muy lejos de ser airosa. Si queremos aparecer como verdaderas naciones, tratemos de no vivir inclinados de norte a sur bajo una dependencia indirecta, más o menos visible según la zona y el radio en que se mueve cada república ; tratemos de que los Estados Unidos, que están allá al norte, a una gran distancia, no intervengan en los asuntos de los países casi limítrofes con los nuestros, en los países que caen bajo nuestra esfera de acción ; dejemos de ser al fin los vecinos humildes, los parientes pobres dentro de la vida continental ; y cuando nos hablen de protegernos con la doctrina de Monroe, sepamos levantar la cabeza con orgullo para gritar que estas naciones del sur han llegado a la mayor edad, que estas naciones del sur están dispuestas a defenderse de todos los peligros, hasta del peligro que entraña el mismo pueblo protector.

La política norteamericana, tan agresiva en el norte, suele ser insinuante en el sur ; allá se disfraza de oso y por aquí de cordero ; pero nosotros debemos probar que ni los corderos nos enternecen ni los osos nos asustan ; debemos declarar nuestra intención de ejercer una influencia benéfica sobre los pueblos afines, de presidir su desarrollo, de impedir que otra raza les imponga su tutela, de reservar para nuestra civilización esas enormes fuerzas

de producción y de consumo; debemos mostrarnos dispuestos a reanudar la sana tradición de los orígenes, yendo económicamente, diplomáticamente e intelectualmente en auxilio de las naciones que se hunden porque no tienen en si los elementos necesarios; debemos substituir a la vieja concepción que de un gran conjunto armónico desprende un pedazo pequeño para decir «solo esto me interesa», otra concepción más consciente del pasado y del porvenir, más digna de nuestro vigor actual: «Allí donde hay un territorio latinoamericano en peligro, allí está nuestra patria.»

Al llegar a aquí, séame permitido acentuar mi franqueza. Yo no he hecho este viaje para adular a los pueblos, sino para decir lo que creo que es verdad. Observando bien la situación, encontramos que el punto de arranque de lo que ocurre, está, más que en las ambiciones de la gran república, en nuestros propios errores, en los errores de diverso carácter, pero concurrentes al mismo fin, de toda la América Latina. El imperialismo necesitaba pretextos para dar color de legalidad a sus atropellos y las pequeñas repúblicas del norte los han proporcionado inconscientemente con sus discordias; el imperialismo necesitaba la abstención de nuestras naciones del sur y nos hemos adelantado a sus deseos, ignorando cuanto ocurría en esas tierras; el imperialismo necesitaba un continente dividido, y sin darnos cuenta de los resultados, sin recordar que el hervidero de regionalismos, hizo que en Italia, antes de

la unidad, se instalaran los franceses en Roma y los austriacos en Trieste, hemos agravado todos los días las divisiones, llegando a veces hasta buscar el apoyo del enemigo común contra el vecino inmediato.

En este punto los anglo-sajones nos podrían servir de ejemplo. Al colocar por encima de los intereses locales los intereses nacionales, al evitar apasionarse por fronteras secundarias para poder defender mejor la frontera obligatoria, al levantar en fin el espíritu hasta la concepción de la patria grande, ellos han puesto de relieve, sin quererlo, los vicios que nos disminuyen, las ingenuidades que nos desangran y los errores que, en caso de persistir, nos llevarían, (nada es más doloroso que aceptar la hipótesis) hacia la disolución final.

Apoyado sobre la base de esta dispersión, el adversario ha especulado con las timideces, tratando a ciertas repúblicas como a niños pequeños; y es hora de que, dando a nuestra política el volumen que verdaderamente debe tener, ayudemos a esos países a reaccionar saludablemente, haciéndoles comprender que ante una actitud resuelta el poderoso no puede atreverse a nada, porque sabe el perjuicio que una acción brutal le ocasionaría en América. Digámosles, que es necesario vencer ante todo al invasor dentro de ellos mismos, en su propia consciencia, matando el respeto excesivo que le tienen; y que así como los anglo-sajones han hecho el *bluff* de las amenazas, conviene que, sostenidos por nos-

otros, hagan ellos el *bluff* de las resistencias, que las cosas están dispuestas de tal modo dentro de los equilibrios del mundo, que ni los unos ni los otros tendrán seguramente que moverse. Tratemos de ser los hermanos mayores y los guías de las repúblicas del norte, en las cuales hay tres grandes llagas que extirpar : las revueltas, que dejan libre la entrada en nombre de fingidos sentimientos de humanidad, a las intervenciones más dolorosas ; las tiranía que hace que muchos de esos pueblos sean doblemente esclavos, esclavos del déspota local y esclavos del extranjero a quien ese déspota los libra a veces para perpetuarse en el poder ; y la inacción económica, que hace a algunos grupos tributarios de la gran república y abre al imperialismo la brecha enorme de la conquista comercial.

Yo no sé si el porvenir reserva a nuestras repúblicas del sur el papel que Prusia o el Piamonte desempeñaron en la unidad de Alemania o de Italia, pero entiendo que debemos renunciar a la indiferencia y ejercer una acción eficaz sobre los núcleos que nos ven desde lejos con efusiva simpatía, que se enorgullecen del progreso nuestro como de cosa propia, que esperan un gesto que los reconforte, que han puesto en nosotros sus últimas esperanzas y por los cuales en realidad no hemos hecho nada hasta ahora. Ayudémoslos, primero con el ejemplo, haciendo que nuestra vida nacional sea cada vez más honrosa y brillante, probando que los latinoamericanos pueden competir con los otros pueblos ; y alen-

tando a los que desfallecen a depurarse y a luchar también para alcanzar parecidos resultados. Y ayudémoslos con la acción, llevando hasta esas repúblicas nuestra influencia diplomática, nuestra juventud creadora para mayor gloria y provecho de nuestros países y de la civilización latina en el Nuevo Mundo. Si ellos no se han defendido mejor, es acaso porque se han sentido solos en medio del continente; si algunos parecen inclinados a aceptar influencias extrañas, es porque las influencias legítimas no se han hecho sentir. Dentro de la justicia suprema las responsabilidades caen por igual sobre los que allá arriba han dormido y sobre los que desde aquí abajo no han hecho nada para despertarlos.

En América hay dos grandes fuerzas: el norte y el sur y no es posible dejar que la primera se imponga a la segunda. Entre la marea que sube y la marea que baja hay un gran caudal de aguas muertas. La marea que mejor hiera esas aguas, la que las anime y las arrastre, es la que durará.

La grandeza de mañana solo puede ser posible sobre la base de un acuerdo entre nuestras repúblicas, primero de las cuatro más fuertes, y después, alrededor de ese núcleo, de todas las demás. Miremos por encima del momento y en vez de multiplicar las causas de desunión, concertemos. Que la nación extranjera que lastime a cualquiera de nuestros países, hiera al continente entero. En vez de empujarnos locamente para aparecer en primera fila, apren-

damos a respirar cada cual según sus pulmones, pero todos con el mismo ritmo. En vez de colocar la suspicacia al servicio de la discordia postuma entre San Martín y Bolívar, levantemos los ojos hasta los ideales de esos hombres. En vez de tener veinte egoismos pequeños tengamos un egoismo grande, que los egoismos cuando son grandes, se ennoblecen y se convierten en orgullo salvador. Y así, generosos, erguidos, respetados, dueños de nuestra América, lejos de tener que lamentar la mala fama que nos han hecho algunos,—porque todos los pueblos tienen sus debilidades y si se invocan tan amenudo las nuestras es porque no tenemos el volúmen necesario para hacernoslas perdonar,— asi erguidos, respetados, digo, podremos oponer triunfalmente en el mundo y en la historia, a los intereses norteamericanos, los derechos latinos americanos ; a las glorias anglosajonas, las estatuas latinas, a los orgullos del norte, los ideales del sur.

Yo no digo que nos lancemos precipitadamente a la confederación. La enorme extensión del territorio, las dificultades de las comunicaciones, los problemas locales hacen que esa solución resulte prematura. Existen intereses nacionales muy legítimos que no es posible ignorar. Pero nada se opone a que cada república siga libre y soberana dentro de un plan general que preserve los intereses comunes ; nada se opone a que reconquistemos la visión grandiosa de los héroes de hace un siglo que para asegurar la independencia de Venezuela comprendían

que había que acabar con la dominación española en el Perú, nada se opone a que al conjuro del pasado, del presente y del porvenir, de los recuerdos, los peligros y las esperanzas, acerquemos nuestros corazones y nuestras banderas, formando con los patriotismos y los colores, desde las tierras mexicanas hasta los hielos del sur, por encima de las montañas que doblaron la cerviz ante nuestros ejércitos internacionales, al arco iris de paz y de grandeza de la segundad colectiva.

Las necesidades nos llevan a ensanchar nuestra visión de las cosas. A la influencia del norte, hay que oponer la influencia del sur ; a la fórmula «América para los americanos» hay que contestar, si no queremos llevar una vida subalterna, con otra fórmula que nace de las circunstancias presentes. «La América Latina para los latinoamericanos.»

La prosperidad de la Argentina, y el empuje que la incorpora por así decirlo a la falanje de los pueblos europeos, toda la atmósfera de prosperidad y de gloria, en que nos movemos no puede hacernos olvidar que dada la extrema juventud del país y la exiguidad del número de sus habitantes, su suerte está ligada a la de las otras naciones hispanoamericanas y a la de la raza en general. «La verdad está prohibida implícitamente como una brutalidad para el amor propio del país», decía Alberdi. Yo creo que hoy nos hallamos en una etapa superior. Por lo mismo que nos sentimos fuertes y triunfantes, por lo

mismo que todo sube en torno, por lo mismo que un hálito de victoria nos acaricia las frentes y las almas, debemos tener la audacia de encararnos con el porvenir. Se me ha hecho el reproche de no ser suficientemente argentino ; pero, ¿ la fuerza consiste en creerse capáz de un esfuerzo irrealizable ? ¿ Consiste el patriotismo en exagerar la situación ante los extraños y ante si mismo ? Yo creo que lo que más fortalece a los hombres y a los pueblos es la noción exacta de su propio valer. Y me pregunto si no se está deformando inmoderadamente la verdad, si no se está dando excesiva importancia a los hechos favorables y dejando en la sombra las circunstancias menos felices, si no se está envolviendo a la nación en una funesta neblina de orgullo al hacerle creer que ya puede medirse con los grandes pueblos de la humanidad.

Por otra parte hemos sido siempre dentro de la historia de América uña nación altruista y a nadie puede sorprender que nuestras frases vayan a llevar hoy una voz de aliento a las naciones hermanas como ayer fueron los granaderos a caballo de San Martín. La victoria no da derechos, hemos dicho siempre noblemente, pero la victoria impone deberes y en la victoria pacífica de nuestra nacionalidad tenemos la obligación de ayudar y defender a las hermanas más débiles. La Argentina puede aspirar conjuntamente con las otras naciones importantes del sur a una influencia moral en las demás repúblicas latinas, pero por encima de estos cálculos está

el ímpetu sentimental que nos ha llevado siempre a estar del lado del que sufre los azotes contra el que da los azotes, del lado de la víctima contra el verdugo, del lado del árbol que se dobla contra la tempestad que lo sacude.

Y antes de terminar voy a esbozar brevemente una cuestión de actualidad local. Como una confirmación de las ideas generales que acabamos de exponer, empezamos a notar en este país algunos fenómenos que sorprenden por su simultaneidad.

Primero. Un sindicato poderoso se impone a la voluntad del público pretendiendo monopolizar la exportación de las carnes, imposibilitando la vida de las empresas existentes y haciendo encarecer el artículo con gran perjuicio para los pobres. Ese sindicato es norteamericano.

Segundo. El más poderoso de los trust del petróleo, tiene conocimiento de que se ha descubierto petróleo en nuestra república y se apresura a poner trabas al negocio para seguir imponiendo sus productos caros, obstaculizando así la evolución de nuestro país que a ejemplo de los mismos Estados Unidos tiene que pasar de la era ganadera y agrícola a la era industrial y que si carece de combustible no podrá alcanzar esa evolución. Ese trust es norteamericano.

No hay que considerar estos hechos como cosas aisladas, sino como parte de un conjunto; y yo me pregunto que es lo que han hecho nuestros hombres de estado para afrontar la situación. Así como en

el orden nacional inauguraron hace algunos años, con la ley de resistencia, lo que podríamos llamar la política del miedo, en el orden internacional están practicando ahora, con sus genuflexiones, lo que podríamos llamar la diplomacia del pánico.

¡Ah! los hombres ponderados y prudentes, los hombres tranquilos y equidistantes que no creyeron en el vapor, en la electricidad, en la aviación y en la democracia hasta que los vieron triunfar por el esfuerzo de los otros; los hombres que han vivido con mondaduras de ideas, que no han creado nada, que no han removido nada, que no han hecho más que perpetuar, que no han hecho más que recordar. ¡Ah! los hombres meticulosos y ordenados que no contentos con dormir pretenden imponer su sueño a los demás. Esos hombres están necesitando que la juventud y el pueblo les grite al fin:

¡Atrás cadáveres, dad paso a la vida nueva!

LUIS A. FLORES
LIMA

XII

Las dos autocracias

EN BUENOS AIRES, EL 14 DE JULIO DE 1914

Consecuente con las ideas que expuse hace ocho años, cuando vine la última vez a Buenos Aires, después de otra ausencia larga, sigo creyendo que el problema social, debe constituir una de nuestras preocupaciones fundamentales. No basta imponer silencio a la democracia con leyes expeditivas y discutibles. Es necesario examinar las causas que originaron la protesta, es necesario bajar hasta el fondo de los remolinos que comprobamos en la superficie. Se me dirá que la pobreza y la desigualdad son males antiguos que han hecho derramar millones de lágrimas y que la sociedad no ha sabido remediar en veinte siglos de desorden. Pero nuestra época de reflexión y de análisis tiene el deber de reaccionar contra la inmovilidad y la despreocupación que ha venido enconando la discordia. Yo no soy un adulador de multitudes, yo no soy el demagogo que pasa llevando tras si al pueblo por las calles como

si arrastrara un manto real. Sé que la democracia, como todas las grandes fuerzas, tiene sus aberraciones y más de una vez he gritado: «Pueblo grande y generoso, ¿cómo es posible que te ciegues hasta el punto de no saber distinguir lo que te perjudica?» Pero los errores de los que mandan, ¿son acaso menos graves? Yo no quisiera aumentar las divisiones, pero si pudiéramos pesar la vida en una balanza, poniendo en el primer platillo todos los crímenes de los pueblos y en el segundo platillo todos los atentados de los gobiernos, acumulando en el primer platillo todos los desmanes de los malditos de la sociedad y en el segundo platillo todos los abusos de los privilegiados de la fortuna, si pudiéramos reunir desde el principio de las épocas en un bloque monstruoso todo el mal que se ha hecho desde el llano y en el otro todo el mal que se ha hecho desde las cúspides, tengo la convicción de que, arrastrada por el peso enorme, la balanza se precipitaría del lado de los más altos, porque en el cómputo final de los delitos, los más culpables, los más cargados de responsabilidad, son los más conscientes.

Basta evocar la semi esclavitud de los indios en algunos territorios, basta recordar que si el extranjero inmigrado se hacina en las capitales es porque en muchos casos carece de garantías en el interior, basta tener en cuenta las condiciones del trabajo que aquí se precipita o se detiene según las estaciones, para comprender, que aún al margen de las doctrinas y de las ideas generales, limitándonos a los fe-

nómenos del más puro localismo, el problema social tiene que ser el eje de nuestra política interior.

Pero, sino más premioso, porque nada puede ser más premioso que remediar la situación de los que sufren, más inminente, más irremediable, más cerca de nuestra carne, aparece el problema de que he hablado en todas las capitales de América. No somos nosotros los que disponemos el programa de los siglos y distribuimos los itinerarios de la historia, eligiendo los temas que han de imponerse a la atención general. Son los acontecimientos los que violentan las voluntades y nos encaran con los conflictos, imponiéndonos la necesidad de asignar a cada problema su verdadera ubicación y su importancia dentro de la multiplicidad de cuestiones que solicitan nuestra atención. No hay que dejarse fascinar por un detalle, por grande que sea, no hay que entregarlo todo en un movimiento. Hay que dominar las perspectivas y abarcar el porvenir.

Mi viaje ha sido una quijotada de esas que solo la juventud y el pueblo saben comprender. Para los hombres maduros y tranquilos, ha sido una locura pueril. Pero el mundo y la vida serían doloroso erial si no existieran las nobles pasiones y los generosos entusiasmos. Lo que yo he venido haciendo de norte a sur del continente, no ha sido una obra de división y de antagonismo, que estaría en contradicción con todas las tendencias de mi espíritu, sino una suprema tentativa para asentar sobre bases seguras la paz y la concordia en el Nuevo Mundo. Lo

que yo he venido pidiendo de norte a sur ha sido justicia para los pueblos que se ahogan en el confín de los mares.

Este día, esta reunión, este público, son por decirlo así la síntesis de los ensueños que me han guiado. Aquí está la América Latina, encarnada en esta tierra argentina que se eleva y progresa, probando que el adelanto y la civilización no son patrimonio de una raza determinada, sino tesoro de los hombres todos. Aquí está España, nuestra vieja, noble y querida España, que ha asombrado al mundo con su vigor y su demencia sublime, ensanchando los límites del planeta y entregando a la humanidad, al vencer la barrera de los mares, nuevas posibilidades de prosperidad y de gloria. Aquí está Italia, tan mezclada a nuestra vida y a nuestra nacionalidad, la cuna y el origen de todas nuestras naciones, que prolonga y ensancha en los tiempos modernos la tradición portentosa de la Roma inmortal. Aquí está Francia en fin, cuya inolvidable epopeya festejamos hoy, la Francia que llevó a través del mundo la libertad y la luz en las heróicas cabalgatas de hace un siglo. Aquí está la raza latina toda entera, la raza que encabezó todos los grandes movimientos de la historia, la que sembró el ideal en la vida, la que embelleció el mundo y la que en los tiempos modernos, encontrando el planeta estrecho para su acción, inventó los aeroplanos, creó los pájaros sublimes, horadó las nubes y desgarró la túnica del

cielo, para llevar a la especie, a nuevas ascensiones y poner en fin al hombre cara a cara con el sol.

Yo he querido ser siempre un amigo del pueblo, nunca un jefe. El caudillo es una forma anticuada de la actividad argentina. Ya hemos dejado atrás felizmente esa etapa inferior en que los hombres se agrupaban alrededor de los hombres. Hoy nos reunimos al rededor de las ideas. Podemos discutir la acción de las generaciones, pero es necesario reconocer que algo ha cambiado en estas zonas de América. A los hombres que solo desean *parecer*, se han substituído los que solo ansian *hacer*, a los que perseguían míseros fines individuales, los que alimentan concepciones y propósitos altruístas. Hacer política, no es ya para nosotros intrigar para subir, sino defender ideas.

Siempre he creído que en la historia no hay formas inconmovibles. Si las Sociedades por acciones crearon en el siglo XIX una nueva clase de propietarios, ¿qué es lo que se opone a que la participación en los beneficios cree en el siglo XX una nueva clase de rentistas? Pero así como todos los hombres tienen derecho al bienestar al aire y a la luz, todos los pueblos tienen derecho a la autonomía, al respeto y a la libertad. Si aceptamos que hay pueblos inferiores dentro del mundo, tendríamos que aceptar que hay clases inferiores dentro de la sociedad y el mismo olvido egoísta se transformaría en arma contra vosotros. Por eso se une de manera estrecha la causa del proletariado con la causa de la defensa

latinoamericana y por eso tengo la convicción de que la juventud socialista me acompaña en la cruzada.

Se ha insinuado que esta campaña tiene algo de patrioterismo, pero yo hago un llamamiento al buen sentido de los que me escuchan. ¿No hemos estado con los poloneses cuando las grandes naciones de Europa consumaban la desmembración de ese pueblo heroico? ¿No hemos vibrado con los boers cuando Inglaterra preparaba el aniquilamiento de esa nación tan pequeña como admirable? ¿Cómo no hemos de estar ahora con nosotros mismos para defender nuestra lengua, nuestro espíritu diferente y nuestra voluntad de dar forma propia al porvenir?

Entre la juventud y los poetas hay grandes paralelismos de intenciones y de temperamento, hondas repercusiones de la misma emoción, ímpetus simultáneos que los enlazan en la vida y en la lucha: y es tal la simpatía que los acerca, es tal la compenetración que los ata, es tal la vibración que los confunde, que así como la juventud es poesía se podría decir que la poesía no es más que juventud.

Y es que el poeta y la juventud coinciden en el culto supremo a los ideales superiores que enaltecen el espíritu, en la tendencia a vivir una existencia heróica y altruísta, en el deseo de evadirse de la vida real para explorar zonas de ensueño, aunque ellas les conduzcan al sacrificio, aunque ellas les cierren el camino de los éxitos clamorosos, aunque, prisioneros de los existentes, los castillos que construyen

con la imaginación se derrumben a menudo sobre sus propias almas.

Casi nunca alcanza el poeta su recompensa, porque el destino quiere acaso que viva entre desengaños y vicisitudes para que su alma llore mejor las armonías. Pero le queda siempre la satisfacción de haber coincidido con las dos fuerzas que son la base insustituible de toda acción eficaz, que son las dos columnas tradicionales que han sostenido desde el comienzo de los siglos todos los templos del ideal: la juventud y el pueblo.

Al conmemorar este 14 de Julio de los principios inmortales, hagamos votos porque el sufragio universal se aplique en todos los órdenes, no solo para que los ciudadanos puedan gobernarse dentro de la nación, sino para que las naciones puedan disponer de si mismas dentro de las luchas del mundo, acabando con las dos autocracias, la que nacionalmente se llama tiranía y la que internacionalmente se llama imperialismo.

XIII

El derecho de los pueblos débiles [1]

EN LA VELADA EN HONOR DE BELGICA, EN BUENOS AIRES, EL 19 DE JUNIO DE 1915

Después de los compases marciales de estos himnos que sintetizan con tan extraordinario vigor lo que todos sentimos en el fondo de nuestras almas, tengo el honor de abrir este acto en favor de Bélgica y confieso que nunca me he sentido emocionado como ahora, que nunca ha temblado mi voz como en estos instantes, porque lo que evoca esta emocionante y enorme asamblea es el dolor de muchos millones de hombres que antes triunfaban en el trabajo y la felicidad, la desolación de vastos territo-

(1) Incluyo esta alocución porque el caso de Bélgica puede ser mañana el de toda la América Latina y porque mi actitud durante la guerra dió lugar a una absurda fábula, de la cual se han servido ciertos elementos para atacarme, ignorando que por haber pensado siempre más en el ideal que en las ambiciones, mi vida ofrece una continuidad de acción que nada ha interrumpido, ni el éxito ni el fracaso, ni la popularidad ni las persecuciones, ni el prestigio ni la hostilidad, ni los momentos de triunfo ni las horas que estoy viviendo ahora.

rios que fueron hasta hace pocos meses un verdadero paraíso de la tierra, el holocausto de innumerables vidas que determinaron el progreso de las ciudades, el sacrificio doloroso y admirable, en fin, de un pueblo que no ha querido doblarse en ninguna forma y que en medio de todos los huracanes levanta, ensangrentado y maltrecho, pero indomable siempre, su penacho de independencia y de libertad.

Sean cuales sean las preferencias o los apasionamientos que llevemos dentro del corazón, o los entusiasmos que ardan en el fondo de nuestros pechos en estas horas trágicas en que se juegan los destinos de la humanidad y en que nadie puede permanecer ageno a las pasiones que arremolinan el ambiente, tenemos el imperioso deber de considerar con idéntico respeto a todos los pueblos y yo he sido uno de los primeros en aconsejar esa actitud, pero si podemos callar ante el choque de dos grandes conjuntos que se equilibran y se tienen en jaque en una lucha gigantesca pero sin desnivel visible, no podemos ni debemos ahogar la voz en la garganta ante el sacrificio de una nación pequeña y débil que está a punto de desaparecer anexionada por un decreto brutal, entre el horror de la batalla que no ha terminado todavía.

Hijos de una nación que apesar de su riqueza y su extensión geográfica es también débil y pequeña, habitantes de un Continente que puede estar librado mañana a los apetitos imperialistas, tenemos la consciencia de que al levantar el grito en favor de

Bélgica, levantamos el grito en favor de nosotros mismos y defendemos la causa, siempre sagrada, de los pueblos oprimidos contra los pueblos opresores.

A la noticia llegada en estos últimos días de que Bélgica va a ser anexionada al Imperio Alemán, responden todas nuestras indignaciones. En estas épocas de libertad individual en que cada hombre goza de la libre disposición de si mismo, en este siglo de libertad política en que mediante el voto cada pueblo es el amo indiscutido de sus destinos, en este aflojamiento de todas las tiranías, sean ellas religiosas, políticas o sociales, ¿será acaso posible que se restablezca la esclavitud de las naciones y que veamos a tantos millones de hombres que han sabido elevarse por el comercio, las ciencias y las artes hasta crear una de las más altas culturas del mundo, doblados bajo el número, sin más razón que la fuerza de las armas y la ruda arremetida de los soldados?

No creo que protestar contra estos hechos sea romper en ninguna forma la neutralidad. ¿En nombre de que principio se nos pediría la indiferencia, cuando vemos en la calle a un atleta que arrastra ensangrentado el indefenso cuerpo de un niño? ¿En nombre de que neutralidad se nos exigiría que nos cruzáramos de brazos ante la tortura de un pueblo maniatado por fuerzas superiores? El alma del niño es la sonrisa, el alma de los pueblos es la libertad, el alma de las naciones es la bandera. Nosotros no queremos que desaparezcan la sonrisa, ni la li-

bertad, ni la bandera de Bélgica. Para impedir el atentado contra el niño, hay una fuerza que es la policía; para impedir el atentado contra la libertad, hay una policía, que es la rebelión; para impedir el atentado contra la bandera, hay una rebelión y es el estallido conminatorio y magnífico de la consciencia universal!

Lo que queremos es que hoy aquí, mañana allá, pasado más lejos, se oiga perennemente en el mundo la protesta airada de toda la humanidad que reclama sin tregua la libertad de Bélgica, la independencia de Bélgica, la integridad de Bélgica, hasta que la presión sea tan formidable, hasta que la imposición de las voluntades sea tan definitiva, que el mismo vencedor de los campos de batalla, vencido en el campo de la razón, tenga que abrir la férrea mano y devolver la libertad a ese pueblo que ruje encadenado como el Prometeo inmortal.

Sobre Bélgica parecen haberse abierto las esclusas del infierno, parécen rodar sobre ella todas las abominaciones del mal; y si por la imaginación nos transportamos a esas tierras y aguzamos el oído, creemos escuchar el sollozo de las madres que arrastran entre las ruinas el cadáver de sus hijos, mientras truenan a lo lejos los clamores y las dianas de la carga a la bayoneta; si forzamos un poco los ojos vemos pasar a los caballos espantados que huyen pisoteando a los heridos por las llanuras enrojecidas bajo el incendio; y si abrimos de par en par los corazones sentimos la desolación infinita de las

ciudades dominadas, donde los vivos, menos felices que los muertos, sobreviven a la catástrofe de la propia nacionalidad. Ante este cuadro de desolación y de muerte el pueblo argentino, siempre justiciero y generoso en sus actos, tenía el deber de congregarse para expresar su solidaridad al grito de : ¡ no queremos anexión ! y dirigir un saludo entusiasta a la enorme Bélgica gloriosa del sacrificio y de la inmortalidad.

Hace poco más de un año, en el seno de una de nuestras grandes agrupaciones políticas estallaba un conflicto que ocupó durante varios días la atención pública. La agrupación evitaba hacer de una manera clara y resuelta una afirmación de patriotismo y yo me levanté dentro de ella para defender el culto país en que he nacido.

Ante las nuevas perspectivas que impone la guerra actual, ante la necesidad de mayor nacionalismo que surge de los acontecimientos que se desarrollan, ante el sacrificio de las nacionalidades pequeñas que se ven dobladas por las grandes sin que las preserve el derecho o la opinión universal, yo creo poder dirigirme con la conciencia tranquila a la juventud que me rodea para pedirle su veredicto. ¿ Quién tenía razón en el conflicto? ¿ Los que defendían la tendencia internacionalista que los hechos condenan hoy y relegan al rango de las utopias peligrosas, o el que se levantaba para dar la voz de alerta y provocar la reacción contra lo que era un peligro para la patria ? Ahí están en el horizonte, visibles a nues-

tros ojos y casi tangibles por la impresión que producen, Bélgica estrangulada, Servia sangrando, la bancarrota del internacionalismo, el choque de los pueblos sin más ley que la dominación y el exterminio, barriendo en una oleada de sangre todas las ilusiones de los soñadores. ¿Y es en medio de este espectáculo horrendo, es en medio de una época en que pueden producirse semejantes retrocesos, que podríamos seguir hablando de desarme necesario y de prejuicios patrióticos? Yo digo que este es el momento en que los pueblos deben hacerse más impenetrables, más erizados de desconfianzas, más seguros de si mismos, más fieles a sus recuerdos, y el instante en que lejos de predicar renunciamientos debemos armarnos virilmente y estar dispuestos a defender en todo momento, con el sacrificio de nuestras vidas, la integridad moral y material de la patria.

XIV

La diplomacia popular

EL 18 DE ENERO DE 1917, EN BUENOS AIRES, EN UNA ASAMBLEA POPULAR

Ningún espectáculo más reconfortante que esta enorme asamblea congregada, sin ningún fin político, no alrededor de un hombre, sino alrededor de una doctrina, de un sistema, de un ideal. ¡Cuán lejos estamos de la política! Aquí no se pide, ni se ofrece nada. Solo nos congrega una convicción y una esperanza, cosas que no se cotizan en la bolsa del arrivismo, pero que son las únicas que elevan y ennoblecen a los hombres. Gracias por esta manifestación que es la más alta recompensa para quien lo ha sacrificado todo a la defensa de sus ideas. La juventud y los intelectuales de valía que me han hecho el honor de adherirse a este acto me procuran una de las emociones más intensas de mi vida.

Hace tres años volvía a Buenos Aires un viajero que había dado la vuelta al Continente y en una sala vecina de ésta, ante un auditorio particularmente numeroso exponía sus observaciones sobre la política continental. La juventud, que como parte que

es del porvenir se adelanta a los acontecimientos y tiene adivinaciones admirables, le acompañó en sus teorías; pero los hombres sesudos y tranquilos, los hombres serenos y equidistantes le motejaron de visionario y le acusaron de imaginar catástrofes que estaban lejos de producirse. No se si estos hombres continuarán pensando lo mismo, pero tres años han bastado para cambiar la perspectiva de las cosas. Las que antes eran inducciones se han transformado en comprobaciones. Ya no es el vaticinio de lo que pudiera ocurrir, es la indignación ante lo que ha pasado. En estos momentos hay soldados norteamericanos en siete repúblicas de la América Latina. Hay soldados norteamericanos en Santo Domingo, donde el invasor se ha apoderado de las aduanas y del gobierno, estableciendo de lleno un protectorado; hay soldados norteamericanos en Haiti, donde los hombres de color tienen que acatar el gobierno de los que los que en Norteamérica los desprecian y los persiguen; hay soldados norteamericanos en Puerto Rico, donde los habitantes de la isla, de pura descendencia española, se ven obligados hoy a hacer todas sus comunicaciones en idioma inglés y hasta a tramitar ante los tribunales sus asuntos en ese idioma; hay soldados norteamericanos en Cuba, donde la estación de Guantánamo, ampliada en tierras y convertida en formidable base naval, es una amenaza constante contra la soberanía de la isla; hay soldados norteamericanos en Panamá, donde la policía armada de la zona del canal pasa a terri-

torio panameño y procede sin miramiento alguno por la precaria soberanía de la pequeña república; hay soldados norteamericanos en Nicaragua, donde el palacio de Gobierno tiene una guardia de marineros extranjeros y donde se hacen las elecciones nacionales bajo le vigilancia de las tropas de otro país; hay soldados norteamericanos, en fin, en México, donde con pretexto de perseguir a Villa, el Villa impresionista y teatral de los telegramas, se ha invadido el territorio, se ha violado la soberanía y se mantiene desde hace meses la ocupación de vastas comarcas, a pesar de las serenas protestas y las fundadas reclamaciones del Gobierno. Este es el cuadro que nos ofrece la política imperialista en el Continente. Las cosas se han agravado a tal punto que en Nicaragua, donde yo no pude desembarcar hace tres años porque me lo prohibieron los nicaraguenses yancófilos, no pueden hoy entrar los nicaraguenses mismos, porque se lo prohiben los ocupantes extranjeros.

En presencia de los acontecimientos que se precipitan, ante México ensangrentado por la invasión, ante el espectro del imperialismo que amenaza extender su sombra sobre toda América, yo pregunto ahora a los que me escuchan, yo pregunto a esta sala vibrante de indignación y de patriotismo, ¿quién tenía razón en el conflicto? ¿La pesada y monótona concepción burocrática o el espíritu independiente e innovador? ¿El gesto obsequioso de los que en honor del ex presidente Roosevelt hi-

cieron que los niños de nuestras escuelas cantaran el himno argentino en inglés o la hostilidad indesarmable del convencido? ¿Los que cerraban los ojos ante los sucesos de Nicaragua y proclamaban su desdén por las repúblicas hermanas del Continente o el que tendía los brazos hacia ellas con el cariño fervoroso de los orígenes? ¿Los que a fuerza de condescendencias escalaban las más altas situaciones o el que por su irreductible convicción era puesto al margen de todos los cargos públicos y quedaba en el llano, con el grillete de sus opiniones atado a los pies, simple voz anónima dentro de su patria, en medio del pueblo y de la juventud? ¿Quién tenía razón en el conflicto? ¿Los gobernantes? ¿La diplomacia palaciega que lo ajustaba todo al cálculo minucioso y a los egoismos o la diplomacia popular que solo tiene por guía las sinceridades del corazón?

México está ahí, sangrando y es al rededor de su bandera que nos congregamos aquí para gritarle que nos solidarizamos con él.

En estas horas de inquietud, en que, pese a los arreglos que se tramitan, pese al suave ir y volver de los telegramas de las cancillerías, sigue permaneciendo en México un ejército extranjero, y subsiste y se prolonga y se acentúa por momentos el agravio inferido a la soberanía de aquel país, todos evocamos, aunque sea en sístesis, el largo calvario de aquella república digna de nuestra admiración por su entereza y su valentía.

La situación geográfica, la vecindad inmediata

de una nación poderosa que debió ser para México fuente de progreso y de prosperidad ha sido origen de todas las calamidades. Desde 1840 empieza a sufrir México el azote del imperialismo que debía desarrollarse hasta aparecer en América como una tromba devastadora de toda justicia. Bajo la Presidencia de Santa Ana el imperialismo favorece el separatismo del estado de Texas y tras un breve simulacro de república, ese territorio es anexionado a los Estados Unidos. Nuevas exigencias obligan a México a tomar las armas poco después, como recurso supremo para defender su derecho a la vida y a raíz de una guerra heróica en la cual combatieron hasta los niños y las mujeres, exhausto, sin armas, sin municiones, tiene que pactar con el invasor abandonando otro girón a los Estados Unidos : la Alta California y Nuevo México. De ocho millones de kilómetros cuadrados que tenía México en los orígenes de su historia, quedaba reducido en pocos años a dos millones, a una cuarta parte de su territorio y la república imperialista del norte, civilizadora y puritana, ejercitaba en proporciones nunca vistas el derecho de conquista, mientras nuestras repúblicas del sur, desdeñadas por ella como atrasadas, levantaban con Mitre el lema generoso de «La victoria no da derechos».

Fué a raíz de estas circunstancias que Napoleón comprendió que para preservar los intereses de Europa había que poner un dique a la expansión de los Estados Unidos en América. Y la admirable na-

ción mexicana acosada otra vez tomó de nuevo las armas y reanudó la lucha cruenta hasta vencer a los ejércitos y fusilar al Emperador que Europa quería imponerle. Que otros lamenten el triste fin de Maximiliano. Los que atentan contra la soberanía de un pueblo, deben saber afrontar las consecuencias.

Este es el momento en que aparece en el escenario de México la figura de Porfirio Díaz. Díaz comprende el peligro y durante treinta años evita todo pretexto para ingerencias extranjeras, tratando de equilibrar las ambiciones de Norteamérica con las ambiciones europeas. ¡Treinta años de paz! Treinta años durante los cuales el mónstruo del imperialismo ha acechado desde el otro lado de la frontera! La ambición excesiva y la inexperiencia de Madero sirvió al invasor para desencadenar de nuevo la era de las revoluciones. Es el oro imperialista el que empuja a los hombres a delinquir, son los pertrechos imperialistas los que permiten a cualquier aventurero levantarse en armas contra las autoridades constituídas, son las intrigas imperialistas las que impiden el acuerdo y la obra concordante de los diversos grupos. Y cuando la desorganización y el agotamiento de tantos años han preparado el terreno, surge el ejército invasor, dispuesto a recoger fáciles laureles. Pero el imperialismo no contaba con la resistencia admirable de un pueblo altivo que se reconcilia y exclama: «¡Alto ahí, viva la Patria!» El imperialismo no contaba con la solidaridad de todo un continente que reunido alrededor

de México le grita hoy : «¡ Alto ahí, viva la América Española !».

Ha llegado el momento de decir a la faz del mundo lo que está en el fondo de todos los corazones. La persecusión contra Villa, no es más que un nuevo pretexto para ingerencias y complicaciones. Villa resulta en realidad un bandido paradojal que necesita 150,000 hombres para ser apresado y si examinamos un poco la historia de América, vemos que Villa ha existido mucho antes de lo que mentan las crónicas. Porque debió ser persiguiendo a Villa seguramente que los Estados Unidos desembarcaron en Cuba, imponiendo la enmienda Platt y es con el fin de que no regrese que conservan las estaciones de Guantánamo y de Bahía Honda. Es por temor a Villa seguramente que los Estados Unidos mantienen en cautiverio a la isla de Puerto Rico. Es persiguiendo a Villa que conquistaron las aduanas de Nicaragua y desembarcaron soldados en ese país. Es para perseguir a Villa que han llevado sus tropas a Santo Domingo y Haiti. Es para perseguir a Villa que sacrificaron los derechos de Colombia y se apoderaron del Canal de Panamá, para que Villa no pueda escaparse hacia el Sur. Es para perseguir a Villa que vendrán mañana hasta nuestros yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia. Pero los pueblos Hispanoamericanos empiezan a comprender las realidades y todo en torno nos dice que los imperialistas han equivocado el camino y que si de defender la civilización se trata, al verdadero

Villa, salteador de las nacionalidades y victimario de los pueblos no hay que combatirlo de norte a sur sino de sur a norte, que al verdadero Villa, enemigo de la paz y de la fraternidad continental, habrá que perseguirlo una vez por todas hasta las puertas mismas de Wall Street.

La historia de México tan fecunda en vigorosos gestos y nobles arremetidas, tan dramática y tan valiente, tiene tres puntos culminantes. Son tres grandes momentos encarnados en tres hombres. Y las tres veces México ha sabido defender su libertad.

El primero es el de la independencia. Al mismo tiempo que el resto del Continente, México se siente conmovido por la racha de la emancipación y el instinto popular busca su expresión exacta en el humilde cura de Dolores que se levanta en armas y tras el cual se congregan inmensas muchedumbres ávidas de derechos y de libertad. Es el admirable Hidalgo que a los sesenta años encuentra fuerzas materiales y morales para emprender la épica campaña y sacrificarse como bueno en favor de su ideal.

El segundo momento se presenta en 1863, con la invasión francesa. Los ejércitos extranjeros se habían apoderado de Puebla y entraban a México victoriosamente. El Príncipe Maximiliano tomaba el nombre de Emperador y se aprestaba a gobernar a una nación cuyos gustos y características ignoraba. Una atmósfera de opresión reinaba sobre los cerebros y las conciencias. Pero la protesta del México

sojuzgado que no podía asistir en silencio a la agonía de su libertad, estalla formidable y se encarna en Juarez que, fugitivo primero por valles y montañas, seguido después por ejércitos victoriosos, sella con la sangre del emperador el derecho inalienable que tiene todo pueblo a regirse según su voluntad.

El tercer momento acaba de vivirlo México en estas últimas horas en que con pretexto de perseguir a hipotéticos bandidos, fabricados para la exportación por intermedio del telégrafo, pretendió hollar una poderosa nación limítrofe la soberanía de aquel pueblo. Aprovechando la guerra civil y las discordias interiores, las tropas extrañas penetraron en territorio de México y lograron avanzar hacia el sur. Pero esta vez como las otras se levantó un remolino de patriotismo y surgió quien debía encarnar el instinto nacional. Yo no soy hombre de adular a los Gobiernos, ni de inclinarme ante los poderosos. Mi vida entera, limpia de toda claudicación, lo atestigua. Pero cumplo con un deber de conciencia al decir mi admiración por el General Carranza que ha sido el primer Presidente de la América Latina que ha sabido oponerse resueltamente a los avances del imperialismo. Cuando apesar de la prohibición expresa del gobierno del país siguieron avanzando las tropas extranjeras hacia el sur y llegaron a Carrizal, el general Carranza tuvo el gesto definitivo. Mandó hacer fuego sobre el invasor. Y el derecho y la justicia se impusieron, porque las tropas

extranjeras tuvieron que retroceder sin entablar reclamaciones por las bajas, barridas por la energía del primer presidente que en aquellos países se atrevía a encararse con la situación.

Hidalgo, Juarez y Carranza son los exponentes culminantes de ese indómito pueblo, al cual se le podrán hacer todos los reproches, menos el de haber abdicado nunca su libertad, de ese pueblo al cual enviamos hoy desde aquí nuestro saludo, de pie sobre las cimas y sobre las concreciones de nuestra historia, con el ámplio espíritu fraternal de los que hicieron nuestra emancipación.

La diplomacia popular, que paulatinamente se subtituye a la diplomacia estática de los gobiernos, acabará por poner en evidencia la verdad, porque la diplomacia popular, es emanación directa de las colectividades, traduce los sentimientos íntimos de los mejores, surge como una fuente cristalina del fondo de las almas, transporta los sentimientos, sin ceremonias y sin notas, por el hilo de oro de las simpatías, porque la diplomacia popular es la que sale de esta enorme asamblea y va a la enorme asamblea que me recibirá en México, uniendo nuestros idealismos y nuestros fervores como se unen estas banderas, evocando un pasado y defendiendo un porvenir.

Imaginemos un peñasco en el mar, batido por las olas que lo asedian con su espuma, lo rodean, lo amenazan, lo azotan y lo cubren a veces en su violencia y que sin embargo muestra siempre su penacho, por-

que parece que el mismo mar que lo hiere, lo pusiera de relieve y lo levantara haciéndolo surgir en medio de la inmensidad como una fortaleza inexpugnable bajo el esplendor del sol. Así debemos ver a México. Las mismas vicisitudes porque atraviesa, sus mismas revoluciones, las mismas asechanzas, los mismos peligros de todo orden que lo sitian parecen fortalecerlo a tal punto que en medio de los remolinos propios y los extraños, lo vemos siempre haciendo flotar como trofeo los sagrados colores de la enseña nacional.

Pero no debemos perseguir aplausos sino afrontar responsabilidades. Y es por eso que voy a declarar aquí que no estamos haciendo en ninguna forma «política europea»; que estamos haciendo exclusivamente política americana, porque entendemos que por encima de los problemas mundiales, existen problemas continentales que nos tocan más hondamente. Así como el Japón tiene intereses especiales en el Pacífico, nosotros tenemos intereses especiales en el Nuevo Mundo. Y es en nombre de esos ideales, particularmente nuestros, que empiezan a clarear ámpliamente en la feliz rectificación de nuestras direcciones internacionales, que aspiramos a mantener el triángulo solidario de la América Latina, triángulo que tiene por base la estrecha unión entre la Argentina y Chile y que culmina en el norte con la República de México; triángulo que no es de guerra, sino de paz, y que dentro de la paz puede ser la piedra angular de la concordia americana.

XV

La evolución de nuestra diplomacia

EN EL TEATRO IDEAL, DE MEXICO, EL 11 DE MAYO DE 1917

Mis primeras palabras han de ser para manifestar mi agradecimiento profundo a la antigua y prestigiosa Universidad de México, por la invitación amable con que me ha honrado, estableciendo así, una corriente de intercambio entre nuestras Repúblicas, y acentuando el carácter cada vez más fraternal de las relaciones hispanoamericanas. Es para mi un timbre de orgullo levantar la voz en este país vigoroso y altivo, digno, por su historia, de todos los respetos, que ha sabido, prolongando su tradición, engrandeciendo su espíritu, ser en las épocas modernas, tan vigoroso y tan digno como en los mejores tiempos de la Independencia.

No voy a hacer, desde luego, un discurso grandilocuente; no voy a iniciar una peroración de me-

táforas engañosas, ni de fuegos artificiales. Voy a hacer una exposición serena y tranquila; intentando casi podría decir, una demostración matemática.

Desconfío mucho de los discursos, sobre todo de los discursos efectistas, y creo que en nuestra América se han hecho ya demasiados. Cuando nos hemos encontrado frente a una dificultad, cuando nos ha sobrecojido, en medio de nuestra historia o de nuestra evolución, un conflicto grave, hemos creído a menudo que todo ello se arreglaba con la oratoria, y que, mediante unas palabras podríamos salir del paso victoriosamente. En las épocas por que atravesamos hemos de evitar este exceso de retórica, y hemos de tratar de ser prácticos, serios, seguros, corrigiendo, no diré todos, porque sería demasiado, pero si algunos de nuestros defectos, puestos ya suficientemente de relieve en el desarrollo de la vida hispanoamericana.

Voy a empezar haciendo una afirmación, que acaso pueda parecer aventurada. La historia de la América Latina no ha sido escrita aún. Hemos tenido desde luego brillantes historiadores que han sabido referir de manera maravillosa a veces, algunos de los trances o escenas de nuestra vida nacional; que han trazado de una manera insuperable la monografía de nuestros héroes, que han logrado reflejar en páginas durables un instante del pensamiento, o el sentimiento de una zona de nuestra América Latina; pero no ha surgido todavía el sintetizador que abarque el conjunto de todo el movi-

miento hispanoamericano y lo refleje en su continuidad, en su ámplia significación, desde el momento de la Independencia hasta nuestros días; quiero decir, con esto que falta en la Historia latinoamericana o en la Historia escrita latinoamericana, la concreción final, la orquestación suprema que podría permitirnos abarcar en una sola visualidad todo el horizonte y todos los horizontes. Esto es, desde luego, una resultante del carácter que ha asumido la vida hispanoamericana, pasado el fervoroso empuje de la independencia. Cuando a los hombres grandes que saltaban por encima de las fronteras actuales, que no encontraban nunca la patria suficientemente vasta para su anhelo, cuando a los hombres que concibieron en una iluminación magnífica la emancipación total de las colonias hispanoamericanas, sucedieron los hombres menos grandes, que necesitaban patrias chicas para poder dominar, se inició la era de nuestros dolores, nuestros conflictos y nuestras dificultades actuales.

Tenemos el ejemplo de lo que debiera ser la América Latina, en lo que fué, y es la América Anglosajona.

Estaba el Nuevo Mundo dividido en dos grandes porciones: las colonias inglesas y las colonias hispanas; las colonias inglesas, cuando quisieron emanciparse de Inglaterra, no tuvieron ni un instante la idea peregrina de crear innumerables Repúblicas haciendo de Pensylvania una nación, y otra nación de Ohio. Las colonias inglesas sintieron la respon-

sabilidad del movimiento en que estaban empeñadas y se lanzaron unánimamente, solidariamente, a formar una nación definitiva. Esta fué también la orientación y el propósito de nuestros libertadores. También ellos soñaron en una gran América hispana, en una gran América Latina, en el conjunto de pueblos emancipados al mismo tiempo y reunidos por obra de los antecedentes raciales en un solo organismo.

Desgraciadamente vinieron las avideces de los caudillos, las discordias entre las diversas regiones, y se desmigajaron los núcleos creados por los fundadores de la patria.

Al obrar en esta forma la América nuestra procedía con cierta ingenuidad, muy honrosa en otros órdenes, pero fatal en política internacional. Parecía ignorar un fenómeno que existe desde el comienzo de los tiempos, y que tiene un nombre definido y claro: me refiero al imperialismo.

El imperialismo es la tendencia que lleva a los pueblos fuertes a querer imponerse y dominar a los pueblos débiles, ya sea desde el punto de vista económico, ya desde el punto de vista político o militar. El imperialismo existe siempre que un núcleo humano quiere imponer su voluntad, sojuzgar, doblar la voluntad o el sentimiento de un núcleo de diverso origen o de lengua distinta. Porque no hay que confundir el imperialismo con el ímpetu que puede llevar en ciertos momentos a una parte más viviente

o más capáz de un conjunto radical, a hacer o forzar la conglomeración del todo. Me explicaré: No hay imperialismo cuando el Piamonte, por ejemplo, encabeza o intenta la unidad de Italia; no hay imperialismo cuando Prusia quiere realizar, y realiza la unidad germana; pero si hay imperialismo cuando los franceses van a Marruecos o cuando los Estados Unidos llegan a violar la voluntad y el destino de ciertas pequeñas repúblicas hispanoamericanas anexionándolas directamente o indirectamente a su conglomerado.

El imperialismo lo encontramos en diversas formas. Desde los orígenes de la historia, vemos el que prodíamos llamar personal, y lo hallamos concretado en Alejandro. Alejandro es el tipo del caudillo, Alejandro arrebata a las multitudes, domina pueblos, dobla las resistencias, ensancha sus dominios, pero es siempre el imperio de Alejandro; y de tal modo es personal, de tal suerte no se trata de una obra colectiva, y no puede considerarse como empuje de un conjunto, que alli donde está Alejandro está el sentir de todos. Alejandro funda la ciudad de Alejandría y ese es el centro del imperio.

En la evolución del imperialismo, se ensancha luego esta visión y encontramos que el núcleo dominador, por estrecho que sea, es ya núcleo y no individuo; y así César puede recorrer el mundo, dominar pueblos, regentar un conjunto casi sin límites y, sin embargo el imperio no está donde está César;

el imperio es Roma y Roma es la que domina al mundo.

Más tarde, en esta sucesión de círculos concéntricos, encontramos el imperialismo de nación; y así vemos a Napoleón hacer las mismas cabalgatas magníficas y gloriosas; pero no es Napoleón, no es tampoco París, es Francia, es el pueblo entero el que va dominando a los otros pueblos, en aquel instante con el pretexto de la libertad, como suele ocurrir en nuestros tiempos con el pretexto de la civilización.

Pero el imperialismo se hace cada vez más ámplio, se convierte en una operación de conjunto, y lo que empieza a surgir en los momentos actuales, lo que ya se perfila y se acentúa de una manera indudable es un imperialismo, que no es el imperialismo del hombre, que no es el imperialismo de la ciudad, que no es tampoco el imperialismo de la nación; que es el imperialismo de la raza. El siglo en que vivimos gira alrededor del problema de las razas, y así hemos visto las tentativas diversas para conglomerar conjuntos homogéneos; la propaganda en favor del Paneslavismo, el ímpetu en favor del Pangermanismo, el empuje, un poco lírico, dadas las circunstancias en que se encuentran las diversas naciones, hacia el Panlatinismo; y por fin, una desviación, una ficción, un miraje, una paradoja que sería el Panamericanismo. Dije una paradoja, porque así como los otros, el Paneslavismo, el Pangermanismo, el Panlatinismo, están

basados sobre una unidad racial, sobre una similitud de carácter, de origen, de lengua, de religión, de múltiples cosas que atan a los hombres y los anudan en un todo, el Panamericanismo solo está basado sobre un engaño, sobre una ficción y sobre un deseo de dominio sobre los otros pueblos.

Nos encontramos pues en esta rapidísima ojeada que acabamos de dar a ciertas corrientes mundiales, en presencia de un conflicto perenne, desde los orígenes de la humanidad. El conflicto de los pueblos fuertes con los pueblos débiles. No falta quien sostiene que se trata de algo fatal, que los fuertes tienen que dominar siempre a los débiles, y arguyen que en la naturaleza misma se encuentra la prueba de que debe ser así. Yo me permito disentir, porque si en realidad en la naturaleza fueran siempre los fuertes los que dominan, no encontraríamos nada más que tigres y leones y habrían desaparecido los reptiles y los pájaros. Se afirma que en el mar los peces grandes devoran a los pequeños ; y no es tampoco exacto, porque existen los peces pequeños, y es más, con un discernimiento admirable, con un presentimiento hermosísimo de la armonía y la necesidad de su existencia, se agrupan en grandes masas o se erizan de puntas para que los fuertes no les puedan exterminar.

Lo que ha habido en realidad en la humanidad, desde los orígenes ha sido una especie de proletariado de naciones. Así como dentro de cada país vemos grupos numerosos que son explotados y expoliados,

grupos que en muchas ocasiones carecen de derechos y hasta casi de personalidad representativa, absorbidos como están por los capitalistas y por los fuertes, así también en el mundo y entre las naciones ha habido países desprovistos de todo derecho, países que han tenido que sufrir siempre todos los azotes, países para los cuales nunca ha lucido el sol de la libertad y es necesario que, así como dentro de las naciones hemos llegado a alterar muchas veces el órden de las cosas, lleguemos también a hacerlo entre los grandes conjuntos, tratando de que reine al fin la justicia entre los pueblos, como ha empezado a reinar entre los individuos.

Europa en Africa y en Asia, Estados Unidos en la América Española, han sido constantemente fuerzas de injusticia y de dominación, y hemos llegado a un punto en que es necesario que estas cosas cambien ; estamos en la aurora de un siglo, y así como hemos acabado con la esclavitud de los hombres, tenemos que acabar con la esclavitud de las naciones.

Como he dicho al empezar, que no habíamos tenido desde los comienzos de nuestra vida independiente, una verdadera historia, podemos decir también que no hemos tenido diplomacia. No hemos tenido diplomacia, porque a menudo la dirección de los asuntos públicos en nuestras naciones ha estado en manos de hombres que han pasado precipitadamente de situaciones poco preparadas a la dirección altísima de los negocios internacionales ; de hom-

bres que en muchos casos han tenido talento y buena voluntad, pero han carecido de experiencia y de conocimiento de la evolución del mundo. No hemos creado primeramente un personal diplomático; los nombramientos, me refiero en bloque a toda la América Española, han sido resultado de razones políticas o de proteccionismos individuales. Hemos tenido un personal que ha buscado generalmente en los puestos representativos una situación monetaria o social; pero que no ha alcanzado realmente la noción altísima de las responsabilidades que contrae ante su Patria y ante el porvenir. No ha habido tampoco diplomacia en el sentido de que no hemos logrado unidad de acción, punto de mira, propósito determinado, programa preconcebido; y se ha obrado siempre al azar, según los acontecimientos. El resultado es la situación de nuestra pobre América, que no está en el lugar que nosotros quisiéramos hacerle dentro de nuestras almas y dentro de la humanidad.

Recorriendo rápidamente y en síntesis, porque no quiero en ninguna forma abusar de la paciencia, haciendo—digo,—en síntesis un compendio de la historia diplomática hispano americana encontramos fácilmente tres etapas: la primera, es la etapa en la cual nuestras débiles naciones dispersas que no han podido prever las contingencias, ni adivinar las amenazas, ni precaverse de los peligros se ven obligadas a rechazar por la fuerza, lo que por la fuerza se les quería imponer.

Y citaremos al azar tres ejemplos. Uno de ellos, es cronológicamente un poco anterior a la independencia, pero de muy pocos años, y el movimiento de nuestra emancipación empieza, en realidad, mucho antes del estallido revolucionario. Me refiero a las invasiones inglesas en el Río de la Plata. Bruscamente, sin razón atendible, sin aducir siquiera un pretexto, un ejército de doce o quince mil hombres desembarca en el Río de la Plata en 1807, al mando del general Waitelok. Los, no los llamaré argentinos porque todavía no eran argentinos, sino hispanos americanos, arrebatados en ímpetu de verdadera inspiración, preven confusamente el porvenir y se indignan ante aquel ataque irracional, arrojando al mar a los invasores, y en una iglesia de Buenos Aires, están todavía las banderas que supimos conquistar probando que el Río de la Plata era tam-el Río de la Libertad.

Un segundo hecho, particularmente significativo, lo encontramos en Centroamérica ; un aventurero norteamericano, más o menos sostenido o inspirado por el gobierno de su país, el llamado Walker, desembarca en 1860 en una costa y pretende hacerse nombrar Presidente de la República de Nicaragua. La América Central, en sus alternativas de unidad y de disgregación, hace un esfuerzo conjunto y se apresta a rechazar la irrupción de aquellos extraños que, sin razón de ningún género venían a imponerse, en un país que fuera de todo sentimentalismo, fuera de todo lirismo y de toda lágrima román-

tica, supo dar una lección necesaria para todos los audaces del futuro.

El tercer ejemplo o síntoma exponente de esa etapa de nuestra acción internacional la encontramos en México. En un momento dado, una coalición de naciones europeas, experimenta la necesidad de crear un imperio en la América emancipada. Examinemos el hecho con toda ecuanimidad, sin reçelos y sin empujes violentos. En la concepción de los europeos, y especialmente de Napoleón III, había dos partes que tenemos que dividir cuidadosamente : La primera de todas era la que obedecía al imperialismo de que hablamos, al anhelo de dominar a los pueblos débiles y perpetuar la injusticia contra la cual nos hemos levantado ; pero por otra parte, existe lo que no era perceptible para la América Española, y era en cambio grandemente visible para Europa. Mientras adormecidos por nuestras discordias, enredados en nuestras pequeñas discusiones de frontera, no habíamos advertido el engrandecimiento de los Estados Unidos, Europa, que veía claramente el porvenir que se acercaba, Europa, que asistía por instantes al crecimiento, al aumento de volúmen de esa enorme nación anglo-sajona y, por consiguiente, a su expansión y su mando total en el mundo, soñaba la creación de un imperio que la detuviera en sus ímpetus. Sin embargo, los hechos malos, aunque tengan un propósito aceptable, no pueden ser aceptados de ningún modo, y nosotros rechazamos y condenamos de una manera rotunda

la tentativa de Europa en México, y, con el pueblo mexicano, con el alma de esta nación tan enamorada de sus libertades, tan imposible de dominar, decimos que el fusilamiento de Maximiliano fué un hecho justiciero y digno de encomio, y que es lo que debemos reservar para cuantos vengan a usurpar nuestras libertades.

En esta primera etapa vemos al imperialismo en su forma, podríamos decir, franca y primitiva. Se traduce en una expedición militar, en un desembarco de soldados, en medidas marciales, en cosas visibles y tangibles, a veces aparatosas ; pero en cosas que permiten saber dónde está el enemigo, cuál es su forma, cuáles son sus fines y por dónde hay que combatirlo. Después encontramos al imperialismo en la forma más peligrosa, al imperialismo sonriente e insinuante, al imperialismo vestido con piel de cordero, y ese es el momento en que estamos en mayor peligro.

Las agresiones de que había sido objeto nuestra América, nos llevaron en cierto momento, y aquí entramos en la segunda etapa de nuestra política latinoamericana, nos llevaron—digo—en cierto momento, a pensar que acaso pudiéramos contrarrestar las agresiones de los fuertes de Europa mediante un acuerdo, o concierto más o menos nebuloso o indeterminado con la gran nación anglo-sajona del Norte, y así empieza uno de los capítulos más complicados y difíciles de la política latinoamericana.

Vemos ante todo como la influencia europea va siendo desalojada de ciertas regiones por la influencia y el comercio norteamericanos y vemos como la doctrina de Monroe, puede tornarse gradualmente en instrumento de dominación y de opresión.

La pregunta hace tiempo que está en todos los labios : Los Estados Unidos nos defienden de Europa, pero ¿ quién nos defiende de los Estados Unidos ? En realidad, así como nosotros los hispanoamericanos no tuvimos nunca desde la independencia la continuidad de una política internacional ; así como no perseguimos un fin determinado, y como atendimos constantemente a pequeñas querellas regionales, olvidando la marcha y las necesidades del conjunto, así los Estados Unidos tuvieron por el contrario, desde los comienzos de su vida política, la visión de lo que debía ser, y, en vista de ello, orientaron constantemente su acción y su empujé internacional.

Hay un hecho lejano, confirmado después por acontecimientos decisivos, que nos prueba hasta que punto llegó la previsión de los Estados Unidos.

Cuando Bolívar, después de libertar a Colombia y a Venezuela, quiso llevar también la bandera de la libertad a la isla de Cuba, los Estados Unidos se opusieron, porque ya entonces, en 1816, tenían ellos la certidumbre de lo que iban a conseguir después.

Ahora debo advertir una vez más que soy un ferviente admirador del progreso, de la grandeza, del vigor creador de esa enorme República, de la cual te-

nemos muchas y grandes cosas que aprender ; pero cuando veo la política seguida por los Estados Unidos con España ; cuando veo a los Estados Unidos llevando gradualmente a Cuba por caminos de ilusión y de independencia hasta la situación en que se encuentra ahora ; cuando veo a los Estados Unidos rompiendo sus tratados y su amistad con Colombia para favorecer una segregación y apoderarse de Panamá ; cuando veo a los Estados Unidos en Nicaragua interveniendo en las luchas internas para apoderarse de lo que puede ser un canal, en competencia con el de Panamá ; cuando veo a los Estados Unidos llegar hasta ocupar la Isla de Santo Domingo, y esto es reciente y está en todas las conciencias, cuando veo a los Estados Unidos en forma de Minotauro, ya no queda ante mí más que el adversario de mi raza.

Lo que hace más censurable la política imperialista que ha desarrollado la nación del Norte son los procedimientos de que se sirve para llegar al logro de los fines que persigue. En la primera etapa de los imperialismos que ha sufrido nuestra América, vemos, como decía al principio, la agresión resuelta, la presencia militar, el empuje bélico que provoca naturales reacciones y hace muchas veces que en un gran ímpetu de virilidad se salven los pueblos que deben perdurar ; pero con los sistemas sinuosos, empleados últimamente, no hay la posibilidad de esas flexiones salvadoras y nos encontramos ante un tutor que no estrangula a su pupilo para quedar-

se con su fortuna, pero que pone a su alcance todos los vicios, todas las transgresiones a la moral, que si es posible lo hace contaminar de enfermedades que lo llevarán a la muerte, para poder quedarse sin responsabilidad ante el mundo, ni ante la Historia, con la totalidad del patrimonio.

Estas agresiones constantes, este ir y volver de intrigas dentro de cada país y dentro del conjunto de nuestra América, añadida o sumada a una presión económica, a una expansión excesiva que ha llegado en ciertos lugares y en determinadas regiones, a ahogar nuestra vitalidad, nos ha hecho pensar después de larga experiencia, en que acaso no fuera este el camino de la salvación, en que acaso los Congresos Panamericanos no escondían más que un engaño doloroso, en que de nuevo podía estar la salvación en Europa, en Asia, o lo que es más claro y más seguro, en nosotros mismos ; y aquí empieza la tercera etapa de la diplomacia latinoamericana.

Es la época en que nuestras repúblicas, sin dejar de ceder ante las presiones que vienen del Norte, se resisten en lo posible, tratan de vencer la dificultad y pronuncian en determinados casos un rotundo «no» a determinadas exigencias ; y esta política la vemos desarrollar hoy de una manera brillante y magnífica, prometedora de grandes renovaciones, en la República Mexicana.

Yo no hago política interior ; ignoro las diferencias o los antagonismos que pueden existir dentro de esta nación que admiro y quiero en bloque,

pero debo decir que en los últimos años, México ha dado al mundo un verdadero ejemplo de sagacidad. No es esta la obra de un partido, ya lo se; es la obra del conjunto; el resultado de la situación en que se encuentra este pueblo, que sabe que ceder sería doblar definitivamente; pero séame permitido rendir un homenaje al hombre que ha sabido llevarla a cabo (1).

Ante las invasiones, y han sido dos, que se han producido en México, ante la injustificada—tan injustificada como todas las anteriores en el mundo—ante la injustificada invasión de las tropas americanas desembarcadas unas veces en Veracruz, otras veces internadas por el Norte, el pueblo mexicano ha sabido siempre responder ¡presente! y en vez de permitir que se consumara el atentado, se ha enfrentado al coloso, dispuesto a perecer en la demanda.

Esta actitud brillante e histórica de la República Mexicana ha tenido una repercusión admirable en el resto del Continente, y yo he presenciado en la ciudad de Buenos Aires las manifestaciones enormes, he visto desfilar las clamorosas muchedumbres que en aquel instante, sin agravio directo a ellas, pero agraviadas en el conjunto de las nacionalidades latinoamericanas, clamaron contra el invasor y se solidarizaban con el pueblo hermano.

Y es que todos hemos comprendido de Norte a Sur del Continente, a través de las convencionales

(1) El General D. Venustiano Carranza, víctima de la revolución que desencadenó contra él el General Obregón.

mentiras con que se amparan siempre las grandes injusticias internacionales, lo que encierra el gesto de preságio y de peligro general para la América Española. Así como veíamos hace un rato que se emprendían las conquistas, y cabalgando sobre las banderas vencidas iba Napoleón a sembrar las libertades en el mundo; y así como las naciones de hoy van a llevar arteramente la civilización; así también nos aparecieron los pretextos que invocaba el invasor para consumar el abominable atentado. «Vamos a perseguir a Villa» decían. Nosotros no sabíamos quien era Villa, pero nos preguntábamos: ¿Será acaso persiguiendo a Villa que abrieron los Estados Unidos el canal de Panamá?

La América Latina veía un pretexto fácil, tanto más visible, tanto más desembozado, cuanto de más lejos se le miraba, porque entre nosotros no entraba para nada la cuestión política. Pero todas estas incursiones, todas estas injusticias, todos estos arrebatos, que tendrán acaso un día y lo han de tener, porque hay una justicia inmanente, su sanción, nos han producido un bien, haciéndonos reaccionar, contra cierta pereza mental que nos tenía atados a concepciones pequeñas y haciéndonos adquirir una concepción total de las necesidades y de las responsabilidades de nuestro Continente.

Así ha nacido la resistencia, resistencia directa y militar que en México se llama *El Carrizal*, resistencia moral de conjunto, resistencia que espera su momento, su oportunidad para hacerse efectiva tam-

bien en el resto del Continente. Por lo pronto ha habido una similitud de propósitos en toda la América Española, y hoy comprendemos que cuando una de nuestras hermanas, por lejana y desconocida que sea, está herida, nosotros también estamos heridos o a punto de serlo en nuestro destino y en nuestra perdurabilidad.

El ejemplo que citábamos al comenzar, de Italia, reunida ante el peligro del imperialismo, con la simultaneidad de un gran conjunto que no quiere perecer, el ejemplo que recordábamos de Alemania, amalgamada también bajo el peso de amenazas múltiples, tiene que provocar entre nosotros, no diré una inmediata imitación, pero si un constante motivo de meditaciones.

Nuestras repúblicas, en la situación en que se encuentran ahora, por prósperas que parezcan, por pobladas que sean, por ricas que las encontremos, no tienen, ninguna de ellas, volúmen suficiente para defenderse de las tormentas del siglo.

Sólo en un paralelismo de intenciones podríamos encontrar la fórmula salvadora, la puerta abierta, que nos conduce al porvenir.

Los Estados Unidos de la América Española son todavía una autopia para la política experimental; pero envuelven una realidad posible. Desde el momento en que pudieran nuestras repúblicas tener un concierto, una preparación, trazarse líneas concebidas de antemano dentro de las cuales se han de mover todas y cada una para oponerse en los mo-

mentos difíciles a toda intrusión de los fuertes, cesaría el riesgo inmediato. Cuando las naciones conquistadoras supieran que al tocar a una república hispanoamericana, las repúblicas latinoamericanas distantes, renunciarían a comprar sus productos, y retirarían a muchos de sus nacionales sus privilegios, esos países tendrían que detenerse porque no les convendría el negocio, y esto es lo que se ha de buscar en la América nuestra: una unidad de sentimientos y de conciencia, una unidad de acción en los momentos difíciles, que tengamos nosotros cuando flote un peligro, cuando surja un relámpago, un corazón común y una conciencia única.

Un acontecimiento de alta trascendencia ha venido a hacer más agudas y profundas las meditaciones que los latinoamericanos tenemos sobre nuestros destinos. Se trata de la guerra europea. En esta conmoción de pueblos, tenemos que orientarnos con serenidad y especial discernimiento, porque en realidad es tan grande el terremoto que todos estamos amenazados por él. Si examinamos fríamente desde los orígenes, teniendo en cuenta detalles múltiples, los acontecimientos que se desarrollan desde hace cerca de tres años, caemos fácilmente en la cuenta de que nos encontramos ante un choque entre dos grandes potencias: Inglaterra y Alemania. Los demás países, por sólidos y gloriosos que sean, son fuerzas concurrentes dentro del enorme conflicto y no es posible para nosotros desligarlos ni crear mentalmente conjuntos diferentes o agrupaciones capri-

chosas. Según nuestra simpatía tenemos que aceptar los bandos, en su realidad completa. En los comienzos de la guerra, cuando asistíamos a ella como a un espectáculo horrendo y magnífico, como a un incendio que no podía tocarnos, se iniciaron en algunas de nuestras repúblicas determinadas corrientes que acaso hemos tenido que rectificar después.

Cuando expresamos nuestra simpatía parcial por este o aquel país de los que están en guerra, obedecemos a un ímpetu del corazón, admirable y sincero, pero no hay que perder de vista las grandes líneas. Asistimos a una remoción formidable de lo existente y debemos encarar las cosas, no con sentimentalismos, sino con convicciones.

El alma popular ha parecido tomar partido en favor de unos o de otros por sentimientos no siempre razonados. Se ha llegado hasta disgregar los núcleos. Hay gentes que se apasionan por Francia y no pueden oir hablar de Inglaterra. Otros admiran a Alemania y abominan de los turcos. Pero la sensatez más elemental nos dice que hay que aceptar las corrientes tal y como se han formado.

Sentimientos más que convicciones llevaron asi a ciertos núcleos de nuestras repúblicas a sentir el predominio de la atracción aliada por varias razones: 1.ª, la cultura y las tendencias generales que derivan de una educación casi exclusivamente francesa; 2.ª, la presencia de grandes núcleos originarios de las naciones aliadas; 3.ª, la información exclusiva que influenció los espíritus y les impuso di-

recciones unilaterales. Pero si examinamos bien el asunto, no es tan simple como parece y estando como está en juego el porvenir de nuestras repúblicas, debemos medir bien nuestra actitud.

No cabe duda de que nuestra América, es en sus núcleos predominantes, latina por la cultura, aunque si la examinamos en su conjunto y en su masa, vemos que la palabra latina, exacta cuando se aplica a las cosas intelectuales, está lejos de traducir una realidad étnica, puesto que la raza indígena, tan compacta y viviente en muchas regiones, está lejos de ser latina, puesto que la inmigración que se ha aclimatado ha sido en algunos puntos, como en la Argentina, fuertemente matizada de rusos y escandinavos, y puesto que el mismo tronco español sólo es oblicuamente latino, y eso grandemente salpicado de árabe. Pero aceptamos esa denominación de latina, que debemos mantener para distinguirnos y situarnos en la geografía del mundo.

Lo que no podemos admitir seriamente, es que por esta calidad de latinos nos hallemos obligados a embanderarnos en un grupo en el cual ni siquiera predomina el componente latino, porque si bien Francia e Italia son latinas, Inglaterra está lejos de ser latina, el Japón está lejos de ser latino, Rusia está lejos de ser latina y está lejos de ser latino el espíritu que exteriorizan los aliados.

No hay, pues, ninguna razón de cohesión superior que nos obligue a apoyar a determinado núcleo y a apasionarnos por él, teniendo en cuenta,

sobre todo, que todas las naciones en lucha están en paz con nosotros y que si a Francia le debemos innegablemente las fuentes superiores de nuestra cultura, a Alemania le debemos algunas realidades tangibles de nuestro bienestar. La neutralidad más estricta y escrupulosa tuvo que ser, pues, desde los comienzos, la norma de nuestra acción diplomática, porque a la guerra no se va por simpatía romántica o por sentimentalismo literario, sino por intereses reales.

Un suceso de alta trascendencia ha venido a corroborar la necesidad de esta actitud y a desplazar, si cabe, el ángulo de nuestras simpatías: me refiero a la entrada de los Estados Unidos en la guerra.

Si establecemos hoy sobre bases sólidas la orientación de nuestras preferencias, examinando la historia de la América Española, desde los orígenes, podemos comprobar fácilmente que en el bando aliado están los dos países que durante un siglo han sido nuestros agresores. Está Inglaterra, que ha plantado su bandera en el archipiélago argentino de Malvinas; se ha apoderado de la Guayana venezolana; ha puesto pie en Belice, perteneciente a México, Inglaterra, que no ha perdido ocasión de apurarnos con sus reclamaciones y sus exigencias; están, en fin, los Estados Unidos que han mutilado, y han herido a muchas de nuestras repúblicas.

Algunos argumentan y ese argumento doloroso llega al fondo del corazón de todos los hombres li-

bres, algunos argumentan: ¡Y la situación de Francia! ¡Y la situación de Bélgica! ¡Ah! Yo he llorado y he sufrido la suerte de esos grandes pueblos; yo he sido en Buenos Aires quien ha encabezado la manifestación de protesta contra la posible anexión de la Bélgica inmortal. Se trata de una injusticia indeleble; pero yo pregunto, ¿no son también injusticias las que se nos han hecho a nosotros?, y esas injusticias no son el resultado de la guerra... Y pregunto además, ¿no es también dolorosa la situación de Grecia a la cual debemos las más altas enseñanzas de cultura? La razón estratégica que ha podido justificar una injusticia, justificará la otra, y así estamos también dentro de la barbarie de las agresiones; pero lo que no tiene excusa, porque no hay una cuestión de vitalidad superior que obligue a doblar principios, es el atropello contra Santo Domingo que, sin más causa que la ambición, ha sido cubierto por los soldados de los Estados Unidos en el mismo momento en que se echaba a volar sobre el mundo la ilusión engañosa del «derecho de los pueblos débiles.»

Las frágiles patrias latino-americanas se encuentran en este siglo en medio de un terremoto de naciones y deben mantener, a toda costa, su independiente actitud, a pesar de la presión que sobre ellas se ejerce en estos momentos, a pesar de todas las conminaciones, a pesar del terrorismo intervencionista que, como si no se hubiera vertido ya suficiente sangre sobre el mundo, quiere empujarnos a todos a la

conflagración para seguir arrojando combustible a la hoguera espantosa de la destrucción universal.

Si alguien quisiera empujarnos a tomar partido en la conflagración contra nuestras inclinaciones, sabremos resistirnos y gritarle: nosotros disponemos de nosotros mismos. Porque nuestra América podrá estar dividida en repúblicas que a veces no se conocen y hasta se hacen la guerra entre sí; porque cada una de estas repúblicas podrá hallarse agrietada en partidos o bandos que se combaten y extreman la violencia hasta la guerra civil; pero surja en alguno de nuestros territorios la tentativa de una franca imposición de afuera, desencadénese una agresión invasora que hiera el sentimiento nacional, flote sobre nuestras tierras la sombra de una bandera extraña y los mismos partidos que se combatieron encarnizadamente dentro de cada república, las mismas repúblicas que se hicieron guerra despiadada dentro del Continente latino, los mismos hombres que se odiaron, se unirán sin vacilación alguna alrededor de la visión suprema de la raza, y de norte a sur de la América nuestra, sería un levantamiento general de voluntades, y de brazos dispuestos a defender el legado de nuestros padres y la herencia de nuestros hijos, la comarca en que nacimos, los paisajes familiares, la tradición de nacionalidad, los colores de nuestros estandarte, las costumbres nativas, los amores que irisaron nuestra juventud, el cielo y la tierra, todo lo que está atado a nuestro corazón y a nuestros sentidos por los lazos de ese sen-

timiento indestructible que se llama patriotismo y que atraviese a los pueblos como una espina dorsal desde el pasado hasta el porvenir, haciendo que seámos como una continuación de nuestros héroes; sí, que se intente atropellar a algunas de nuestras repúblicas y en el paroxismo de todas las unanimidades, la América Latina, toda entera, se pondrá de pie para fulminar al invasor, la América Latina de hoy, la de ayer y la de mañana, porque hasta los niños mismos crecerían ante el peligro, porque hasta los héroes venerados se levantarían sobre las montañas, porque en la exaltación de los sentimientos mejores, nuestra historia entera se haría un solo nudo y las espadas que castigarían el crimen y clavarían al invasor sobre su propia vergüenza, serían, en una de esas concreciones magníficas de los grandes momentos históricos, las espadas de Hidalgo, de Bolívar y de San Martín, las que hicieron la independencia, que no perdemos nunca.

Pero tanto como el imperialismo de afuera, tenemos que defendernos de nuestro desorden y nuestra indisciplina. En el espantoso remolino de pasiones que en este momento arrebata al mundo, hemos de hacer en favor de nuestros países mucho más que con las armas, con el orden y la ecuanimidad. Necesitamos, ante todo, la paz interior dentro de cada una de nuestras repúblicas para evitar los desórdenes y las luchas civiles que favorecen ingerencias extrañas. Necesitamos la armonía y el buen acuerdo entre todos los países latinos de Amé-

rica para desarrollar una acción diplomática conjunta y defender solidariamente, en medio de todas las tormentas, nuestro derecho a vivir.

La América Latina sólo debe de esperar la salvación de su vida serena y de su cohesión; y es haciendo la pacificación nacional dentro de cada república, es haciendo la coordinación continental dentro de los países afines, como lograremos defendernos de todos los imperialismos y, a la manera de Italia, que en un momento de peligro, iluminada por Cavour, supo realizar su unidad definitiva, a la manera de Alemania, que, amenazada en su existencia, supo hacer de los reinos y principados dispersos, la poderosa nación que hoy asombra al mundo: la América Latina entrará a figurar entre los grandes conjuntos de la tierra y será la República Mexicana la que, consecuente con su gloriosa historia, habrá iniciado, con su nueva política, este magnífico movimiento que entraña la liberación definitiva del Continente.

A pesar de los perjuicios que nos causa, esta guerra, habrá sido para nosotros en su filosofía final un gran beneficio, porque nos habrá permitido, proclamar la neutralidad, desligando al fin nuestra política de la de los Estados Unidos e iniciar una era de diplomacia autónoma. Se nos ha presentado la hora de realizar la segunda Independencia sacudiendo influencias y tutelas extrañas y ha habido un pueblo que ha comprendido el momento y se dispone a aprovecharlo.

XVI

La atracción de los orígenes

EN LA ACADEMIA HISPANO AMERICANA, DE CADIZ, EL 3 DE ENERO DE 1920

Los recuerdos se arremolinan en el alma al llegar a la heroica Cádiz y al evocar fechas, nombres y acontecimientos que abren en los siglos para el grupo de que formamos parte un vasto panorama que se extiende escalonando cúspides por las montañas infinitas hasta la hoguera misma del sol, origen sagrado de la bandera gualda y roja de España, ante la cual nos inclinamos todos.

A medida que el tiempo pasa y se serenan los espíritus, sacudidos hasta hace poco por el oleaje o la repercusión de las luchas de 1810, se destacan y se sitúan las perspectivas verdaderas; y hasta los más rehacios se dan cuenta ahora de que la América española pudo, por circunstancias especiales que no es éste el momento de examinar, separarse políticamente de España, pero que, en su realidad durable, en su esencia, en las supremas direcciones que mantienen en las épocas la continuidad de una

dirección histórica, ha seguido y sigue estrechamente unida a la nación que le dió vida, supremamente ligada a los antecedentes y a la estirpe, como parte integrante del gran conjunto formado por más de cien millones de hombres que se expresan en la lengua de Cervantes y que después de haber levantado y absorbido a enormes muchedumbres de otras razas, desarrollan su actividad en los más diversos puntos del planeta, constituyendo hoy como ayer en el mundo una de las más formidables corrientes de civilización que ha conocido la humanidad.

El defecto del español y del hispanoamericano reside en que uno y otro no llegan a comprender. a veces, su verdadera grandeza. La crítica y el descontento, que nacen de un ansia de elevación, nos llevan de un lado y otro del Océano a considerar a menudo con desdén lo que otros pueblos admiran en nosotros mismos. Así se ha llegado a desfigurar en América la acción de España, que realizó durante la conquista y la época colonial, una obra superior a la que desarrollaron los romanos, cubriendo con su bandera los territorios más extensos que llegó a poseer jamás pueblo alguno; que fué después del separatismo, a pesar de la distancia y los resquemores nacidos de la lucha, la fuerza vivificadora que se desangró en emigración para seguir nutriendo a las nuevas patrias nacidas de su entraña; y que en los actuales momentos en que los imperialismos invasores arrollan todas las banderas, se enlaza de nuevo con los que parecieron olvidarla

y vuelve a reanudar la cadena que unió a los padres con los hijos en un pasado luminoso que resurge y reflorece en porvenir.

Así se ha llegado a desfigurar también en España la acción de los caudillos y de los pueblos que determinaron la disyunción administrativa de las antiguas colonias, olvidando que ni en los peores momentos se rompió el lazo espiritual que nos unía y que en la misma América insurrecta se abrieron suscripciones para auxiliar a la madre patria en su lucha contra Napoleón, porque lo que por encima de todo defendemos, desde hace un siglo en América, es el idioma, las costumbres y las tradiciones heredadas, y la misma España reconoció en su tiempo el verdadero carácter de los levantamientos de ultramar, como lo prueba el hecho de que los insurrectos americanos que se hallaban en las cárceles de Cádiz fueran puestos en libertad, en un gesto grandioso de solidaridad fraterna, por los patriotas españoles que reclamaban la Constitución de 1812.

Allá se ha hablado injustamente de la opresión de España, como aquí se ha hablado injustamente también de la ingratitud de América; pero las nuevas generaciones desligadas de las pasiones que exasperó la lucha han de fijar con ánimo sereno la verdadera significación del vasto movimiento de principios del siglo XIX y en un ambiente de íntima y fundamental reconciliación hemos de poder conversar muy pronto al unísono del fenómeno político que

removió las vértebras del mundo y se difundió hasta los confines de un imperio, agrietando el enorme bloque sin romper su unidad superior y su solidaridad indestructible.

En las tormentas del siglo los pueblos afines tienden a conglomerarse por lo menos espiritualmente y uno de los resultados más claros de la terrible hecatombe que acaba de conmover al mundo, es la necesidad de crear conjuntos solidarios que en un momento dado puedan hacer sentir su acción para poner a cubierto su perdurabilidad. Entramos en una época particularmente difícil. Se diría que a medida que se democratiza la política de los pueblos, se autocratiza la política internacional de las naciones ; y que el mundo va hacia una peligrosa simplificación de influencias que puede poner en manos de dos o tres grupos predominantes la vida y el destino de los países menos fuertes, Por eso es que nuestro conjunto hispano, debe, a pesar de la dispersión geográfica, acercarse moralmente cada vez más, buscando el foco de irradiación de los orígenes en la savia primera, en este glorioso solar de la raza, que es luz más clara y que es calor más reconfortante para todos a medida que la desorientación aumenta, en medio de los presagios de que está llena la atmósfera.

De las dos tendencias que se definen en el Nuevo Mundo, sólo una se ajusta en los momentos actuales a la ámplia visión que debemos tener del porvenir de nuestros pueblos. El Panamericanis-

mo que nos llevaría a desligar a nuestras repúblicas étnica, económica y espiritualmente de Europa para atender a una artificiosa unión continental que nos pondría a la zaga de un pueblo de origen y antecedentes distintos, no rima en ninguna forma con el ideal romántico y el carácter indómito de nuestra raza. En cambio el hispanoamericanismo, la estrecha coordinación de las repúblicas de origen español con España, el latinoamericanismo, el ámplio vuelo dentro de nuestra órbita cultural, la vuelta franca y entusiasta a la tradición espiritual, el acercamiento que debe nacionalizarnos aún más dentro de nuestras patrias nuevas al ponernos en contacto cada vez más palpable con los antepasados, es la corriente popular que representa no sólo el instinto vital de las naciones de ultramar, sino el lógico desarrollo previsor de una política respetuosa de todos los derechos, pero estrictamente celosa de la suprema integridad moral, sin la cual no puede mantenerse nunca la integridad material de las naciones.

Es, pues, al rededor de Colón y de Cervantes, al rededor del descubrimiento y del idioma, que debemos buscar el eje superior de la vida americana ; y es en la estrecha compenetración de la vida americana de la vida española y de toda la latinidad, en el íntimo consorcio del pensamiento originario y del pensamiento de ultramar donde hemos de descubrir unos y otros el punto de apoyo necesario para determinar el gran movimiento de aproximación que se impone. Por eso tiene particular importancia esta

asamblea que en nombre de una alta tradición mental enlaza las alegres banderas jóvenes de las naciones nuevas de América con la tradicional enseña española, dorada en el centro por el sol radioso, ensangrentada en los bordes por el sacrificio, madre suprema que nos envuelve a todos en una aurora inextinguible de gloria.

Al rendir homenaje a España, los hispanoamericanos nos honramos nosotros mismos en lo más sano y más real de nuestras nacionalidades y si volvemos los ojos hacia el pasado, recorriendo mentalmente las épocas culminantes de la vida del Nuevo Mundo—, la América Virgen, el Descubrimiento, el Separatismo—comprendemos la rítmica unidad de los movimientos de la historia y vemos cómo se reconcilian todas las grandes sombras—los Conquistadores ;—Hernán Cortés y Pizarro—con las figuras culminantes indígenas,—Moctezuma y Atahualpa—y con los revolucionarios de hace un siglo —Bolívar y San Martín—colaboradores todos, en realidad, dentro del fatalismo superior de las grandes construcciones humanas en la elevación de la mitad del planeta que ha ido surgiendo gradualmente a la vida civilizada para incorporarse a la palpitación general del orbe al amparo de un recuerdo y de una esperanza : el recuerdo de un bautizo en brazos de una Reina y un navegante y la esperanza de una comunión final ante los manantiales comunes para rehacer acaso en algún día, de acuerdo con nuevas épocas y en planos superiores, la

fastuosa hermandad espiritual de Carlos V. Colaboremos con nuestros esfuerzos en la obra milenaria de cimentar el faro y mantener siempre encendida, siempre con mayor brillo, la luz radiosa de nuestra civilización.

He venido al corazón de la entidad superior que formamos los hispanos de uno y otro lado del mar, porque lo que se ventila en este siglo no es sólo un problema especial de América, es un problema general de todos, dado que si en el Nuevo Mundo se perdieran las tradiciones y las costumbres que prolongan el alma latina, si en las tierras descubiertas por Colón fueran arrolladas y substituídas las inspiraciones iniciales, si los antiguos virreynatos que hace un siglo entendieron realizar una separación política pero nunca una separación moral cayeran en una u otra forma bajo el colonialismo de otro pueblo, si el comercio, la religión, el pensamiento que aún anima en las naciones que hacen perdurar en otro hemisferio la vitalidad y la gloria de una civilización fueran anuladas y vencidas por otra fuerza invasora, se podría decir que los de allá y los de aquí habíamos faltado a nuestros destinos y que nos encontrábamos en presencia de la dolorosa bancarrota de una raza, en un pavoroso Trafalgar de ideas que hundía en el mar, no ya la flota material de un pueblo, sino sus navíos espirituales en las aguas sin límite del porvenir.

FIN

INDICE

Páginas

Prefacio. VII

I.—Causas y consecuencias de la Revolución Americana. 23

II.—Las ideas francesas y la emancipación americana 49

III.—Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano 73

IV.—Renovemos nuestra vida 91

V.—Primero la Patria, después las ideas generales 97

VI.—La hostilidad de ciertos gobiernos. . 105

VII.—Bolívar y la juventud 113

VIII.—Los dos viajeros 119

IX.—El ideal de los hombres de la Independencia 125

X.—Norte contra Sur 131

XI.—La resistencia del Sur. 153

XII.—Las dos autocracias 175

XIII.—El derecho de los pueblos débiles . . 183

XIV.—La diplomacia popular. 189

XV.—La evolución de nuestra diplomacia. . 201

XVI.—La atracción de los orígenes . . . 227

3809 091

University of
Connecticut
Libraries